DUBLINETA EIRE

Contigo NI UN POLVORÓN



DUBLINETA EIRE



Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.
Título original: Contigo ni un polvorón
©Dublineta.eire, 2025

Diseño de portada y maquetación: Aroadyc

A Persi, Irlanda, Daniela-Blue y Marco,
mi superfamilia, que me quiere a pesar de que sea el grinch de la Navidad.
Y a mi perro Lucas, que se llama como el protagonista.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

EPÍLOGO 1

EPÍLOGO 2

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1

FABIOLA

Conducía con la calefacción a tope, que en mi coche significaba exactamente lo contrario —aire fresquete con olor a plástico quemado—, en dirección a San Cucufato del Frío, una aldea perdida por los Picos de Europa, donde mi madre se había comprado una casita para disfrutar de su jubilación anticipada.

—Sí, me queda una media hora —le dije antes de colgar.

Aparte de ser una amante del brilli brilli era una *friki* de la vida y de la Navidad, pero también, una impaciente de pensamiento catastrofista. Cuando te llamaba, tenías que contestar de inmediato, aunque acabaras de hablar con ella hacía cinco minutos para decirle que estabas a punto de llegar.

Ring, ring…

Ring, ring…

Como no quería aparecer en la pantalla de la autovía como alerta de tráfico, contesté.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde estás? —preguntó nada más descolgar.

—¿Dónde voy a estar? Como hace tres segundos, en el coche, yendo. A una media hora menos dos minutos, mamá. —Suspiramos las dos—. Sigo viva. Entera. No hace falta que prepares mi funeral.

—Qué poquita gracia tienes. Pues ya que vienes, ¿me haces un favor?

Me temí lo peor. Cuando mi madre decía «favor», significaba «marrón».

—Depende —respondí con la boca pequeña.

—No te llevará demasiado tiempo. Necesito una tarta de mojito. No me da tiempo a hacerla. ¿Puedes parar y comprar una?

—¿Una tarta de mojito? ¿El día de Nochebuena? ¿De verdad? —pregunté sin apartar los ojos de la carretera.

—Por supuesto que hablo en serio. Y que sea grande. Nunca sé cuánta gente piensa sentarse a mi mesa y no me gusta quedarme corta. En estas fechas soy muy popular. —No quise preguntarle a qué se refería, porque yo solo quería colgar—. Si no es muy grande, compra dos. Te dejo, que se me queman los polvorones. Y no tardes.

Colgué renegando y miré hacia el asiento del copiloto, donde Jorge Luis me observaba con esa cara de resignación que solo él sabía poner cuando escuchaba la voz de su abuela.

—Lo sé, enano. Tú tampoco querías pasar estas navidades sin tus papis. Pero la vida es así. Te prometo que sobreviviremos en casa de la abuelita. Nos pondremos hasta arriba de polvorones, pero antes tendremos que conseguir la dichosa tarta.

Él ladeó la cabeza y me enseñó sus dientecitos.

—No pongas esa cara, ¿eh? Que yo tampoco estoy contenta con esta situación.

Llevaba años sin celebrar la Navidad. Los mismos que llevaba saliendo con el innombrable. Pero justo un mes antes tuvo que joder mi poca felicidad. Y, por su culpa, ese año me había quedado sin él y sin excusas. No me quedó otra que aceptar la invitación de mi madre y pasar las vacaciones con ella y todo lo que ello conllevaba. Como ya he dicho, en su nueva casa. En un pueblo perdido de la mano de Dios y que, hasta la fecha, había tenido la suerte de no conocer.

¿Quién querría vivir en una aldea fantasma de solo doce habitantes?

Tras cinco paradas en cinco supermercados sin conseguir la tarta, y cuatro desvíos absurdos, y un GPS —con las horas contadas — que me mandaba a por churros en lugar de a por tartas, acabé

frente a lo que parecía un bazar extraño y no una estación de servicio. Solo había un coche en el aparcamiento y, en la puerta, un triciclo oxidado.

No tenía demasiado claro si había llegado a un set de rodaje o aquel establecimiento era real. La fachada, medio iluminada por un cartel torcido del que colgaban cables pelados y que, cada dos segundos, daba un chispazo, me recibió silenciosa.

—Buenas tardes —dije, aguantando la respiración, porque nada más entrar sentí un calor asfixiante mezclado con olor a pachulí, curry y cúrcuma. Como si acabara de aterrizar en la mismísima Nueva Delhi.

El dependiente, un hombre delgado con bigote —que juraría que se lo había pintado con rotulador permanente—, levantó la cabeza con una energía sospechosamente navideña. Alrededor del cuello llevaba una guirnalda de lucecitas rojas y verdes que parpadeaban muy suave. Se ajustó un turbante de raso en color mostaza y ladeó la cabeza.

—¡Buenas y felicísimas tardes, excelentísima señora clienta! ¡*Welcome* a mi badulaque, donde los precios son bajos y la felicidad supercalifragilística! —soltó, juntando las manos como si estuviera a punto de bendecirme o de partirme en dos—. ¿Qué desea para endulzar su vida y aumentar mis euros?

—Una tarta de mojito —contesté, intentando sonar normal, aunque mi instinto me gritaba que me largara cuanto antes de allí o me acabaría arrepintiendo.

Él abrió mucho los ojos, como si terminara de pedirle un caramelito de uranio enriquecido.

—¿Busca una mezcla de ron, lima y arrepentimiento? —Lo miré sin salir de mi asombro—. Lo siento, señora, no tengo de eso, pero… —Se inclinó hacia mí, apoyando los codos sobre el mostrador forrado con dibujos de mandalas de elefantes pintados por un ciego—. Pero sí puedo ofrecerle un pastelito de lima con aspiraciones alcohólicas. ¡Delicioso, y sin consecuencias penales! He visto que ha bajado de

su bólido. Y ya sabemos todos, honorable dama: si bebes… no conduzcas.

Menos mal que faltaba una semana para el día de los Inocentes, porque habría pensado que se trataba de alguna de las locuras organizadas por mi madre.

¿Me estaría vacilando debido al aburrimiento y a la soledad?

—No me sirve —dije, sonriendo sin querer. El hombrecillo tenía su gracia.

Mientras él seguía hablándome sobre los beneficios del limón y del ácido fólico, yo me acerqué a la vitrina como Caroline a la luz. Y ahí estaba. Como si de un milagro se tratara, una tarta de mojito congelada, con un cartel gigante que ponía: «Novedad».

Me quedé mirando la caja y, luego al dependiente.

—¿Y eso? —pregunté, arqueando una ceja.

Apu 2.0 suspiró.

—Eso es una tarta de mojito, honorable dama.

—Lo que le pedí…

—Falso. Usted pidió tarta de mojito.

Confirmado: me estaba vacilando. No podía ser tan tonto. O sí.

—Está bien… reformularé mi pregunta: ¿tendría una tarta de mojito con-ge-la-da?

Juro que me sentí estúpida, pero no podía llegar a casa de mi madre sin su pedido. Si la conocierais, me entenderíais.

—Sí. Tengo…

Di un paso emocionada. Me agaché un poco, abrí la puerta de la vitrina y, justo cuando estaba a punto de cogerla, se abrió la puerta del baño.

Y de allí salió él.

Un tipo alto, moreno, con el pelo mojado y la mandíbula más marcada que los confines del espacio. Vestía pantalones oscuros,

camisa blanca, mirada de esas que primero te electrocutan y luego, si has sobrevivido, preguntan.

De haber creído en la Navidad y no ser un grinch repelente, estaría convencida de que me lo enviaba Papá Noel.

Apu 2.0 se colocó a nuestro lado, pero debió patinar con la escarcha que cayó de la nevera o con mis babas, porque se estampó contra mi cuerpo. Yo salí despedida contra el pecho de hormigón armado del tipo del baño y los tres caímos al suelo. El dependiente, con la cabeza dentro de la nevera y, yo, de medio lado entre las piernas del buenorro, con la vista fija en un punto indeterminado.

Él me miraba como buscando algo. Yo no pestañeaba. No quería que descubriera que mi atención estaba puesta en la vitrina. Mis ansias me delataron. Desvié los ojos justo cuando los suyos seguían la trayectoria de los míos. Mismo objetivo: la tarta.

Nos levantamos a la vez. Él se sacudió el abrigo con la eficacia de un anuncio de quita-pelusas, yo me recoloqué el bolso como si eso me devolviera el orgullo.

Fingimos calma. Entre jadeos, caminamos hacia la vitrina como si estuviéramos en el corredor de la muerte, acelerando el paso disimuladamente.

Nos quedamos quietos, frente a frente, con la puerta de la nevera abierta. Lo único que nos separaba era una columna de vaho que salía de dentro como si hubiera invocado a la reina de las Nieves.

—Perdón —dijo él con una voz que sonaba a locutor de radio de programa cochino—. Solo quiero coger esto.

Continué con la mano agarrada a la manivela de la puerta y, por algún motivo, tipo «me he quedado sin riego en el cerebro» o «el frío glacial me ha criogenizado las neuronas», cerré con todas mis fuerzas. Escuché un crack seguido de un grito. Giró la cabeza y volvió a gritar. Un decibelio más y me quedo sorda.

—Casi me amputas la mano… —se quejó.

—*Casi* —respondí, abriendo la puerta y liberando su brazo.

Se apartó para frotarse la muñeca, yo aproveché para hacerme con la tarta.

—¿Qué hace? Esa tarta es mía.

—Eso habrá que verlo —repliqué, sujetando la caja con ambas manos.

Él también la agarró por el otro lado. Durante un segundo, nuestras manos se rozaron y, de lo que me subió la temperatura, casi descongelo la tarta.

—La encargué esta mañana —añadió él, sin soltarla.

—Felicidades, pero yo la vi primero —respondí, tirando un poco, como si en lugar de una tarta fuera el último chaleco salvavidas en un naufragio.

El dependiente, mientras se ajustaba el turbante, nos observaba con la satisfacción de estar viendo una telenovela en directo.

—¡Oh, la magia de la Navidad! —dijo con una sonrisa relajada —. ¡Dos almas luchando por un postre embriagador!

Yo miré al tipo. Él me sostuvo la mirada, sin moverse. Y por un segundo, pensé que iba a ceder. Pero claro, no lo hizo.

—¿Sabes qué? —dije al fin, bajando la voz—. Me da igual la tarta.

Mentira. Pero necesitaba distraerlo.

—¿Sí? —preguntó sorprendido—. ¿De verdad?

—Sí. Todo esto me parece ridículo.

Solté la caja. Él la sujetó serio, aunque vi cómo se le escapaba un amago de sonrisa, apenas un milímetro.

—Feliz Nochebuena —murmuró camino del mostrador.

—Igualmente —contesté, intentando no quedarme mirándole el cuello de la camisa o el culo.

Yo solo pensaba en la tarta de mojito… y en mi madre volviéndose loca cuando me abriera la puerta de casa y solo llevara la maleta y a Jorge Luis.

¡Mierda! Me había olvidado por completo del enano.

Necesitaba un plan. Uno bueno.

Decidí largarme de allí y esperarlo en el aparcamiento, solo para robarle la tarta, pero una señora apareció en la entrada justo cuando yo pretendía salir y me bloqueó el paso.

Cometí el error de girarme hacia el mostrador; vi la dichosa tarta y me quedé. Cuando el hombre pagó, sonrió al dependiente y comprendí que había llegado el momento de largarme o mi plan se iría al traste.

Los dos decidimos abrir a la vez y nuestras manos se encontraron al mismo tiempo en el tirador. Y entonces, me dejé poseer por el espíritu de un martillo pilón y le apreté la mano con todas mis fuerzas.

—¡Au! —protestó él. Yo me eché a reír.

—Pobrecito. Mojito, el ladrón de tartas, va a llorar…

Su cara se tensó. Él me miró como si fuera una garrapata vestida de elfo. Le clavé las uñas. Se puso rojo, pero no hizo nada porque si se movía, la caja acabaría estampada contra el suelo.

Para cuando me di cuenta, había un corro de gente alrededor disfrutando del espectáculo.

—¿Salen? —preguntó un hombre que acababa de darme un culazo para que soltara la manivela y poder largarse de allí.

—Gracias —dijo mi mayor pesadilla.

Yo, indignada, hice lo único lógico que se me pasó por la cabeza para que no se me escapara: abrazarme a su cuerpo para quitársela.

Me agarré a su brazo como si fuera un grumete trepando por el mástil del Juan Sebastián Elcano y ascendí con una elegancia

inexistente. Él medía casi dos metros, yo metro sesenta y poco. La física estaba de su lado, pero la desesperación, del mío.

—¿Te has vuelto loca? —Su voz sonó entre dientes, contenida, como si le molestara más la escena que mi peso.

—Esa tarta es mía. —Me impulsé, toqué el cartón con la punta de los dedos y resbalé un poco.

—¿No sabes leer? —Levantó el paquete como si estuviera alzando al rey León—: «Reservada». Claramente, para mí.

—Claro, porque te llamas Mojito.

Una señora preguntó al aire si el joven necesitaba ayuda, como si yo fuera un animal peligroso y no una hija angustiada que solo quería cumplir el deseo de su madre. Otra sacó el móvil.

Fenomenal. Nos estaban grabando. Nuestra *viralización* estaba en camino. «Viva el espíritu navideño». La ilusión de mi vida: Hacerme famosa justo cuando mi vida se había convertido en una mierda.

Él retrocedió un paso para librarse de mí, y, en mi afán por alcanzar la dichosa caja, le pegué un empujón con el hombro. La tarta voló por el aire como una paloma de la paz… y aterrizó contra la nuca de un tipo calvo, enorme, que se giró despacio, con la misma cara del fantasma de las Navidades pasadas.

—¿Quién ha sido? —tronó con la mano pegada al cuello.

Me congelé en el acto con crema de mojito pegada a la cara y a la ropa. El guapo de mandíbula perfecta y ojos penetrantes se cuadró a mi lado.

—Ha sido ella. —Me señaló sin una pizca de remordimiento.

—¿Yo? —Mi voz salió un poco más aguda de lo normal.

—Bueno… digamos que fue una colaboración accidentada —añadió justo cuando el calvo dio un paso hacia mí con la intención de estrangularme.

No tuve tiempo de agradecerle el apunte porque en cuestión de segundos teníamos al encargado pidiéndonos calma y a unos

cinco móviles grabando nuestra «original reyerta por una puta tarta de mojito».

La Guardia Civil llegó en menos tiempo del que se tarda en estrujar un polvorón, metértelo en la boca y decir: «Pamplona» o «Zaragoza», que con los nervios ya ni me acordaba de la ubicación.

Sin necesidad de preguntar, nos agarraron por los hombros y nos separaron como a dos niñatos peleones.

El momento más humillante de mi existencia.

Después de tomarnos declaración e intentar explicar lo inexplicable, me tocó pagar a medias la tarta y los desperfectos del interior del badulaque.

Entré en el coche con la sensación de ser una piruleta a medio chupar, con el orgullo pringoso y la certeza de que mi Nochebuena solo podía ir a mejor.

—Feliz Navidad, imbécil —grité al aire cuando cada uno ya había arrancado su coche.

Aceleró y, al pasar por delante, frenó en seco, me dedicó una sonrisa que me puso de más mala hostia y se fue con su guapura y su cuerpo perfecto a tomar por culo.

Yo también, con Jorge Luis mirándome como si acabara de bajar un escalón más en la escala evolutiva. Yo.

CAPÍTULO 2

LUCAS

Las Navidades ya eran lo bastante insoportables de por sí como para empezarlas en una comisaría rural, acusado de agredir a un señor y de destrozar el mobiliario de un comercio —si es que aquel lugar podía llamarse así—, por lo que propuse llegar a un acuerdo.

Así que, como si estuviéramos en un mercadillo regateando, empecé a negociar con un guardia muy majo. La solución fue práctica y, lo admito, humillante, pero ninguno de los dos quería acabar en un calabozo en una noche tan señalada. La única condición que puse fue que ella, la mujer más insoportable que me había echado a la cara en toda mi vida, pagara a medias la tarta. No se trataba de dinero, era orgullo.

—¿Pero hace dos horas no estabas a media hora? —preguntó mi padre cuando descolgué a su llamada número veinte.

—Lo estaba. He tenido un pequeño contratiempo. No tardo.

—¿Estás seguro? Si no querías venir, solo tenías que decirlo. Lucas, ¿no te habrás arrepentido?

—Papá, no sé a qué viene esto. Cuelgo, que estoy llegando.

—Aparca detrás y deja la tarta en el arcón del cobertizo.

—Mier… Sí, venga, ahora nos vemos.

Sí, mierda. Una mierda con todas sus letras y en mayúsculas.

La puta tarta que casi me cuesta una mancha en mi intachable currículum se había volatilizado.

Debería haber sido valiente y haberle explicado que, por culpa de una mujer bajita, histérica y agresiva, no llevaba la tarta. Aunque mi padre habría dicho que era una loca adorable. Pero yo solo veía a alguien peligroso que casi me amputa la mano. Una desequilibrada, sin necesidad de ser psiquiatra. Alguien que ríe cuando debería

disculparse, que habla sola mirando al techo y tiene el don de sacarte de quicio solo con un pestañeo…

En fin, que decidí que era mejor no mencionar aquel desafortunado altercado. Y que solo quería olvidar.

Conduje hasta lo que mi padre llamaba casa. Desde hacía dos años había decidido gastarse mi futura herencia en una mansión que tenía más metros cuadrados que el pueblo al que pertenecía.

No hizo falta preguntar a nadie si sabían dónde vivía Recadero Ríos. Seguí la luz, como si fuera una polilla, hasta que llegué a mi destino. Tuve dudas. Porque había estado allí el verano anterior, unos días, suficiente, de lo contrario, habría pensado que el GPS me había llevado hasta la puerta de una central eléctrica a pleno rendimiento. No se veía ni un solo ladrillo, una cortina de luces de colores forraba la vivienda desde el techo hasta el suelo. Junto a la chimenea, un enorme letrero con un *merry christmas* centelleante sobrevolaba el trineo de Papá Noel, tirado por nueve renos más grandes que mi coche.

Aparqué en la parte trasera de la casa, porque delante un enorme árbol de navidad ocupaba todo el jardín. Increíble. Mi padre había perdido la cabeza del todo.

—¡Hijo! —me recibió en la puerta trasera con una sonrisa que no recordaba haber visto nunca y vestido de Papá Noel—. Venga, entra, ya vamos por el segundo plato.

—¿*Vamos*? —pregunté con miedo, mirándole la borla del gorro.

Después del espectáculo de fuera, no me habría sorprendido encontrar sentados a la mesa a todos los ayudantes de Santa Claus mientras terminaban de empaquetar los últimos regalos.

—Entra, que se va el calor del hogar —me pidió, frotándose las manos.

¿*Hogar*? ¿En serio?

—¿Te encuentras bien? —me interesé, ya dentro de la cocina.

—¿Has guardado la tarta en el arcón?

Hice lo que cualquier hijo con dos dedos de frente hubiera hecho: callar. Pasé y cerré la puerta para que no se escapara *el calor del hogar…*

Risas, villancicos y ruido de cucharillas me confirmaron que no estaba solo.

Tenía invitados. Genial. Mi padre había decidido socializar a sus casi setenta años. Perfecto.

Nada más poner un pie en el salón, un enorme árbol de Navidad —hermano pequeño del de fuera— me recibió lleno de luces y bolas enormes. Aquello parecía el escenario de un musical navideño barato. Guirnaldas, manteles rojos, velas doradas y un conejo que daba saltitos por encima del sofá, entre los cojines con forma de bastones de caramelo.

—Pasa, pasa, siéntate, ahí, junto al padre Obdulio.

¿Padre?

Efectivamente, un cura presidía la mesa y, como mi padre, también llevaba un gorro de Papá Noel. Rascaba una botella de anís mientras gritaba: «Hacia Belén va una burra».

Una señora pequeñita, con carita de no haber roto un plato en toda su vida, vestida de elfo, le hacía los coros: «Yo me remendaba, yo me remendé».

Y a la derecha del padre —nunca mejor dicho— estaba ella, con cara de asco, mirando a la nada mientras se rellenaba una copa con vino tinto.

La de la tarta. La culpable de mi *casi* primera ficha policial en un pueblo donde no debía haber secretos.

Me miró. Yo la miré. Ninguno sonrió.

—Os presento a… —empezó mi padre.

—¡Mojito! —gritó ella, mirándome con cara de angustia y la copa en alto.

—La loca —dije, sacudiéndome el abrigo antes de colgarlo en una silla.

Mi padre nos ignoró y se sentó como si yo llevara allí toda la vida.

—Lucas, tu padre se quedó corto. Eres mucho más guapo de lo que nos contó —dijo la señora elfo, mirándome de arriba abajo. Luego se levantó y, dando saltitos, estampó la mejilla en mi pecho y me abrazó—. Eres tan grande…

Os doy mi palabra de persona cuerda —hasta ese instante— de que no entendía nada.

Sabía que esa casa era la de mi padre. Él era mi padre, vale que lo descubrí cuando tenía casi dieciocho años, pero llevaba teniendo relación con él desde hacía casi dos décadas. Tiempo suficiente para conocerlo, digo yo.

Y aquellos invitados, que parecían sacados de un catálogo de seres extraños, disfrutaban de la velada como si todo fuera lógico y normal.

Mi padre, ajeno a mi drama interno, me los presentó a todos:

—Esta señora tan divina, es Pita. —Apuntó con un bastón de caramelo a la mujer que seguía abrazada a mí.

—Encantado —dije, sin molestarme en fingir entusiasmo.

Mi padre se colocó detrás del cura, colocó las manos en sus hombros y, muy sonriente, dijo:

—Y aquí, don Obdulio o padre, como más rabia te dé. Un gran amigo. Y ella… ella es la princesa de… —soltó con orgullo mirando a la loca del badulaque como si fuera alguien importante en su vida.

—La princesa del inframundo —susurré con los ojos cerrados.

—Ya os dije que mi chiquillo tenía un humor muy… muy de los Ríos —anunció como si acabara de desvelar mi nominación al mejor actor secundario en los Óscar. Ella escupió el vino—. Es Fabiola Rivera.

—¡Joder! —se me escapó de la impresión.

Porque ahí lo supe. Sin ninguna duda.

Fabiola Rivera no solo era la mujer que me había arruinado la tarde. Era también mi competencia directa. Ambos habíamos solicitado la dirección del instituto privado que estaba en el pueblo de al lado —ella, aquella misma mañana—. Y solo uno la conseguiría.

Perfecto.

La Tercera Guerra Mundial estaba en marcha.

CAPÍTULO 3

FABIOLA

Conducía mi coche con la calefacción puesta… lo que equivalía a soplar aire a una temperatura similar a la de una cámara frigorífica industrial.

A mi derecha, de copiloto, Lucas, alias Mojito. Detrás, su padre, mi madre y, en el centro, don Obdulio, el cura del pueblo. Los tres lucían unas ridículas diademas de cuernos de reno que, cada vez que se movían o el coche frenaba, se iluminaban. Combinación que debería estar prohibida por la DGT.

—¿De verdad era necesario ponerme en este compromiso? —pregunté al aire, que a esas alturas ya estaba tan congelado que casi podía ver copitos de nieve flotando en el interior—. ¿Misa de madrugada?

La única culpable era yo. Por ansias, pringada y atea. De haber sido creyente, algo me habría olido.

Cuando acabamos de comernos el último polvorón y mi madre preguntó quién llevaba al cura a la ermita, me vine arriba, creyendo —ilusa de mí— que perdería de vista a Mojito.

—Yo, yo —dije con los brazos en alto para que se me viera bien entre tanta lucecita navideña.

—¡Yo! Lo llevo, yo —gritó Lucas.

Error.

—Yo lo he dicho antes. Lo llevo yo y no se hable más —sentencié y fui a por mis cosas.

No podía permitir que él se saliera con la suya.

Y justo ahí, en ese instante, tuve la claridad mental de un calcetín agujereado, porque podría haber sido razonable, madura, adulta… pero no, fui más Fabiola que nunca. Y mi cerebro decidió pulsar el botoncito rojo del caos.

Así que, poseída por una mala versión navideña y vengativa de mí misma —y sin filtro—, le arranqué las llaves de la mano y las lancé dentro de la chimenea encendida.

Me puse el abrigo y fui a por Jorge Luis.

—¡Está loca! —chilló como un energúmeno, dando saltos mientras sacudía la mano porque parecía haberse quedado sin huellas dactilares al tocar el guardafuegos de hierro forjado, intentando rescatarlas—. ¿Es qué nadie lo ve?

Yo sonreía apoyada en el marco de la puerta, preparada para largarme con el cura.

—Hijo, pero si ha sido un gesto precioso… —dijo el señor Recadero, mirándome con cariño.

Yo puse carita de ángel y pestañeé.

—¿Precioso? ¿Quemarme el mando del Mercedes? ¿Dónde ves tú la preciosura? —se quejó a la vez que daba aire a las llaves con los dedos.

—¡Ay, bonito mío! Fabi solo se preocupa por ti. Te has bebido *quince* botellas de vino… —dijo la exagerada de mi madre.

Bueno, no tenía ni la menor idea de cuánto había tragado porque no quise mirarlo en toda la noche.

—Vamos, padre, vamos —dijo el señor Recadero.

—Un segundo, cojo a Jorge Luis y nos vamos, padre —pedí con voz angelical.

—Deja al chico que duerma, luego venimos a por él. ¿Qué le puede pasar mientras estamos en misa de Gallo? —Mi madre tenía prisa por salir de allí.

—¿Estamos? —pregunté asustada señalando uno por uno—. ¿Misa?

Lucas me miró con los labios apretados y, disimuladamente, me sacó el dedo corazón.

Cuando me ofrecí, creí que solo se trataba de montarlo en mi coche —bueno, lo haría él solito— y dejarlo junto a la plaza, a cien

metros de casa de mi madre, para que entrara en la ermita. En su casa.

¿Cómo iba a imaginar que en Nochebuena había misa? ¿Y que aquel dichoso cura, que todavía no había averiguado qué hacía cenando con mi madre, tenía que oficiar la misa del Gallo?

Y ahí estábamos, en mi coche, todos apiñados como croquetas en un táper deforme.

Miré de reojo a Lucas. Perfil perfecto, mandíbula apretada, con ese gesto de perdonavidas que lo hacía más atractivo.

«Si no fuera tan gilipollas, me valdría para un polvo rápido». De esos que arreglan males mayores, pensé sin pensar. Seguro que así se me quitaba la tontería existencial que arrastraba desde que lo dejé con mi ex.

Me mordí el labio, imaginando por un segundo esas manos suyas, grandes, firmes, sujetándome de las caderas… Yo gritando que me diera duro… Que no parara…

Era evidente que mi imaginación tenía la sutileza de una piraña famélica. Intenté respirar hondo para recomponerme, pero entonces, el olor de su colonia me remató y se me escapó un maldito gemido.

Vale, mal momento para fantasear.

—¿Todo bien? —se interesó el objeto de *mi calentamiento global.*

No respondí y bajé la ventanilla para que entrara aire y no acabara ardiendo como las llaves de Luquitas.

Error. Otro más.

El calentón me dejó sin sensibilidad en los dedos y toqué todos los botones al mismo tiempo. En un visto y no visto, los cristales bajaron a la vez y desaparecieron.

Una ráfaga helada nos atravesó el alma por los cuatro costados y al pobre don Obdulio se le cayó la diadema y se le voló la boina, que salió disparada por el hueco de la ventanilla, directa a la carretera como una estrella fugaz rumbo a la cabeza de San Pedro.

—¡Por el amor de Dios, Fabiola! ¿Quieres matarnos de una ventolera glacial? —chilló mi madre, tapándose media cara con lo que parecía la sotana de don Obdulio.

—Tranquila, Pita —murmuró Lucas sin girarse—. Solo quiere acabar con mi existencia.

—No me des ideas… —repliqué, girando el volante con un suspiro ahogado—. Os dejo en la ermita y me vuelvo a por Jorge Luis. No me quedo tranquila sabiendo que está solo.

Él me miró. Sentí cómo sus pupilas intentaban atravesarme el cerebro.

—¿Quién es Jorge Luis? —preguntó de repente.

—Nadie que te importe —dije, volviendo la vista hacia la carretera. No entraba en mis planes comerme un árbol por adorar al guapo de mi copiloto.

—¿Eso quiere decir que no pensáis salir de marcha con nosotros? —se quejó su padre.

—Ni loco —respondió Lucas.

Yo decidí no intervenir más. Aquella conversación cada vez era más absurda y yo cada vez tenía más calor, y eso que las ventanillas seguían bajadas.

—Pues vaya juventud más aburrida —bufó Recadero desde atrás—. Mi hijo se cree que porque esté amargado tenemos que seguirle el rollo. Cuando acabe la misa, nos vamos a casa de Ruperto a tomar unos traguitos. ¡Como Dios manda!

Lucas resopló. Yo me reí bajito.

Amargado.

—Todavía no entiendo por qué no hemos ido en mi coche.

—Porque si bebes, no conduzcas —le contesté sin pensarlo—. ¿No te lo dijo Apu?

Él me miró de lado, como si me hubiera vuelto loca de golpe.

Y justo entonces, la madre naturaleza decidió aportar su granito de caos. Un jabalí enorme se cruzó en mitad de la carretera. Pisé el freno y el coche dio un bandazo.

—¡Ay, Señor de los frenazos en seco! ¡Se me han salido las copas del sujetador! —gritó mi madre.

—Tranquila, mujer —dijo el padre de Lucas con toda la calma del mundo—, que a mí se me ha metido el calzoncillo por la raja del culo.

Sin querer, escupí al cristal. Quería morirme, pero no estrellarme. Incongruencias de una conductora arrepentida.

Antes de continuar, miré por el retrovisor para ver cómo iban los de atrás. No quería preguntar y darles pie a que me dijeran que habían perdido alguna prenda más. Entonces, el cura, con el alzacuello torcido y todo el flequillo levantado como un puercoespín, anunció solemne:

—Yo me bajo aquí. —Se quitó el cinturón, se subió a horcajadas sobre los muslos de mi madre e intentó abrir la puerta donde ella apoyaba el codo.

—Ni se le ocurra —dije, intentando no reírme—. Estamos llegando. Bajáis en la plaza como las personas normales y yo me vuelvo a por Jorge Luis —añadí, más para mí que para el resto.

—Déjalo tranquilo, mujer —me replicó mi madre—. Está dormido. Aprovecha y disfruta, que cuando eras pequeña menudo por culillo dabas por la noche. Llora que te llora. Por eso eres hija única.

—¿Solo de pequeña daba por culo? —susurró Lucas, mirando el paisaje oscuro.

Le hice una peineta sin pestañear y casi me voy al carril contrario.

Él extendió el brazo hacia el volante para estabilizarlo, y nuestros dedos se rozaron.

Por un instante, sentí algo entre las piernas. Un cosquilleo, una descarga, o pura electricidad estática, qué más daba.

Tuve que disimular, claro.

Giré el volante, doblé por un caminito de cabras y, cien metros después, frené en seco. Todos se golpearon la frente con los

asientos delanteros.

—¡Qué velocidades! Ni que tuvieras prisa por conocer al jefe de don Obdulio —chilló mi madre, tocándose el moño y centrándose la diadema.

Ya habíamos llegado.

Intentaron abrir, pero ninguno lo consiguió.

—¿Tanta prisa y ahora nadie baja? —gruñí.

—Tienes puestos los seguros infantiles, genia —dijo Lucas.

Él, muy avispado, sacó su manaza erótica por el hueco de la ventanilla y abrió desde fuera. Salió con una sonrisa que me dieron ganas de borrar a lametazos y, con cara de héroe, liberó a nuestros padres y al cura.

—¿No bajas? —me soltó, asomado por el hueco de la puerta.

Lo miré seria.

—Pues no lo sé, la verdad.

Y, por un segundo, creo que ninguno de los dos quiso ser el primero en dejar de mirarse.

Curiosa noche.

CAPÍTULO 4

LUCAS

Los chorros de la ducha salían disparados como estalactitas contra mi piel. Y aun así, no conseguía quitarme de encima la sensación de anoche.

Ni a Fabiola. Ni a su maldito olor, que se me había impregnado por dentro, y me estaba consumiendo.

—Joder —murmuré, restregándome la esponja con rabia.

La odiaba. Era insufrible. Irritante. Y una desequilibrada bastante adorable.

Y, por desgracia, la única mujer en cincuenta kilómetros que no había sido compañera de Jesucristo.

Era de cajón que me sintiera así.

Casi dos años sin acostarme con nadie. Dos. Desde aquella fatídica Nochevieja en la que iba a pedirle matrimonio a mi novia… y la encontré en *mi* cama con *mi* jefe.

Desde entonces, mi vida sexual era independiente, como las tiendas de campaña modernas que se montan solas.

Mecánico, una necesidad fisiológica.

Y desde anoche su imagen me taladraba el cerebro. El viaje en coche me dejó dolor de huevos.

Su voz repelente —con ese puntito magnético que me tocaba no solo las narices—, sus pullitas rápidas y esa manía que le había entrado de llamarme Mojito…

Pensé que para un polvo rápido no me vendría mal. Una alegría de temporada. Un regalo navideño que tanto me merecía.

Nada grave. Solo... desahogo.

Y pensando en esas mierdas, cómo no, *se me puso dura*. Muy dura.

—Eres gilipollas, Lucas —me dije en voz alta.

La puerta del baño se abrió sin previo aviso. Una cascada del infierno me cayó por encima. Menos mal que me pilló con la mano apretándome la polla, porque el agua hirviendo me la habría dejado en carne viva.

—¡Pero qué cojones, papá! —rugí debajo del chorro de agua congelada que todavía caía de la alcachofa.

—Te estabas enfriando, hijo —respondió él, tranquilo, con la jarra en una mano y la otra apoyada en la mampara, mirándome de arriba abajo.

—¿Quieres provocarme quemaduras de primer grado o qué?

—La caldera no funciona, seguimos sin luz. He calentado agua en la chimenea. ¿No querrás coger un resfriado en Navidad?

Claro, prefiero que me internen en cuidados intensivos, no te jode…

Apoyé la frente en los azulejos.

Y entonces me vino la imagen.

La de anoche.

La de ella entrando en la ermita con la nariz roja, las mejillas encendidas y esa cara de «yo aquí no pinto nada, pero no pienso congelarme sola».

—Papá, ¿puedes dejar que termine? —pregunté sin moverme.

—No tardes, que tenemos que llevar toda la comida a casa de Pita para que no se estropee. Es la única que tiene un generador.

Pita. ¿Cómo una señora tan entrañable podía haber engendrado al Anticristo?

Y de nuevo apareció la imagen de Fabiola, frotándose las manos, sentada en un banco de la plaza de la ermita, tiritando.

El coche no le arrancaba y había decidido esperar dentro.

No pude apartar los ojos de ella en toda la misa. Ni cuando don Obdulio nos dio la bienvenida, ni cuando una de las viejas de la quinta de Matusalén, por su cuenta y riesgo, saltándose el guion,

empezó a cantar el *Ave María* como si aquello fuera la final de *Got Talent*.

—Enedina, ahora no toca —le mandó callar alguien del coro.

Y justo cuando decía el cura:

—Primera lectura. Isaías 9, 1-6: «El pueblo que caminaba en tinieblas …». —Se fue la luz.

Oscuridad total.

Un murmullo recorrió el interior de la ermita. Algunos aplaudieron.

La señora centenaria siguió cantando como si fuera la banda sonora de una película apocalíptica y, en medio del caos, las puertas de la ermita golpearon las paredes e irrumpió la Guardia Civil.

—No me lo puedo creer —dije en voz alta con la mano en la frente.

Eran los mismos que casi nos detienen en el badulaque.

—¡Recadero! —gritaron el nombre de mi padre.

—Aquí, aquí —la madre de Fabiola se subió en un banco y comenzó a agitar la diadema de cuernos de reno con luces rojas.

—¿Qué ocurre? —pregunté en cuanto los tuvimos delante.

—Necesitamos que nos acompañe. Ha habido un apagón general y creemos que el cortocircuito se ha originado en su domicilio. —Señalaron a mi padre.

Confusión. Voces. Gente santiguándose.

—¿Lo sospechan? —se interesó mi padre.

—Pero cómo va a provocar un apagón si su casa parecía la puerta de la feria de Sevilla —añadió Pita mientras se colocaba la diadema y terminaba con los brazos en jarras

Aguanté una carcajada. No era el momento, pero aquella señora era un rato graciosa.

Y entonces…

—¡Jorge Luis! —chilló Fabiola, con las manos en la cara, en la nuca, en la frente. Las tenía por todas partes.

Yo la miré desconcertado.

Don Obdulio encendía velas como un loco, mi padre daba explicaciones a los agentes, y Fabiola temblaba.

—¿Qué pasa? —le pregunté, acercándome.

Las lágrimas le caían a borbotones.

—Si le ocurre algo a Jorge Luis… estoy muerta.

Escucharla decir aquello me dejó congelado. Se me tensó todo el cuerpo. E hice lo que cualquier ser humano haría. Le cogí la mano para que supiera que no estaba sola.

Nos miramos.

Respiraba agitada. Yo sentía el corazón martilleándome en la nuca.

Le aparté un mechón de la cara.

—Tranquila —dije muy bajito—. Estará bien.

—Tienes que llevarme a casa de tu padre. Jorge Luis odia la oscuridad.

—¿No dijiste que tu coche no arrancaba?

—Cierto —susurró desesperada—. Pero tengo que ir a por él.

—¿Sin coche? Andando es una locura, más con este temporal.

Ella miró hacia los guardias. Luego a mí.

Yo negué, riendo nervioso.

—¿Pretendes que robe el coche patrulla? —pregunté, negando, porque debí interpretar mal sus intenciones.

No contestó, me agarró de la muñeca y empezó a correr por el pasillo central. Cómo no, la seguí.

—Fabiola, no voy a robar una patrulla. Además, no tenemos las llaves.

—Pues haz un puente. No sé, tú sabrás de estas cosas —me pidió como el que pide un azucarillo de más.

—¿Perdona? ¿Te crees que soy el Vaquilla?

—¿Ese es algún delincuente del pueblo? ¿Está en la ermita? —preguntó, mirando a todos lados.

—Da igual, déjalo. Eres demasiado joven para entender la broma...

Y se me fue la cabeza.

Entrelacé nuestros dedos y corrimos. Por el camino de cabras, con la nieve cayendo a ráfagas y el frío calándonos los huesos.

—Me duele aquí. —Paró de golpe en mitad de la comarcal, señalándose el costado y sin dejar de jadear.

—Eso es flato. Venga, respira poco a poco. Estamos llegando.

—¿Llegando? Pero si tu padre vive en el culo del mundo. Tendríamos que haber cogido prestado el coche patrulla.

Me quité el abrigo y lo extendí en el suelo, sobre la nieve. Ella me miraba con el ceño fruncido.

—Sube —le ordené, con los dientes castañeando.

—¿A tu espalda?

—¿Para qué querría que subieras a mi espalda?

—Yo qué sé, apenas te conozco, pero ya voy viendo lo raro que eres…

—¿Raro yo? —Me golpeé el pecho—. Si dejo el abrigo en el suelo, ¿para qué crees que es? ¿Porque me pesa? Sube.

—¿Pero adónde? —gritó mirando al cielo, llenándose la cara de pequeños copos de nieve.

—Da igual, déjalo y camina. Para un gesto desinteresado que tengo, te descojonas de mí… Pensaba arrastrarte.

—¿Cómo si fuera un trineo? —Señaló a mi abrigo de Armani.

Cuando iba a contestarle, las luces de un coche alumbraron parte de la carretera, me giré despacio y levanté los brazos.

El conductor frenó en seco.

—¿Necesitan ayuda? —preguntó, asomando la cabeza por el hueco de la ventanilla.

—¿Podría acercarnos al final de la colina?

—Suban, suban.

Ninguno de los dos lo pensamos, abrí la puerta trasera y la ayudé a entrar. Estaba más fría que un cubito de hielo.

El trayecto se hizo eterno.

Ella temblaba a mi lado. Cada vez que el coche derrapaba un poco, se pegaba a mi costado y nos rozábamos las piernas, y yo me maldecía por pensar en otras historias y no en su maldito niño.

—¿Es aquí? —preguntó el buen samaritano que nos trajo.

Ella salió disparada antes de que el coche se detuviera del todo.

—Gracias —le dije cuando Fabiola ya estaba parada frente a la puerta principal, mirando por la ventana.

Olía a quemado.

—Fabiola, por la puerta de la cocina —le grité.

No me dio tiempo a más. Pasó por delante como si le hubieran insuflado adrenalina en las piernas.

—¡Jorge Luis! —gritaba con la voz rota, de camino del salón—. ¡Mamá ha vuelto!

Estaba todo a oscuras. No se veía nada. Abrí un armario de la cocina, luego un par de cajones, hasta que encontré una linterna.

—Chiquitín… Mami está aquí. No tengas miedo —decía acongojada.

A mí se me estrujó el estómago. Sentí ganas de abrazarla.

Apunté con la linterna al suelo. El salón parecía un campo de batalla. Como si un tornado se hubiera cebado con la casa de mi padre. El árbol tumbado a mis pies, las guirnaldas chispeando, sillas volcadas con espumillón enredado por las patas. Envoltorios de polvorones por todas partes.

—¡No está! —se quejó, hipando.

—¿Has subido a buscarlo? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas.

Y algo se me enredó en el pecho. Y no fue ningún adorno navideño.

No sabría explicarlo. Una pena enorme me iba comiendo terreno. La miré con ternura. Y me dejé llevar por mi instinto.

La cogí de la nuca y junté mi frente con la suya.

—Respira —le pedí—. No te preocupes. Yo encontraré a tu hijo.

Ella se apartó bruscamente.

Y entonces, unas voces nos hicieron reaccionar. La Guardia Civil y nuestros padres aparecieron en mitad del desastre.

—¿Cómo habéis llegado tan rápido? —preguntó mi padre.

—Nos trajo un señor que paró en la carretera —respondió ella muy bajito.

—¿Pero estáis majaras? —gritó su madre, dándome un manotazo en el hombro con si hubiera sido cosa mía—. ¿Os habéis subido al coche de un desconocido? ¿No habéis escuchado historias de asesinos en serie en los campamentos?

—Pero si nunca quisiste mandarme a uno —respondió Fabiola confusa.

Yo me acerqué a la escalera al ver que uno de los guardias me hacía una seña. Los demás me siguieron.

—¿Han comprobado que no hay ningún ladrón en la vivienda? —preguntó uno de ellos, apuntándonos a los ojos con una linterna.

—Igual está en el dormitorio —dijo mi padre, mirando al techo.

—¿El ladrón? —preguntó el guardia.

—¿Qué ladrón? —se interesó Pita.

—Arriba no está, habría bajado al escucharme —respondió Fabiola tan tranquila, secándose las lágrimas.

Uno de los guardias me robó la linterna y comenzó a subir los escalones, mi padre lo siguió.

—¿El ladrón la conoce? —se interesó el otro. Y sin necesidad de mirarla, supe que a Fabiola se le había estrujado el corazón.

Por muy ridícula que me pareciera la conversación, la cogí de la mano por instinto. No la soportaba, pero aquella situación me obligó

a comportarme como un buen ser humano. Estaba sufriendo. No podía ni imaginarme cómo se sentía.

Su hijo había desaparecido.

—¿Cree que pueden haberlo secuestrado? —Fabiola se colocó la mano en el pecho y rompió a llorar.

—Arriba todo despejado —informó el guardia.

Ella me soltó la mano y empezó a dar vueltas por el salón, pisoteando los adornos del árbol, mientras decía el hombre del niño.

—¡Jorge Luis! ¿Por qué tuve que dejarte solito? —Se daba golpes en la frente desesperada.

—No, mi amor… —Pita intentaba consolarla, pero ella no encontraba consuelo—. ¿Cómo iba a llevárselo alguien? ¿A santo de qué?

—Yo qué sé. La Guardia Civil lo ha insinuado. Sé leer entre líneas. Igual lo vieron tan mono que pretenden venderlo en el mercado negro.

—No digas eso —le pedí a punto de llorar.

Sonará estúpido, pero ya me sentía parte de la familia del pequeño Jorge Luis.

—Un momento, igual ha sido el Vaquilla, el amigo de Lucas —soltó eufórica, apuntándome con el dedo.

Lo siento, soy lo peor, pero se me escapó una enorme carcajada sin poder evitarlo.

Todos me miraron asustados.

—Ni caso —les susurré a los agentes.

—Hay que dar el aviso de la desaparición —pidió su madre, agarrándome por los hombros.

Me giré hacia Fabiola.

—¿Cuántos años tiene Jorge Luis?

—Casi tres.

Uno de nosotros tenía que tomar el control. Por lo que decidí confesar. Había que encontrarlo.

—Su hijo ha desaparecido —les dije a los guardias que escuchaban muy atentos—. Tiene tres años, no conoce la zona y estará asustadísimo.

Uno de ellos nos miró con la ceja levantada.

—¿Pretende decirnos que lo habían dejado… solo en casa?

Genial. Todo se complicaba. Me sentí un bocazas, pero había que localizar a Jorge Luis. En las películas siempre dicen que las primeras horas son cruciales.

—Su abuela me obligó —dijo ella, sollozando, apuntando con el dedo a su madre—. En realidad, todos me obligaron.

—Necesitamos una foto actual.

Mientras sorbía los mocos, buscó en el móvil.

—Tiene que aparecer. Su padre no sabe que me lo traje. Cuando se entere, me va a matar —confesó al fin.

Me tensé. Pero entendí su preocupación.

—No adelantemos acontecimientos. Cálmese. Y díganos cómo iba vestido.

—Llevaba un trajecito de reno. Se lo puso mi madre antes de que se durmiera. Yo odio la Navidad. Tienen que encontrarlo. Estamos en plena separación y… los dos queremos su custodia. ¡Dios! ¡Qué imbécil he sido! —Su voz se quebró.

Mi padre bajó del piso de arriba negando con la cabeza.

—Fabi, va a aparecer. Ten fe —le pidió su madre.

El guardia miró el móvil. Se acercó a su compañero. Pasó el dedo por la pantalla. Me miró. Miró al otro agente.

Yo ya intuía que algo no cuadraba.

—Perdone —dijo el guardia—, creo que he borrado la foto, no la encuentro.

—No, no —contestó Fabiola, desesperada, tocando de nuevo la pantalla—. Este es Jorge Luis.

Me acerqué despacio, le quité el teléfono y amplié la imagen.

Sentí cómo se me formaba una bola de fuego en el estómago, que ascendía a toda velocidad. La cabeza me iba a estallar.

Un silencio mortal.

—¿Qué cojones…? —murmuré incrédulo.

Y ahí estaba el desaparecido.

Orejas caídas. Bigotitos. Un lazo rojo en el cuello.

Jorge Luis era un puto conejo belier.

CAPÍTULO 5

FABIOLA

No quería abrir los ojos. Ni oír. Ni existir.

Solo quería quedarme enterrada bajo el edredón, convertirme en una momia y esperar a que llegara mi hora, deseando que el karma existiera y en mi próxima vida me permitiera ser un nórdico de plumón de oca húngara. Así nadie me juzgaría por quedarme en la cama de por vida, o hasta que me metieran en una lavadora.

—¿Piensas levantarte antes de Semana Santa? —preguntó mi madre, perturbando la poca paz que me quedaba.

—Respeta mi dolor —murmuré bajo mi coraza de plumas de oca—. Estoy de duelo.

—¿Duelo? —bufó entre risas—. ¿Por quién? Si puede saberse.

—Por Jorge Luis.

Aguanté la respiración unos segundos.

—Ay, hija, por favor… —suspiró, fingiendo dramatismo—. Venga, arriba, dúchate, ponte guapa y baja.

No contesté. Si me quedaba quieta igual se cansaba de darme la tabarra.

—Fabiola —insistió—, no tienes cuatro años. Eres adulta, y los adultos asumen sus errores.

—¿Estás insinuando que Jorge Luis es un error? —pregunté con la voz temblorosa, asomando un ojo entre las sábanas.

Mi madre se rio.

Error.

—No quiero enfadarme.

Ni yo seguir viviendo…

Igual exageraba, pero estaba tan triste… Y me daba tanta rabia darme cuenta de que mi madre tenía razón, pero era Navidad y yo

odiaba la Navidad. Perdón, la Navidad me odiaba a mí. La desaparición de Jorge Luis lo confirmaba. Todas mis desgracias ocurrían en las mismas fechas.

—No tienes corazón —le solté, llorando como una magdalena caducada.

Ella se sentó en el borde de la cama y me acarició la pierna con suavidad.

—Lo que no tengo es paciencia. No puedes ir por ahí comportándote como una loca. Jorge Luis no es tu hijo.

—Ya lo sé —repliqué ofendida.

Era evidente que no podía ser su madre biológica. Yo no era una coneja.

—Pues actúa en consecuencia. Yo no soy su abuela, por mucho que le haya puesto un trajecito de reno. Fabiola, aterriza. No quiero ni pensar en el día que se nos vaya al otro mundo —dijo bajito y se santiguó.

Me atraganté con el aire.

—¡No digas eso! —Me senté de un bote y lancé el edredón por los aires.

—Perdón, hija, pero me preocupas. Mucho. No es normal ni lógico pretender contratar al mejor abogado de España para que te den la custodia… ¡por un conejo!

—¡No me lo recuerdes! —Me tapé la cara—. Y no lo llames así.

—Co-ne-jo —deletreó ella.

—¡Ya sé cómo se escribe, mamá!

— No es nada personal. Si fuera un cerdo… En fin…

Me incorporé de un salto, despeinada, con los ojos hinchados, y salí disparada hacia la puerta con el pijama del revés, como mi vida.

—¡Voy a buscarlo! Y no pararé hasta mi último aliento…

—Fabiola, espera. —Me sujetó del brazo en el rellano—. He venido a decirte que ya ha aparecido.

Me quedé helada.

—¿Qué? ¿Dónde estaba? ¿Quién lo ha encontrado?

—Está bien. Lo tiene la Guardia Civil. En una hora, más o menos, lo traerán a casa. —Sonrió como si acabara de anunciar que habían encontrado al niño Jesús saliendo de un *after*.

—Gracias a Dios… —susurré, soltando un suspiro tan fuerte que casi me desinflo.

—Así que dúchate, arréglate y ayúdame a preparar la comida de Navidad. Se hace tarde.

❄ ❄ ❄

Treinta minutos después, mi madre, con su delantal de renos y purpurina por la cara, giraba de un lado a otro como un elfo con sobredosis de azúcar.

Enjuagó bajo el grifo un rodaballo y empezó a quitarle las escamas mientras cantaba *Los peces en el río* a voz en grito. Yo pelaba zanahorias apoyada en la encimera tratando de no llorar. Luego empezó a sacar bandejas de la nevera.

—¿Para cuántos días piensas cocinar? —pregunté, mirando toda la carne que había colocado a mi lado.

—Para hoy —respondió tan tranquila—. Tenemos invitados.

—¿Invitados? ¿Quién?

—Los vecinos.

—¿Los Ríos? Pero si cenamos con ellos anoche.

—Los mismos. Ayer cenamos allí, hoy comemos aquí. Es tradición comer juntos. Si hubieras estado en los últimos años, lo sabrías.

Puse los ojos en blanco. Siempre que tenía oportunidad, me echaba en cara que no quisiera celebrar la Navidad. Pero esas fechas me producían urticaria desde que a mi padre le pareció divertido morirse en Navidad.

—¿Y no te parece suficiente? Como si no tuvieran casa…

Me arrepentí antes de terminar la frase.

Casa tenían, el tema era en las condiciones que se la dejó Jorge Luis.

¡Ay, mi conejito!

—La culpa fue de tu conejo, no de ellos. Y, por cierto, en cuanto entren por esa puerta. —Señaló a mi espalda—, te vas a disculpar con Recadero y con su hijo.

Me quedé quieta con la zanahoria en la mano.

Pensé en Lucas y sonreí… hasta que recordé cómo me llamó «puta loca» anoche cuando se enteró de que Jorge Luis era un belier y no un niño. Luego se largó.

—No pienso disculparme. Yo no he hecho nada malo.

—Pues más te vale hacerlo, porque van a venir a comer y me niego a que en mi mesa haya malos rollos. —Mi madre cerró el horno—. Ah, y saca la tarta del congelador para que esté en su punto a la hora del postre.

Me quedé más fría que la tarta fantasma.

—Sí, sí… ahora la saco —mentí con la sonrisa más falsa del universo.

Cuando llegué, con la bienvenida exprés porque se hacía tarde para cenar en casa del vecino, no me preguntó por ella. Yo, como era lógico, no mencioné que me había sido imposible comprar una.

Fui al salón a por el móvil. Pediría una en Glovo, y asunto solucionado, pero no tenía cobertura. Necesitaba un milagro.

Me vestí en tiempo récord.

Al bajar, mi madre estaba haciendo polvorones caseros, feliz como una perdiz glaseada.

—¿Te has pensado lo de vivir conmigo? —preguntó sin girarse.

—No empieces.

—Solo digo que ahora que te has quedado en el paro y te has separado de Borja.

—No digas su nombre.

—¡Qué tonta eres! Del Innombrable. —Se aclaró la garganta—. Pues que no tiene sentido que estemos las dos solas pagando dos casas.

—Mamá, por favor… llevo independizada desde los dieciocho. No sé vivir con nadie.

—Ya, no hace falta que lo digas. Pobre Bor…—Le lancé una mirada asesina y no acabó la frase—. Innombrable. ¿Al final vas a hacer la entrevista?

—Eso parece —añadí—. Mañana a las nueve de la mañana tengo que estar en el colegio.

—¡Qué alegría! Ya verás qué envidia le voy a dar a Mari Chelo cuando le diga que mi hija es la nueva directora de un colegio, y privado.

—Solo me van a hacer una entrevista, no adelantes acontecimientos. Pero que quede claro, si me dan el puesto de directora, no viviré aquí. Buscaré casa en el mismo pueblo. Paso de estar todo el día en la carretera.

—Mientras tanto, podrías quedarte aquí —dijo ella, dándole forma a una pelota de masa para hacer más polvorones.

—Olvida por unas horas lo de mañana, ¿vale?

El timbre sonó antes de que me diera tiempo a esconderme. Mi madre fue a abrir. Yo me puse el abrigo.

Eran ellos. Cargados con bolsas hasta arriba de comida. Recadero, con un gorro de Papá Noel metido hasta las cejas, y Lucas, el Estupendo, al lado, con cara de asco, mientras su padre intentaba encasquetarle otro gorrito igual.

—¡Feliz Navidad! —gritó Recadero al vernos.

Lucas levantó la vista y, cuando me vio se le congeló la sonrisa.

Una mezcla rara me subió por el pecho: alivio, vergüenza y ese calor idiota que siempre llegaba cuando no debía.

—Yo… tengo que salir un momento —dije, abrochándome el abrigo hasta el cuello.

—No tardes —me advirtió mi madre—. Comemos a las dos.

Me subí en el coche y arranqué.

❄ ❄ ❄

Derrapé en el aparcamiento del badulaque de Apu 2.0.

Las ruedas chirriaron y, mientras intentaba enderezar el volante, vi que un bulto altamente sospechoso se bajaba del coche de al lado.

Lucas.

¿Se había propuesto arruinarme la existencia? ¿Me habría metido en el turrón de anoche un microchip para tenerme geolocalizada? Dios, necesitaba un baño con urgencia para deshacerme del chivato.

—No puede ser… —murmuré.

Corrimos a la vez hacia la puerta. Abrimos con tanta potencia que casi arrancamos la fachada. Intentamos pasar al mismo tiempo, por lo que nos atascamos en el marco como dos vacas suizas y el dependiente, con su bigote pintando, nos miró sin inmutarse.

—Honorables señores maleantes, bienvenidos a mi humilde establecimiento —dijo con una felicidad sospechosa.

—¿Tienes tarta de mojito? —gritamos Lucas y yo al unísono—. Congelada.

El tipo parpadeó.

—Esto ya lo he vivido —respondió, rascándose una oreja—. *Déjà vu*.

Hice un movimiento extraño con las caderas y logré desatascarme. Lucas pasó después.

—No tengo tarta —añadió sin perder la ilusión—. Es Navidad y en Navidad nadie trabaja. Yo sí, pero los repartidores no.

En ese momento sonó mi teléfono. Era mi madre.

Dudé, pero respondí por si era para decirme que Jorge Luis ya estaba en casa.

—¿Dónde está la tarta? —preguntó directamente.

—Me la llevé sin querer.

—¿Cómo que sin querer? ¿A dónde?

—Al… badulaque. Para… devolverla. Estaba caducada…

Mientras improvisaba mentiras, vi a Lucas en el pasillo de las bebidas, metiendo una botella de ron en su cesta. Desde mi posición, comprobé que dentro llevaba un paquete de azúcar moreno y una botella de soda.

Mierda. O pensaba irse de botellón o pretendía hacer él mismo la tarta de mojito. Aparte de estar superbuenorro, era inteligente. Imbécil, pero muy listo.

Como supuse, se dirigió hacia las verduras. Pero para lista, yo.

Llegué primero y me di cuenta de que solo quedaba un manojo de hierbabuena y dos limas pochas.

—¡Eh! —Corrí hacia él y salté a su espalda con el brazo estirado para conseguir antes la hierbabuena.

Nuestras mejillas se quedaron pegadas. Por culpa de un olor a *after shave* y a… no supe identificarlo, pero del gusto se me erizó la piel, me quedé atontada unos segundos.

Olía a pecado y mi entrepierna se había empeñado en ser su pecadora.

Maldita sea la vida; si eso era odio, que me odiara con todas sus fuerzas… hasta el infinito y más allá.

—Definitivamente, estás loca. Reconócelo, tú te has escapado de un psiquiátrico —gritó mientras hacía movimientos extraños para que me despegara de su espalda.

Si volvía a llamarme loca con esas ganas y me miraba del mismo modo, acabaría arrancándole la bufanda con los dientes.

El empleado, sentado en una pila de cajas de cartón, comía pollo al curry y observaba el espectáculo como quien ve su serie favorita.

—Esto es ridículo —dijo Lucas.

—No voy a caer en tu trampa —contesté, enroscando las piernas alrededor de sus caderas y juntando las manos para no

soltarle el cuello.

—Podrían pagar a medias los ingredientes y hacer la tarta juntos —propuso el dependiente sin levantar la vista de su plato—. Eso os recolocará los chacras y, mientras el postre se endurece…, podríais hacer el amor.

Al escuchar la sugerencia del empleado, me resbalé y caí al suelo, sin soltar la hierbabuena.

Lucas no decía nada, ¿se lo estaría pensando?

Imposible.

—¿Qué me dicen, cobro todo junto? ¿Vais a compartir?

Compartir algo con ese ser sería como lanzarme de cabeza a un charco chupando un enchufe.

Pero ¿y qué había de lo de hacer el amor? ¿Eso no lo iba a preguntar?

Dios, no me soportaba. No pensaba más que idioteces.

Lucas y yo nos quedamos paralizados. A mí se me había secado la garganta y me costaba tragar. Él hacía gestos extraños con la boca.

Y entonces…

—¡Contigo… contigo ni un polvo…! —gritamos a la vez. Y cuando nos dimos cuenta de lo que habíamos soltado, también a la vez, arreglamos la frase—: *Contigo ni un polvorón*.

El empleado levantó el pulgar y siguió comiendo.

Después de un largo silencio calenturiento e incómodo, logré recomponerme.

—Ya lo tengo... —chillé con los brazos en alto.

Corrí por los pasillos, frené en seco delante de la vitrina. La abrí muy despacio, dejé que el frío me refrescara las mejillas y el alma… y saqué una tarta al *whisky*.

—¿Me cobra? —dije toda digna con la tarta en una mano y el manojo de hierbabuena en la otra.

Y con las bragas temblando. Todo sea dicho de paso.

CAPÍTULO 6

LUCAS

Cuando llegué a casa de Pita, ya estaban todos sentados a la mesa. Incluido el cura.

No sé por qué me sorprendía. A esa familia todo le parecía normal.

—Perdón por el retraso —dije, quitándome el abrigo sin dejar de mirar a Fabiola.

Se había cambiado de ropa. Llevaba un vestido rojo con pompones verdes repartidos por todas partes. Muy navideño. Nada exagerado, pero lo justo para joderme el día.

Aquella mujer tenía algo que me atraía más que la luz a las polillas…

Recordé el momento en el que saltó a mi espalda y me rodeó la cintura con sus piernas. Cuando nuestras mejillas se quedaron pegadas unos segundos. Lo bien que olía, su vocecita repelente… Todo lo que su cercanía me provocaba.

—Lucas… —La voz lejana de mi padre me rescató de mis pensamientos más primarios.

No podía dejar de mirarla. Me había quedado gilipollas. Porque mi cerebro me gritaba: *huye, imbécil, esa tía está mal de la cabeza. Se ha inventado un hijo. Qué más pruebas necesitas.* Y yo seguía ahí, empeñado en saber cómo sería bes…

—¡Lucas! ¿Te ha dado un mal aire? —me preguntó Pita asustada—. Siéntate, hijo. ¿Quieres un orujo para entrar en calor?

¿En calor? Pero si estaba a punto de ebullición.

Más bien necesitaría chupar un hielo.

—¿Dónde estabas? Nos tenías preocupados —dijo mi padre cuando me senté a su lado.

Intenté disimular el nudo que se me había formado en la garganta y fingí beber para no tener que mentir. Me había retrasado por culpa de la tarada que tenía en frente. Al salir del badulaque pasé primero por casa de mi padre para —enfriarme, sin éxito— dejar las bebidas y las limas. Mi intención era hacer yo mismo la puta tarta de mojito, pero solo encontré perejil. Así que lo dejé todo y me presenté en casa de Pita para comer juntos … y robarle el resto de ingredientes.

Mi padre me había insistido tanto y me pidió que no le fallara, por lo que no pude negarme. Y sí, lo reconozco, soy un blando, aunque para mí esas fiestas significaran dolor.

—Primero una sopita. Este año el cocido me ha quedado de escándalo —dijo Pita con el cucharón en todo lo alto, destapando la olla, que estaba en el centro de la mesa.

Fabiola se levantó sin decir una palabra. Al pasar por mi lado, sentí un cosquilleo en la nuca que se convirtió en un escalofrío. Se me erizó la piel; juraría que me acarició la zona del cuello. Llevaba unos leotardos de rayas blancas y verdes. Y unos botines rojos con cascabeles. Sonreí como el idiota que se había instalado a vivir en mi interior desde que nos cruzamos por primera vez.

Observé embobado cómo subía las escaleras.

Su madre, mientras le dejaba a don Obdulio un plato con sopa, le gritó:

—¡Saluda, niña! Que parece que te hayas criado en una granja de conejos. ¡Uy! Perdón, en una granja de cabras. —Aguantó una risita y cogió de nuevo el cucharón.

En ese preciso instante, llamaron a la puerta.

—Lucas, hijo, ¿puedes abrir tú? —me lo pidió con tanta amabilidad y con esa voz tan dulce que le salía todo el tiempo, que me dieron ganas de abrazarla.

Me levanté y fui a abrir.

No me lo podía creer. Al otro lado, sobre el felpudo en forma de papá Noel, un guardia civil me sonreía de manera intermitente.

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad! —respondí, con los dedos cruzados para que no vinieran a comunicarnos que la casa de mi padre había explotado.

Yo en aquella aldea ya me esperaba cualquier tragedia.

—¿La señora Josefa está? —preguntó mientras su compañero bajaba del coche con una caja de cartón entre las manos.

—¿Josefa?

—Josefa, Josefina, Pepita… Pita, para los amigos —aclaró el de la caja.

—Sí, está dentro. ¿Quieren que la llame?

—No, tranquilo. Será rápido —aclaró, tragándose una carcajada.

Se me cortó la respiración. Detrás de él, su compañero se mordía el labio para no descojonarse en mi cara. Entonces me relajé. Si reía no traerían malas noticias. Sabía de su fama de cabrones, pero no imaginaba que tanto.

—¿Es usted el padre de la criatura? —me dijo a la vez que me ofrecía la caja de cartón.

No hizo falta hacer preguntas. Bajé la vista, sabiendo lo que iba a encontrarme, dentro estaba el cabrón de Jorge Luis enseñándome sus dientecitos.

—¡Ay, cabroncete! Tan chiquitín y ya dando estos sustos. —Escuché un carraspeo y, automáticamente, levanté rápido la cabeza. No quería que pensaran que yo también estaba volado. Ahí, hablándole al conejo como si fuera mi hijastro—. No compartimos ADN. En mi vida me acostaría con la madre de la criatura.

Los dos estallaron en carcajadas.

—Pues aquí tiene al pequeño Jorge Luis —dijo el guardia, aguantándose como pudo. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Ya está bañado y ha comido.

—Gracias por cuidar tan bien del niño…

Me guiñaron un ojo y yo entré intentando procesar lo que acababa de ocurrir.

El conejo, con una minifalda de volantes, se removía dentro de la caja.

Cerré la puerta con el pie. Miré al animalito sin poder borrar una sonrisa idiota en la cara.

—Te compadezco, colega. Si puedes, pídele al juez que te mande a una granja como semental. Cualquier cosa será mejor que vestirte de flamenca.

Me sorprendí riendo solo. Lo juro.

Lo saqué con cuidado de la caja y me lo pegué al pecho. Olía a colonia de bebé.

Apenas di dos pasos hacia el salón cuando algo me saltó al pecho.

Fabiola.

Me abrazó con tanta fuerza que casi me saca el corazón por la boca.

Lloraba. Y olía… a ella.

A champú, a canela y a algo más que me dejaba idiota.

—Gracias, gracias, gracias —susurraba contra mi cuello.

Jorge Luis permanecía quieto entre los dos. Ella no me soltaba. Así que yo tampoco.

Le rodeé la cintura con una mano y el corazón me pegó una coz en el pecho.

No sé qué demonios me pasó, pero por un segundo quise quedarme así hasta enero, pero de 2050.

Ella, hipando, se separó, cogió al conejo y lo miró a los ojos como si fuera de verdad su hijo perdido en una avalancha. Yo me miré la entrepierna.

Mierda. Otra vez, no.

No era culpa mía, la loca se había restregado más de la cuenta. Y claro, los reflejos fisiológicos son lo que son.

Entró al salón gritando como la pirada que era, con el conejo en alto.

—Ya lo han traído. Jorge Luis está vivo.

Solo le faltó convocar a los medios y dar una rueda de prensa. ¡Madre mía!, cómo le pusiera a todo la misma pasión…

¡Lucas, ya!

Nuestros padres se levantaron para ver al dichoso conejo. El animal parecía encantado. Se lo iban pasando de brazo en brazo como si fuera el Niño Jesús con orejas extra grandes.

—Fabiola, por favor, lávate las manos y siéntate… La sopa se enfría —pidió su madre—. Vamos a celebrar la Navidad.

Don Obdulio se puso en pie y movió las manos por encima de la cabeza del conejo. Ella le acariciaba la cabecita con tanto mimo que, por un segundo —solo uno—, deseé ser Jorge Luis.

Definitivamente, se me había ido la puta olla.

—¿No es una ricura? —nos preguntó a todos, pero me miró a mí.

De forma diferente, con… ¿cariño?

Me di aire con la servilleta y el cura empezó a bendecir la mesa.

Mi padre abrió una botella de vino, Pita miraba cómo su hija dejaba en el suelo al conejo y suspiró resignada.

Yo solo la miré. A Fabiola.

Sentada sobre una de sus piernas, de lado, con el pelo desordenado y las mejillas rojas. Sonreía con un brillo en los ojos que no le había visto antes.

Y me odié un poco. Por pensar que, si eso era estar loca, tal vez no estaba tan mal dejarse contagiar.

—Toma, prueba —me pidió cuando ya me había metido un trozo de polvorón en la boca—. Lo he hecho yo…

Y ahí estaba yo, masticando algo que sabía a pienso, con una erección navideña, un conejo disfrazado de la Pantoja y una chica

que me estaba volviendo loco. Santa se estaría descojonando desde su trineo.

CAPÍTULO 7

FABIOLA

No podía dejar de pensar en el momento en que bajé las escaleras y lo vi.

A Lucas. Con Jorge Luis entre sus brazos.

Fue como si alguien me hubiera devuelto el aire de golpe después de tener la cabeza metida en una bolsa de basura.

Me lancé a abrazarlo.

Nunca olvidaré ese instante. El calor que desprendía su cuerpo y ese olor a canela mezclado con suavizante, que me nubló por completo el juicio; la camisa perfecta, sin una arruga, pegada a su torso de gladiador… Y esa forma de mirarme tan sincera, como si por una fracción de segundo creyera que no estaba tan loca y valía la pena conocerme. Me hizo bajar la guardia y deseé no odiarlo.

—Gracias, gracias…

Y lloré como una imbécil. Pero no era solo por el conejo. Era porque, por primera vez en mucho tiempo, me sentí a salvo. Aunque fuera entre los brazos de un idiota que no me soportaba.

Lo apreté con fuerza. Él dejó la palma de su mano en mi espalda. Lo apreté más… hasta que noté algo duro clavándose sobre mi ombligo —y no era la patita de Jorge Luis—. Lo mejor que podía hacer era despegarme antes de cometer una locura.

Cuando la comida acabó, yo seguía con la misma sonrisa imbécil. Entre todos recogimos enseguida. Como no me apetecía escuchar las parábolas aburridas que contaba tan animado don Obdulio, me quedé en la cocina metiendo los platos en el lavavajillas, tarareando una canción. Entonces, mi madre, cómo no, decidió estropear mi momento.

—¿Qué le has metido antes en la boca a Lucas? —preguntó apoyada en el fregadero.

—Pienso.

—¿Cómo que pienso? —Apreté los labios y desvié la vista al techo—. ¿Pienso de quién?

—Unas chuches de Jorge Luis.

Se quedó mirándome en silencio. Le temblaron los labios y la barbilla, luego se le escapó una carcajada.

—¿Qué eres, el diablillo de la Navidad? —dijo entre risas—. Recuerda que todavía no te has disculpado.

Asentí sin mirarla. *Sí, sí, me disculparé… cuando los polvorones adelgacen.*

—No tardes en salir. Y pídeles perdón por lo de anoche…

Ya lo había conseguido, se me había borrado la sonrisa de imbécil.

Cogí aire y me acerqué a Recadero, que estaba hablando con don Obdulio de no sé qué electricista muy competente.

—Siento mucho lo que pasó anoche en tu casa. Jorge Luis se debió desubicar. Nunca antes había comido cables, él es más de alfalfa. Si lo hubiera sabido, lo habría dejado en su transportín.

Él rio y me dio unas palmaditas cariñosas en el brazo, yo le di un beso en la mejilla.

—Que la humildad y el perdón te duren hasta la vida eterna —dijo a trompicones el cura, después se empinó la botella de anís que tenía pegada a la pierna.

Cuando se la acabó, se pasó la manga por los labios y empezó a reírse. Recadero se le unió.

Por un momento me asusté, pensé que le estaba dando un jamacuco y, por eso, no decía frases con sentido, pero era por exceso de alcohol y alegría navideña.

Miré de reojo a Lucas. Estaba concentrado en su móvil, fingiendo que no escuchaba. Mi madre, plantada en mitad del salón, movía la cabeza como una marioneta, señalándole con el mentón y murmurando con los labios: *Pídele perdón*.

Yo hice como que no la veía. Bastante le había agradecido ya cuando me devolvió al conejo.

Además, ¿por qué tendría que disculparme con él si la casa no era suya? Pues eso.

Pero la señora pesada que me dio la vida, no se daba por vencida. En dos zancadas se acercó, me dio un empujoncito y me susurró al oído:

—Al menos dile algo.

Así que fui. Temblando, como si acabara de sentarme en la silla eléctrica.

Porque cada vez que me acercaba a él sentía que iba a sufrir una descarga.

Nos quedamos frente a frente.

Mi corazón se había ido de fiesta, porque sentía los latidos en las orejas.

—Gracias —dije muy bajito sin atreverme a levantar la vista.

—¿Por qué? —preguntó él con un tono que me pareció peligroso… y excitante.

—*Ya tú sabes…* —susurré, haciéndome pasar por Celia Cruz.

No me dio tiempo a decir más. Y menos mal.

De pronto un estruendo infernal sacudió el salón; los cristales parecieron gritar. Nos tapamos los oídos al mismo tiempo. Me temblaba el cuerpo entero. Y los cascabeles de mis zapatitos originales, regalo de mi madre, no dejaban de sonar.

Por lo visto, en un alarde de creatividad navideña, había colocado un altavoz justo encima de la puerta, camuflado detrás de

un mosaico de la Última Cena. Y de ahí salía un villancico *techno* de los Pitufos makineros.

Mi madre nos lanzó una pandereta justo cuando los dos nos agachamos a la vez. Quedamos tan cerca que podía contarle las pestañas.

Navidad, Navidad, dulce Navidad, los Pitufos makineros a tu lado están…

La música paró.

El silencio duró medio segundo.

Y entonces el cura empezó a aplaudir seguido por nuestros padres.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! —decían todos.

Levanté la cabeza.

Mi madre sujetaba un palo de escoba del que colgaba una tira de espumillón y, en la punta, había enganchado un trozo de muérdago que lo balanceaba sobre nuestras cabezas. Lucas y yo negamos a la vez, coordinados como dos idiotas.

—Beso, beso… —repetían cada vez más alto.

Cogí aire y le di un beso rápido en la mejilla. Un calambrazo me recorrió entera.

En ese momento podría encender todas las luces fundidas de la casa de Recadero.

—Joder… —se le escapó a Lucas.

Todos aplaudieron. Y yo solo quería morirme un poquito. De gusto y de vergüenza.

Tocaron a la puerta.

Recadero salió a abrir. Mi madre buscaba algo en uno de los cajones de la vitrina. El cura bebía anís.

—¡Feliz Navidad, familia! —gritó un grupo de ovejas mientras tocaban la pandereta.

Abrazaron a Recadero, luego a mi madre y, después, como si nos conocieran de toda la vida, a mí y luego a Lucas.

—¿Esto está pasando de verdad? —pregunté con miedo.

Debía ser el día de puertas abiertas de casa de mi madre, porque cada vez entraba más gente disfrazada. Todos felicitaban la Navidad, daban besos, abrazos y cantaban.

Una abuela vestida de estrella fugaz me pidió un beso porque no podía abrazarme, si lo hacía, se le desmontaba el traje.

—Tú debes ser Fabiola, ¿verdad? —me preguntó alguien disfrazado de camello con jorobas incluidas. Me besó, me abrazó y me volvió a besar—. Soy el Litri, encantado.

—¿Litri?

De qué, de vino, de cerveza, de anís…

—Ha dicho el Litri —apuntó Lucas, rozándome con los labios la sien.

—¿Cómo el torero?

—No, hija, qué más quisiera yo que mi marido fuera ese sex simbol… —dijo una de las ovejas—. Es el *litricista*…

Todos empezaron a reírse y a tocar la pandereta. Yo cada vez tenía más miedo. Sin querer, agarré a Lucas de la mano. Él me miró como si le hubiera cogido de otra parte más sensible.

—Jorge Luis… —dije bajito.

—Tranquila, antes de que me *besaras*, tú madre lo metió en su transportín y lo subió arriba —me informó.

—Vale. Y, que quede claro, te besé obligada. Bueno, eso no fue un beso.

—No te pongas nerviosa —me dijo riendo.

A mí me entraron ganas de descolgar el mosaico y partírselo en la cabeza, pero no llegaba.

En el salón ya no cabía más gente. Todos estaban felices. Bebían, brindaban, comían los polvorones que había hecho mi madre

por la mañana. Cantaban y bailaban.

Entonces, mi madre empezó a dar órdenes:

—Litri, Recadero y tú, Enedina, poned el sofá contra el ventanal. —¡Lucas, ayúdame con la mesa! ¡Y tú, Fabi, trae la tarta!

Tragué saliva. Dejé de respirar. Miré a Lucas y me sacó la lengua.

—*La tarta, Fabi…* —dijo canturreando el muy imbécil.

Mierda.

Tenía que sacar la tarta al *whisky* que había metido del revés para que no se viera la etiqueta y pegarle las hojas de hierbabuena como si fuera una decoración casual. Con la caraja que llevaban todos, estaba segura de que no notarían la diferencia.

—Nena, la tarta, que pareces tonta —me gritó mi madre mientras lanzaba por los aires un mantel blanco con dibujitos navideños y caía encima de la mesa con una precisión impresionante.

Aproveché que nadie me miraba y fui hacia la cocina.

Lo primero que vi, fue el culo en pompa de Lucas. Tenía medio cuerpo metido en la nevera.

—¿Qué haces?

—Busco algo de comer —respondió sin darse la vuelta—. Tu besito me ha dado hambre.

—Qué gracioso. Me parto. Si no encuentras nada, no sufras, porque no pienso volver a besarte en lo que me queda de vida.

—Vaya, qué pena más grande. Esta noche no duermo —dijo todavía dentro—. Ahora necesitaré algo fuerte para olvidarte…

Intenté no reírme.

Abrí el congelador y cogí la caja de la tarta, Lucas sacó la cabeza de la nevera y, al cerrar la puerta, detrás, apareció una de las ovejas. Y como cuando tenía cerca a Lucas mi cerebro se desconectaba, me escondí la tarta debajo del vestido.

—Majetes, ¿sabéis dónde está la botella de orujo? Bee…

—No, bee… —respondió Lucas y a mí me entró un ataque de risa.

Sentí cómo la caja subía y bajaba por mi estómago, erizándome la piel. Qué frío, se me había congelado la cinturilla del tanga.

Mi madre entró en la cocina y se paró frente a nosotros.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí escondidos?

Lucas levantó las manos y me miró con el ceño fruncido.

—Él no sé, pero yo estoy aprendiendo *ovejo*… —El sonido de la risa de Lucas me sonó a música celestial, y me acarició hasta el alma.

La tarta se me resbaló unos centímetros.

—¡A la fiesta los dos! —ordenó ella—. Y usted también, Enedina.

—Bee…

El salón parecía un *after* en hora punta. Habían llegado más vecinos, aunque no tenía ni idea de dónde habían salido. Mi madre siempre me dijo que se había comprado una casa en una aldea de doce habitantes, así que no me salían las cuentas. Y yo no había bebido alcohol.

Todos disfrazados, todos haciendo ruido, más ruido.

—¡Enhorabuena, Fabiola!

—Felicidades.

No me atreví a preguntar por qué me decían aquello, pero empezaron a desfilar animales del belén humano y todos me felicitaban, mirándome los pompones que llevaba cosidos en la barriga. Yo sonreía con cara de puerta de garaje.

—Que te vaya genial —Un animal sin identificar le estrechó la mano a Lucas.

—Chaval, mucha suerte —le dijo un reno.

Suerte en qué, ni idea. Pero por la cara que tenía, él tampoco lo sabía.

Y cuando ya creía que nada más podía sorprenderme, Lucas se despidió, anunciando que iba a buscar el karaoke a casa de su padre. Y todos cantaron eufóricos:

—¡Ese, Lucas, eh! ¡Eh, eh! —Se los acababa de meter en el bolsillo.

Y al darse la vuelta entendí por qué se comportaba de una manera tan extraña desde que lo encontré con el culo en pompa dentro del frigorífico. El manojo de hierbabuena le colgaba del cinturón, dándole golpecitos en el culo como si fuera una pandereta.

No sé si quería arrancárselo o metérselo más adentro.

El muy traidor, con todo su descaro, me lo había robado.

Salí detrás de él, impulsada por una mezcla de rabia y estupidez que a veces me gobernaba.

Cuando se subió al coche, se me fue la cabeza y, desde el porche, salté al capó.

—¡Estás loca! —gritó con cara de susto sin soltar el volante.

—Sí, loca por arrancarte la cabeza —chillé agarrada a los limpiaparabrisas, sintiendo cómo mi cuerpo aplastaba la tarta contra la carrocería.

—Baja —me pidió, sacando la cabeza por el hueco de la ventanilla—. Te harás daño.

—No pienso bajar hasta que me devuelvas lo que es mío…

Como todo un profesional de la ignorancia, pasó de mí, encendió las luces y giró el volante. Yo pensé que solo quería asustarme, pero no. El muy descerebrado arrancó y entró en el camino.

Y yo, aferrada a los palitos de goma y metal, berreaba como si me persiguiera la Esteban para que probara su gazpacho con cachitos de pollo —los que le habían sobrado a la hija— mientras intentaba no caerme.

Cuando terminó el camino de cabras frenó de golpe y, como la física nunca falla, me estampé contra el cristal, la tarta salió disparada de entre mis piernas y se estampó en el suelo hecha un burruño.

Bye-bye, tartita.

—¡Estás mal de la cabeza! —grité ofendidísima.

Él se bajó del coche riéndose. Aproveché su momento de locura para soltarme y bajar, pero justo cuando iba a sentarme en el asiento para robarle el coche, me agarró por los hombros.

Me giré. Y acabamos pecho con pecho.

Los dos teníamos la respiración entrecortada. Él me miraba a los ojos. Yo le miraba la boca. Y entonces lo noté. Algo duro contra mi ombligo. Vale, no era la hebilla del cinturón. O sí.

¡Pero, madre mía!

¿Se habría puesto una hebilla *oversize* para hacer de Elvis Presley o pretendía marcarse un John Travolta en el karaoke?

Negué un par de veces para ignorar su bulto inesperado y poder escapar, pero…

Me besó en el cuello. Cerré los ojos. Inspiré profundo. Olía a él. A peligro, a galletas y a tentación con consecuencias.

Lo abracé. Se separó despacio y me miró los labios. Sus dedos ascendieron por mi muslo. Tragué como pude. Sentí cómo se me despresurizaban las medias. Me iba a besar o a arrancarme las bragas. O las dos cosas.

Lo deseaba. Y mi cerebro hizo clic.

Y justo en el instante en que su boca se pegó a la mía y su mano se estampó en mi barriga, le acaricié la espalda, cerca del culo. Entonces tiré con fuerza del manojo de hierbabuena, me escurrí por debajo de su brazo y salí corriendo por el camino de cabras.

—¡Ladrona! —gritó a la soledad del camino, porque yo avanzaba feliz, dando saltitos con el brazo en alto y la hierbabuena

bien a la vista en señal de victoria, cantando *Arre borriquito, arre burro arre…*

—¡Puta loca! —gritó a lo lejos—. ¿Dónde has metido la tarta?

Y cuando me giré para hacerle una peineta casi lo tenía encima. Corrí como si me persiguiera una apisonadora de hormigón, pero no sirvió de mucho, porque llegamos a la vez al jardín de mi madre.

Ninguno podía decir nada, solo jadeábamos. La puerta principal se abrió y aparecieron nuestros padres.

—¿Se puede saber dónde está la tarta de mojito? —preguntaron al unísono.

Nos miramos.

Y sin pensarlo, nos señalamos:

—¡Se la comió él!

—¡Se la comió ella!

Los dos estallamos en una carcajada.

Risa nerviosa, tonta, de las que duelen en la barriga y saben a gloria.

—Vaya par —dijo mi madre.

No esperé a que mi entrepierna tomara el control y le soltara un: «tienes cinco minutos para un polvo rápido», y me aparté.

Me pasé la mano por la frente y me retiré unos cuantos mechones que se me habían escapado de la coleta. Entré en casa. Lucas vino detrás y, antes de que pudiera pasar, le cerré la puerta en las narices.

—¡Qué te den!

—Loca…

Y sonreí como la loca que pensaba que era porque cada vez que se lo escuchaba decir, cada vez me gustaba más.

CAPÍTULO 8

LUCAS

En una hora tenía la entrevista para el puesto de director. Y aunque no había dormido apenas y me martilleaba la cabeza por todos los excesos del día anterior, presentía que ese 26 de diciembre iba a ser un gran día. Uno que no olvidaría nunca. Uno que marcaría un antes y un después.

Me miré al espejo mientras me cepillaba los dientes. Sonreí.

No debería haberlo hecho. No después de lo de ayer. Aunque… ¿cómo no sonreír al recordarla?

Fabiola. La loca de la tarta. La loca del conejo. La loca a secas. La que me sacaba de quicio solo con olerla. Un torbellino con mala leche, capaz de jugarse todo —hasta las últimas consecuencias— con tal de ganarme.

Cerré los ojos un segundo. La recordé saltando al capó del coche como si fuera un toro mecánico y quisiera demostrarle al mundo que ella aguantaba más que nadie. Sonreí.

Cuando la agarré por los hombros, con su respiración rozándome la piel.

Cuando fingí que iba a besarla y sus ojos me gritaban «atrévete».

Cuando estuve a un suspiro de hacerlo solo para distraerla y que no notara cómo mi mano se colaba bajo su vestido para robarle la tarta que llevaba escondida…

Y cómo se burló de mí, fingiendo que mi cercanía y mis caricias la estaban volviendo loca. Cómo me engañó… Y, con la confusión, aprovechó para robarme la hierbabuena delante de mis narices.

Me pasé la mano por el pelo —perfecto, ni un mechón fuera de sitio—, me ajusté la corbata, me eché colonia y bajé al salón.

—¡Buenos días, hijo! ¿Ya te vas? —me preguntó mi padre, sujetando una taza de café.

—¿Tienes algo para el dolor de cabeza? —le pregunté con la mano puesta en la nuca.

—En el armarito del baño —respondió él, mirando el móvil y sonriendo.

Entré con prisas, eché un vistazo rápido, pero no encontré nada. Abrí uno de los cajones del mueble del lavabo y removí un par de peines, nada, solo encontré una ristra de preservativos.

¡Joder, con el viejo!

La imagen me golpeó con fuerza en la frente. Cerré como si el cajón quemara. Abrí con miedo otro, ya me esperaba encontrar cualquier cosa que un hijo no debería encontrar… Y allí estaban las pastillas, cogí una y me la metí en la boca, tragué y casi me ahogo. Se me quedó pegada en la garganta. Abrí el grifo y bebí, me mojé la camisa. No me daba tiempo a cambiarme.

Antes de salir, me lo pensé mejor y cogí el blíster, me lo guardé en el bolsillo de la chaqueta y me despedí de mi padre.

—Me voy, que llego tarde.

—Suerte en la entrevista.

—Gracias, pero sé que no la necesito —contesté demasiado seguro de mí mismo.

Subí al coche.

La carretera serpenteaba entre la niebla y las casas de piedra iban desapareciendo poco a poco, mientras yo me repetía como un mantra:

Esto lo haces por tu padre. Por recuperar el tiempo perdido. Por cumplir la promesa que le hiciste a tu madre cuando te pidió que lo buscaras.

Y también —aunque no lo admitiría ni bajo tortura— por demostrarle a esa mujer que podía robarme la hierbabuena, pero no mi puesto de director.

Cuando llegué al colegio, nada más atravesar la puerta, lo primero que vi fue a un conejo gigante. Orejas enormes, barriga peluda y una zanahoria en la mano.

—¿Lucas Montero? —preguntó, moviendo el hocico de goma.

—Así es —respondí rápido para no hacerme el gracioso y preguntarle si él era el padre de Jorge Luis. No era momento de hacer el idiota. Por muy surrealista que me resultara la escena.

—Soy el bedel. El director lo espera, sígame.

—¿Qué?

Antes de poder reaccionar, se abrió una puerta y un hombre me pidió que pasara. Aún no me había sentado, cuando escuché una voz que me provocó taquicardia inmediata:

—¡Oh, qué conejito tan adorable!

No necesité asomarme. Sabía perfectamente quién era.

Ella. *Mamá conejo*.

La entrevista fue bien. Para qué ser modestos, fue genial. Lo de siempre, preguntas obligadas, un par de bromas y, cuando creía que ya iba a mandar grabar mi nombre en la placa de fuera, me entregó un sobre.

—Ahí tiene todo. Suerte.

¿Suerte? ¿Por qué?

Pensé que el puesto era mío hasta que abrí el sobre. Dentro había una hoja con las instrucciones para una segunda fase: «Evaluación práctica».

Justo ahí empezó mi descenso al infierno.

Cinco minutos después estaba en el baño, apoyado en el lavabo, con la frente húmeda y una pastilla a medio tragar que, de nuevo, se me había quedado atascada en la garganta.

Me miré al espejo.

—¿Qué coño hiciste en otra vida, Lucas? —le pregunté a mi reflejo.

Subdirector en Suiza, cuatro másteres, tres años de director pedagógico en un colegio bilingüe, varios veranos colaborando con universidades privadas… ¿Cómo había acabado así?

En un colegio que, por muy privado que fuera, estaba en una pedanía rural perdida de la mano de Dios, disfrazado de gladiador romano con el pecho al descubierto; un casco con una cresta de plumas que pesaba un quintal —por si no me dolía suficiente ya la cabeza—; y un taparrabos de cuero, a punto de participar en una obra navideña.

¿Qué clase de evaluación práctica pretendían hacerme?

«Empatía», dijo. Empatía, mis cojones.

Y encima tenía que competir contra *ella*.

Dos candidatos. Un puesto.

Salí y caminé por los pasillos como si fuera el ángel Exterminador, arrastrando una lanza y con un escudo pegado al torso para sentirme menos desnudo.

Según avanzaba, sentí un ligero hormigueo extraño por las piernas. Me detuve para aflojarme las cintas de cuero, ya me daba igual perder las sandalias.

Cuando me dieron a elegir entre *Los pastores visitan al niñito Jesús en el pesebre* o *Los animalitos de la granja adoran al niñito Jesús,* creí que la primera sería menos ridícula.

Humillante.

—Señor Montes, su grupo lo está esperando —me dijo el conejo gigante.

—Ríos —corregí, pero no me hizo ni caso.

—Señor Montes, sígame.

Perfecto. Me convencí de que nada podía salir mal. Todos iríamos disfrazados.

Respiré hondo.

El sonido de tambores y panderetas nos guio hasta el salón de actos.

El bedel me abrió la puerta… Y me quedé petrificado.

Fabiola estaba en el escenario. Su prueba ya había empezado.

Era una conejita rosa con las piernas al aire. Se dio la vuelta y empezó a mover el culo. Yo me quedé hipnotizado por el vaivén de su colita blanca… y por esas enormes orejas tiesas.

Tan tiesas como mi polla, que llevaba saludándome desde hacía un buen rato.

Mierda. Sabía que no debía mirar, pero yo miré igual. Y mi erección cada vez era más visible. La tenía más dura que el escudo.

Tragué saliva. O lo intenté. Porque mi garganta se declaró en huelga. Se me secó la boca. Me había quedado sin sangre. No, toda la sangre había decidido hacer una quedada en el mismo punto. Me empezó a arder el pecho.

Ella venga a saltar y yo venga a sudar. Los niños la imitaban felices, dando saltitos. Ella reía. Yo casi lloraba.

A parte del pecho, me empezaron a arder los huevos.

¿Cuándo me habían ardido a mí los huevos?

El corazón me latía al ritmo de los saltos de Fabiola.

No, no, no. No ahora. No aquí.

Pero mi cuerpo no entendía de decoro. Y cuando el director en funciones se me acercó y me preguntó si estaba listo, solo pude asentir con la voz más aguda de mi vida:

—Sí, sí. Todo controlado.

Mentira. Todo se había descontrolado.

Tenía una erección épica bajo un taparrabos de cuero y, de la presión que sentía en la cabeza, el casco se me había quedado grande y no dejaba de irse hacia un lado, tapándome media cara. Me pegué el escudo al ombligo y empecé a resoplar. Tenía que disimular como fuera.

Fabiola me vio. Me saludó moviendo los deditos, inocente como un ángel y más peligrosa que un sicario. Me lanzó un besito y cantó. Una canción ridícula que a los niños les fascinó y la tarareaban con devoción.

Yo me encomendé a la virgen de los Desamparados, porque sabía de sobra que no habría ninguna de los erectos, pero necesitaba un milagro para que volviera a su tamaño original. Así no podía subirme al escenario.

—¿Se encuentra bien? —me susurró el director en funciones para no molestar a los artistas que lo estaban dando todo.

—Sí, solo tengo… un-un poco de calor. —Me abaniqué con el escudo, pero volví a bajarlo porque no podía ir por el salón de actos con todos mis encantos en rigurosa formación militar.

Caminé con los ojos cerrados para no ver cómo movía las caderas y le botaban las tetas.

Estaba claro que necesitaba, sí o sí, echar un polvo, pero no allí, rodeado de menores de edad. Me sentí un puto enfermo, pero la imagen de Fabiola haciendo el conejo no ayudaba a mi mente calenturienta.

—Es su turno…

La granja entera desapareció entre bastidores.

—Hola, profe —me dijo la Virgen María arrastrando una muñeca calva.

—Vamos —les pedí a todos.

Subí cómo pude. Se me había hinchado un pie y no sentía la pierna derecha.

En mitad del escenario tenía a dos mini romanos, un buey, a la Virgen María, que no dejaba de aporrear el suelo con la cabeza de la muñeca, a San José llorando porque le picaba la barba y a un ángel que se negaba a ponerse las alas.

—Perfecto —murmuré, pegándomelas en el ombligo. Cualquier objeto me serviría para ocultar lo que llevaba debajo.

Ya podía quitarme el escudo.

Sin esperármelo, empezaron a salir pastorcillas con la pañoleta tapándoles los ojos y golpeándose unas a otras. Desde abajo, me llegaban las risas de Fabiola y mi polla parecía querer saludarla, porque me palpitaba contra las alas.

Robé una pandereta para hacerme aire. Los niños creyeron que era parte del *show* y hacían palmas. El público se desternillaba.

Sentí el pulso en las sienes justo cuando una bola de fuego ascendía por mi pecho. La piel de la cara la notaba tirante. Me escocían los ojos y empecé a ver borroso. O a ver todo en realidad aumentada, porque mis pies parecían del tamaño del pesebre. Una punzada en el pecho me puso en alerta.

¿Qué coño me pasaba?

Me dejé caer de rodillas, los niños me imitaron. Me estaban poniendo frenético. Giré la cabeza buscando a Fabiola entre el público. La encontré en primera fila, aplaudiendo.

Ella me lanzó un besito y me guiñó el ojo. Yo la miré como si fuera un pez en sus últimos segundos. En lugar de sacudir las aletas y la cola —porque de momento no tenía— me sacudía entero. Y veía cómo se me escapaba la vida bajo el taparrabos de cuero sin que pudiera hacer nada.

—Fa… —logré decir. Ella frunció el ceño.

Yo me tambaleé hasta que acabé sentado. Los niños me copiaron.

—Ne-necesito un receso de… —dije con el brazo en alto, como mi polla.

Los niños aplaudieron, creyendo que todo era broma, sin embargo, yo sabía que me iba a morir allí mismo, delante de todos. Me iba a cargar la infancia de todos aquellos niños. Y acabarían odiando la Navidad, como yo.

—¿Estás bien? Estás mojado —me dijo Fabiola con la mano pegada en mi pecho—. El corazón te va a mil…

—No, no me toques… Si sigues tocándome así me va a explotar…

—Lucas —gritó mi nombre, agarrada a mis hombros. Yo cerré los ojos.

—Te lo pido por favor, deja de tocarme y llévame a urgencias —le susurré con una sonrisa que apenas me salió—. Creo que me está dando un infarto.

Ella se inclinó un poco más, lo justo para que su perfume se me impregnara hasta en el yelmo.

—¡No puedes morirte en Navidad! Tú no —gritó, dándome golpes en el pecho con los puños apretados y su escote bien pegado a mi cara.

Cerré los ojos.

Y justo antes de perder el conocimiento, pensé que, si ese era mi final, al menos moriría con las mejores vistas que hubiera imaginado y los abrí de nuevo.

CAPÍTULO 9

FABIOLA

No habíamos podido esperar a una ambulancia. Lucas cada vez estaba peor y mi madre, que se presentó en el colegio con Jorge Luis, con el vecino y el cura del pueblo, insistió en que lo metiéramos en mi coche y lo lleváramos nosotros al hospital.

Iba conduciendo con los nervios del revés y con Lucas a mi lado, respirando como si estuviera a punto de irse con el jefe de don Obdulio, que también había venido para darnos suerte. Era gafe.

Detrás, mi madre sujetaba a Jorge Luis en el regazo —no se atrevió a dejarlo solo en casa por los antecedentes del *niño*— y le iba dando trocitos de pienso para que se entretuviera. En medio, el cura apretaba un rosario entre los dedos y rezaba en voz baja una novena por el alma de Lucas. Todo muy alentador.

Y no podía faltar el padre del moribundo, Recadero. El hombre iba insistiendo como un martillo pilón que parara, que él podía conducir más rápido, que su hijo estaba en las últimas y que, a mi paso, Lucas acabaría tomándose las uvas con San Pedro.

—No estoy tan mal, ¿verdad? —preguntó Lucas, medio incorporándose en el asiento.

El cura suspiró.

—No, qué va. Se ve sano y jovial… —dijo mi madre en un intento inútil de animarlo.

—Y qué buen color tiene, ¿verdad? —añadió el ciego del cura. Porque color, lo que se dice color, no tenía. Todo Lucas era negro noche.

Yo me limité a seguir la marcha, apretando el volante como si así fuéramos más rápido.

—Ponle el aire —me pidió mi madre—. El tuyo siempre sale frío y Lucas necesita enfriarse.

—¡Tienes razón! —Alargué el brazo y giré la rueda.

Y por primera vez, desde que compré aquel coche de segunda mano, el aire decidió arreglarse.

Salió fuego. Un golpe de calor tropical que casi carboniza a los ocupantes de atrás.

Lucas empezó a abanicarse con las manos y, cuando bajé la vista para comprobar si se estaba mareando, lo vi. Para no verlo. Y de la impresión casi me estampo contra aquel aire calentorro y espeso que circulaba en el interior.

Apreté el pie contra el pedal como si quisiera decorar el asfalto con mi ADN. Frenazo.

Don Obdulio tosió e hizo ruidos extraños, tipo arcadas.

—¿Padre, está bien? —pregunté, mirando por el retrovisor. Con uno al borde de la muerte era más que suficiente para mí.

—Nada, hija, tú sigue. Se le había enrollado el rosario en el alzacuellos y casi lo ahorcas, pero aún le late el corazón… —dijo mi madre, con la cara pegada al pecho del cura.

Lucas apoyó las manos en el salpicadero y jadeó.

Yo solo pensaba: *¿Por qué a mí?*

No podía morirse y menos ese día, el mismo que mi padre hacía años, no lo iba a soportar.

Sentí cómo se me nublaba la vista. Intenté pensar que no era lo mismo, que Lucas no estaba enfermo, que era casualidad. Que estaba así por los nervios de la entrevista. Pero las lágrimas ya me escocían en los ojos.

Recadero aprovechó que continuaba parada en el arcén para abrir su puerta.

—Deja, conduzco yo —dijo, bajando del coche.

—¡Ni se te ocurra! —le grité—. Mi coche no lo toca nadie porque no pienso mover el asiento. Ya tengo la medida cogida y también la de los retrovisores. Así que entra y déjame conducir en paz.

—¡Cuidado! ¿Te has vuelto loco? Casi se te lleva por delante el camión del butano. Yo no gano para sustos —gimoteó mi madre, con la mano tapándose la boca.

El camión pasó rozando el coche y nos pitó con la bocina. Yo apreté los dientes y volví a arrancar.

—Recadero, no lo vuelvo a repetir. Al coche, ya —lo amenacé mientras ponía el intermitente.

—Vaya carácter que tiene la niña… —se quejó mientras volvía a su sitio.

—Ya llegamos, ¿vale? —le dije a Lucas y le puse la mano en el muslo en un intento inocente de tranquilizarlo.

—No me toques —susurró él sin apenas voz.

—¡Qué arisco eres cuando te da la gana! —saltó mi madre—. Fabi está preocupada por ti.

—Sí, claro. Igual estoy así por su culpa. Que deje de provocarme —dijo alto y claro. Para que ninguno tuviera dudas.

Giré la cabeza a cámara lenta.

—¿Puedes repetir lo que has dicho? —Aceleré y nos fuimos todos hacia atrás— ¿Intentas insinuar que te provoco?

—Por favor, no grites… —jadeó—. Tu voz me está matando.

—Pues voy a gritar todo lo que me salga del alma y aledaños. ¡Ah! ¡Ah! —Me volví loca. Lucas se tapó las orejas y yo seguí—: ¡Es mi coche! Lo he pagado yo y gritaré todo lo que me dé la real gana. ¡Ah, ah, eh, eh!

Y paré porque me picaba la garganta, no porque él no dejara de pedirme que cerrara la puta boca.

—¡Ay, chica! Tú también, qué mal te tomas las emergencias —añadió mi madre y vi cómo a Lucas se le formaba una pequeña sonrisa.

—Si tan mal te caigo, no sé por qué anoche intentaste besarme. Y… quitarme las bragas.

El cura se santiguó tan rápido que casi se le desencajó la muñeca. Mi madre se tapó la cara con Jorge Luis. Y a su padre dejé de verlo.

—Esa información sobraba, hija —se quejó mi madre—. Por mucho que Lucas esté al borde de la muerte, nosotros no necesitamos saber las guarradas que hacéis los dos juntos o por separados. ¿Te parecería bonito que yo empezara a contar mis escarceos amorosos?

Lucas se rio débilmente.

—¡Son los estertores de la muerte! —anunció su padre—. Mete la sexta, niña. Corre o no llegamos.

Apreté el acelerador con miedo, pero cuando sentí los dedos de Lucas rozándome la rodilla se me fue el pie hasta el fondo. Giré la cabeza despacio y vi que sonreía con los ojos cerrados.

—Fabiola, frena, frena, que nos matamos todos —me pidió mi madre con la cabeza metida entre los asientos delanteros.

Reduje un poco, solo para que dejara de gritarme en el tímpano.

—Tranquila, mujer conejo, no me pones nada —murmuró Lucas de repente—. Ayer me puse algo intenso, solo porque quería robarte la tarta…

—¿No te pongo nada? Entonces por qué me apuntas con tu obelisco de Washington, ¿eh? —le grité cabreada.

—¿En Washington hay un obelisco? —preguntó mi madre.

—En Roma hay muchos —añadió el cura—. El del Vaticano es muy conocido.

Me habría tirado del coche en marcha. Miré el GPS.

—Ya casi estamos —dije, girando a la derecha.

Pero aparecimos en el *parking* del badulaque del señor del bigote pintado.

—¿Por qué? ¿Por qué a mí? —Golpeé la pantalla del GPS—. ¡He puesto hospital, no la tienda del inframundo!

Lucas se reía, medio delirando.

—¿Vas a preguntarle a Apu si ya ha traído la tarta de mojito? Eres una *crack.*

—¡Cállate! —le grité—. ¡No es gracioso!

—Eres una pesadilla maravillosa —susurró, riéndose solo, como borracho.

—Lo siento —le dije de golpe—. Te vas a morir por mi culpa. ¿Podrás perdonarme? Porque yo no me perdonaré en la vida.

Casi lo beso. Pero por puro pánico. No porque sintiera ningún tipo de atracción por él o porque me parecía súper *sexy* su torso desnudo, sus abdominales y uve marcadas, tanto como su erección.

¡Dios mío!, si la tenía casi más grande que mi brazo. Me reí con disimulo.

Mi madre se incorporó.

—¿Podéis esperar cinco minutos, que luego no me entero? Tengo que ir a hacer pis.

—¡Mamá!

—Cinco minutos. Solo serán cinco minutillos de nada, lo prometo.

Y bajó del coche corriendo como si fuera Usain Bolt.

Recadero bajó también.

—El GPS no está mal —dijo—. Detrás de la tiendecita hay una clínica privada.

—¡Ah! —exclamé aliviada y pisé el acelerador sin pensar.

El cura no había cerrado la puerta. Lo vi por el retrovisor salir despedido del coche y rodar como una croqueta bendita. Con tanta hostia seguro que se le había escapado la fe por debajo de la sotana.

—¡Fabiola! —gritó Recadero—. ¡Te has vuelto loca! ¡Se va a caer el conejo!

—¡Pues cierra la puerta! —grité histérica.

—¿Cómo pretendes que cierren la puerta si los has tirado a todos del coche? —me echó en cara Lucas.

—¡El niño! —chilló mi madre desde la fachada del badulaque, junto a los baños, subiéndose las medias.

Frené en seco. Lucas gimió.

—¡Joder!, me vas a matar de verdad… —dijo medio en trance.

—Y yo que pensaba que el idiota eras tú y mira a tu padre —murmuré, y luego me arrepentí—. Perdón, perdón. Tu padre no es ningún idiota, *aunque se deje las puertas de los coches abiertas…*

Mi madre salió corriendo detrás del coche, ajustándose los botones del vestido mientras nos hacía señas con una mano.

Bordeé el badulaque, preparada para sonreír triunfal en cuanto viera la clínica, pero aparecí en mitad de un campo de almendros.

Se me encogió el estómago.

—¡Está ahí! —gritó Recadero—. ¿Lo veis?

Yo ya había tirado el GPS por la ventanilla, por lo que no podía comprobar si la ubicación era correcta. Ayudé a Lucas a bajar del coche, le pasé el brazo por debajo de los hombros y empezamos a caminar.

Hasta de color negruzco estaba guapo.

Como era tan alto, se tropezaba con todas las ramas y, a cada paso que daba, el casco con plumas le resbalaba sobre los ojos. Me tropecé y caí de boca en un bancal, acabé con barro hasta en las bragas.

—No puedo más —jadeó él.

—Ni yo —dije—. No queda nada para llegar. No pienso dejar que te mueras en un campo de almendros, por muy original que suene. Y menos hoy, ya si quieres, en enero… O nunca.

Casi me rompo. No quería que se muriera, no quería que le pasara nada malo a Lucas.

—Gracias.

Y el tiempo se detuvo, con la prisa que teníamos, bueno, Lucas, que era al que le había dado el parraque.

—¿Por qué sigues… empalmado? —le solté sin filtro.

—No lo sé —respondió casi con resignación.

Y en ese momento, unos médicos que estaban fumando detrás de la clínica nos vieron aparecer. Yo, con las orejas de conejo torcidas y el cuerpo todo lleno de barro, y él con el yelmo bajado y el pecho decorado con hojas pegadas.

—¿Necesitan ayuda? —gritó uno de ellos, corriendo en nuestra dirección.

—¿Hay más heridos? —preguntó el otro.

Nos metieron por la puerta trasera y, al mirar bien a Lucas, apretaron los labios.

—Otro imbécil que se ha pasado con la pastillita azul —dijo uno.

—Traed una camilla —gritó a unas enfermeras que se habían asomado al escuchar ruidos.

Me quedé mirando a Lucas.

—¿Qué coño te has tomado? —pregunté, admirando su erección—. ¿Necesitas esas mierdas? ¿Eres impotente?

—Baja la voz, por favor —murmuró con los ojos cerrados.

Lo tumbaron en la camilla, me dieron su casco y su escudo, y avanzamos por un pasillo que olía a desinfectante y a dramón. Yo corría al ritmo del que empujaba la camilla. Le cogí la mano y grité:

—Eres un tío de puta madre, Lucas… Que no se te olvide —le dije para animarlo, convencida de que no salía con vida de allí.

Todos me miraron y él me apretó los dedos.

—Tranquila, su novio se va a poner bien.

Sentí un pinchazo en el pecho y calorcito en el cuello. Lucas volvió a apretarme la mano.

—¿Ha tomado Viagra o algo similar? —le preguntó un médico.

—Solo dos pastillas para el dolor de cabeza —contestó.

En ese momento apareció Recadero, jadeando, y arrastraba a don Obdulio, que llevaba mi GPS en la mano y una pierna encogida.

—¿Está seguro de que no ha tomado Viagra? Si no nos dice la verdad, no podremos ayudarlo…

—¿Me has robado mis pastillas pitufas? —preguntó su padre.

—Esta mañana. Me tomé Naproxeno —contestó Lucas.

Los médicos se miraron. Yo también los miré.

—Hijo, eres idiota…

Y por primera vez en todo el día, me eché a reír.

Porque, sinceramente, si no se moría solo, iba a matarlo yo.

CAPÍTULO 10

LUCAS

Me desperté enchufado a un gotero, me dolía todo el cuerpo y no tenía muy claro qué había ocurrido ni por qué estaba en un hospital.

Abrí un ojo y lo cerré rápido. Debía de estar sedado, vagando por el Limbo. Durante un segundo creí que había muerto y me había reencarnado en elfo. No dejaba de oír el tintineo de unos cascabeles.

No tenía ni idea de dónde estaba ni qué día era. En la esquina me saludaba un árbol de Navidad tan grande que rozaba el techo, lleno de luces, espumillón y bolas de todos los colore, tanto que no se veía ni una rama verde. Al lado, había una maqueta de un belén casi de tamaño real, con una cascada que escupía agua, con lavanderas arrodilladas moviendo los brazos, burros girando en círculos y un ángel gordo que volaba enganchado a un hilo transparente.

—¿Dónde coño estoy?

El edredón que me tapaba era rojo, estampado con trineos y Papá Noeles sonrientes.

En qué pesadilla me había colado…

Cuando lo levanté, vi que llevaba un pijama de una pieza, como de bebé, a rayas verdes y rojas y con unos cascabeles, del tamaño de melocotones, cosidos en los puños.

Cada vez que movía las manos sonaban.

La lámpara del techo era un trineo de Papá Noel con renos con la nariz roja.

Me incorporé tan rápido que me mareé. En la mesita había varias bolas de nieve de cristal, y sobre una mesa auxiliar, una cesta

con polvorones. Cogí uno y vi que estaban envueltos con la imagen de un conejo belier. Jorge Luis.

Solté una carcajada y me eché de espaldas sobre la almohada tapándome los ojos.

¿Estaría soñando o de verdad me habían dejado vagando por un limbo ambientado en la Navidad hasta que aprendiera a disfrutarla?

Me costó salir de la cama y, al poner los pies en el suelo, rocé algo esponjoso. No me lo podía creer. Alguien había dejado unas zapatillas enormes con forma de bota de Papá Noel. Negué con la cabeza y busqué alguna cámara. Seguro que era alguna broma.

Al acercarme a la ventana sentí un tirón en el brazo. Un pinchazo desagradable. El gotero. Me había olvidado por completo de él. Me quedé sin poder descorrer las cortinas de organza decoradas con hilo dorado y bastones de caramelo para poder asomarme y hacerme una idea de dónde estaba. También colgaban galletas de jengibre con forma de muñeco.

Perfecto. *Mi* purgatorio tenía decoración temática.

Escuché un ruido. Alguien iba a entrar. Me lancé de nuevo a la cama, me tapé hasta el cuello y fingí dormir.

La voz de Fabiola llenó la habitación. Hablaba por teléfono y reía de forma exagerada.

Se me encogió el estómago al recordarla en el coche gritándole al GPS, con el pelo enredado, agarrándome la mano, diciendo mi nombre, preocupada por mí.

Sus piernas desnudas… Sus orejas de conejo…

Y justo entonces me acordé de todo.

El espectáculo en el colegio. El ridículo. La erección. El traslado al hospital.

El calor me subió de golpe a la cara. Quería morirme. No pensaba volver a hablar jamás con un ser humano. Me compraría un conejo y le contaría mis penas. Sería Fabiola en versión masculina.

Acabaría loco, pero sería menos humillante que enfrentarme a todo aquello.

Entonces empezó a discutir.

—Sí, me traje a Jorge Luis. Y no pienso devolvértelo. Si tienes huevos, úsalos para algo que no sea echar un polvo. Reclámalo, pero no servirá de nada.

Fruncí el ceño. ¿Con quién hablaba?

—El conejo lo compré yo, ¿te acuerdas? —seguía ella—. Si quieres una mascota, que se vaya a vivir contigo la guarra con la que me pusiste los cuernos.

Un ex.

Me acomodé interesado. Sentado en el centro de la cama. Ella miraba por la ventana.

—Esto no lo hago porque te eche de menos o porque te quiera joder… Lo creas o no, te he olvidado. —Se pasó la mano por el pelo y siguió—: Sí, estoy feliz, por fin. Muy feliz. Pletórica —decía—. Claro que en Navidad, ahora me encantan estas fiestas. He conocido a alguien.

Mi respiración se detuvo.

—Un compañero de trabajo. Es muy guapo, alto, ojos verdes… Con una mirada enigmática que me provoca cinco orgasmos seguidos cuando me la clava. —Me tapé la boca para que no se me escapara alguna risita—. Sí, soy multiorgásmica. Con él no tengo que fingir… Y tiene las abdominales tan marcadas que dan ganas de frotarse el culo en ellas para tonificarlo.

Sin poder evitarlo, se me escapó una risa entre dientes.

Estaba claro que exageraba… aunque lo del culo sonaba convincente y placentero.

—Hacemos muchas cosas juntos. Sí, para él tengo tiempo. Todo el tiempo del mundo. —Se volvió a tocar el pelo—. Hacemos la compra juntos. Cocinamos postres. Corremos por el campo cogiditos de la mano Y cantamos villancicos. Y además de ser un tío de puta

madre —continuó—, que me cuida, me mima y me hace reír, tiene una polla más grande que el bastón de tu abuelo, Borja.

Ahí ya no pude más. Solté una carcajada que hizo temblar los cascabeles de mi pijama

Ella se giró a cámara lenta, roja como un tomate, sin decir nada, abrió la ventana y lanzó el teléfono por el hueco.

—¡Lucas! —gritó.

—Yo también me alegro de verte —contesté, riéndome.

Se tapó la cara con las manos.

—¿Desde cuándo estás despierto? ¿Qué has escuchado?

—Depende —dije, alzando una ceja—. ¿Más grande que el bastón de tu abuelo?

Fabiola apretó los puños y cerró los ojos.

—Cállate. Me quiero morir.

—Créeme, no eres la única —respondí—. Por cierto, ¿dónde estamos?

Intentó recomponerse.

—En casa de mi madre, en mi habitación. Ella dice que es ideal, pero para mí está un poco sobrecargada.

Miré a mi alrededor procesando sus palabras.

—¿Qué hago con este pijama?

—Tu padre y don Obdulio te lo pusieron… entre los dos. Era tu regalo del amigo invisible, te lo iba a dar mi madre en Nochevieja, pero como eres tan largo, no te entraba uno mío y lo estrenaste cuando estabas en coma.

—¿He estado en coma? No me jodas —murmuré.

Ella rio, y ese sonido me recorrió entero. Era la primera vez que me alegraba de estar vivo.

—Es una forma de hablar… Puedes levantarte si quieres —dijo, moviendo las manos.

—No, gracias. Estoy bien donde estoy. Me encanta estar dentro de la cama.

Mentí. Otra vez estaba empalmado.

Ni idea de si eran secuelas de las pastillas azules o el simple efecto de su presencia.

—¿Sabes dónde está mi teléfono? —pregunté.

—Ni idea.

—¿Qué día es?

—Martes, ocho de junio.

Me tensé. La miré con la boca abierta y el ceño fruncido.

—¿Has dicho junio?

—De 2030… —Apretó los labios aguantando la risa.

—¡Estás loca! Qué susto me has dado.

—Veintiocho. Llevas dos días durmiendo. Los médicos dijeron que tenías que eliminar los restos de las pastillas pitufas de tu padre y por eso te pusieron el gotero… y el pañal.

Me tapé la cara con la almohada. Ella se echó a reír. Yo quería morirme.

Sin pensarlo, me inspeccioné la entrepierna. Solo llevaba el pijama y el calzoncillo. Se estaba burlando de mí.

—Me alegro de que no te pasara nada —añadió sentada en los pies de la cama.

—Gracias por llevarme al hospital —dije.

—De nada, don Obelisco de Washington —contestó con esa media sonrisa insoportable que me descolocaba.

—¡Qué idiota!

Los dos callamos. Me relajaba mirarla. Curioso.

Llamaron a la puerta y, antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, la cabeza de Pita asomó por el hueco.

—¿Se puede? —preguntó ya dentro de la habitación, con un teléfono en la mano—. No sé cómo ha acabado esto en la cabeza de don Obdulio, pero ahora mismo la Mari Chelo está cosiéndole la ceja. Menos mal que tenía hilo de pescar.

—Pobre hombre —dije, intentando sonar serio.

—¿Cómo te encuentras? ¿Quieres comer algo?

Se acercó al árbol, toqueteó las luces y cambió de sitio un par de bolas. Luego, se acercó al belén, movió una palanca y empezó a sonar *Noche de Paz*. El sonido salía de una figurita de un grupo de niños que formaban un coro. Lo tenía todo pensado.

—¿Podría darme una ducha? —pregunté.

—Claro, cariño. Usa el baño de Fabiola. —dijo, señalando una puerta—. Pero antes, déjame que te quite la vía.

—¿La vía? —Me miré la mano.

—Tranquilo, aquí donde me ves, soy enfermera, una de las mejores. He atendido heridos en la Primera Guerra Mundial. —Me dio un manotazo y soltó una carcajada flojita. Luego, sacó del delantal una caja de metal y me pidió que cerrara los ojos.

—Mamá, ten cuidado —le rogó Fabiola. Y yo sonreí como un idiota.

Todavía se preocupaba por mí.

—Listo. Ya te puedes mover y *duchar* el cimborrio sin problema.

Casi me caigo de la cama.

—Gracias…

Cogió del brazo a su hija y salieron del dormitorio.

Cuando me quedé solo, no pude evitar sonreír. La situación era ridícula… pero para mi sorpresa, me gustaba estar allí. Con ellas. Me sentía bien.

Siempre que no pensara en el detalle de cómo había llegado al hospital, empalmado, con nuestros padres, un cura y Fabiola de

testigos.

Entré al baño y cerré con pestillo.

Me quité el pijama ridículo y me miré al espejo. Tenía un aspecto lamentable, o eso creí hasta que recordé cómo Fabiola me había mirado antes.

Me desnudé despacio. Solo pensar en ella me la ponía firme.

Abrí el grifo y me metí bajo el agua. El jabón olía a ella. Y eso no ayudaba.

El calor subió despacio. Me toqué. Cerré los ojos. Me imaginé sus labios. Creí escuchar su voz gritándome, su mano en mi muslo, su boca a punto de besarme.

Cuando acabé, diciendo su nombre en un susurro, apoyé la frente en la pared.

Era oficial: estaba jodido. Mucho.

Me volví a enjabonar, me lavé rápido, luego abrí el armarito del baño para coger una toalla.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy Fabi, me manda mi madre. Vengo a dejarte ropa limpia —contestó ella.

Su risa se coló por debajo de la puerta.

Abrí con la toalla anudada a la cintura. Ella estaba ahí, sosteniendo la ropa contra el pecho.

Me miró en silencio. Sus ojos me recorrieron el cuerpo. Le costaba tragar.

Yo alargué la mano para coger la ropa. Entonces, nuestros dedos se rozaron.

Y el aire se volvió denso.

—Gracias —dije con la voz más grave de lo que pretendía.

Ella asintió, muda.

Antes de cerrar la puerta, me giré y la pillé mirándome el culo. Le guiñé un ojo.

Cuando bajé al salón, mi padre me dio un abrazo.

—¿Ya te circula la sangre por todas partes por igual? —Puse los ojos en blanco.

Iba a tener cachondeo durante bastante tiempo.

—Lucas, estás estupendo. Cuando te di la extremaunción, nadie daba un céntimo por ti —me dijo el cura como el que te dice que ha hecho un brindis a tu salud.

Qué mal rollo me daba ese hombre. Me fijé y llevaba pegada una tirita de los Vengadores encima de la ceja.

—*La Virgen se está lavando…* —Pita improvisó lo que le vino en gana y se acercó para darme un beso en la mejilla—. ¿Ya estás duchadito?

Asentí, mientras nos sentábamos todos a la mesa.

Sin dejar de cantar y moviendo las caderas me dejó delante un plato con un bocadillo de calamares acompañado de unos polvorones.

Curiosa combinación.

—Gracias.

Todo parecía tranquilo. Hasta que mi padre se puso en pie, se arregló la corbata y, sin perder tiempo, se arrodilló junto a Pita.

Pinta de rezar no tenía…

Fabiola y yo nos miramos. No, no podía ser. Mi padre sacó una cajita del interior de la chaqueta.

—¿Me harías el honor de ser mi esposa? —preguntó sin rodeos. Directo al grano.

A mí se me cayó el bocadillo al suelo. Jorge Luis saltó del regazo de Fabiola, robó un calamar y salió corriendo.

El cura grababa el momentazo. Sonaba *La Morocha* por los altavoces.

—Sí. Claro que sí. ¡Qué me caso!

Mi padre le puso el anillo y se besaron.

Nadie aplaudió. Fabiola y yo seguíamos en *shock*.

Ella me miró con la boca entreabierta, como si no acabara de entender qué pintaba aquel pedrusco en el dedo de su madre. Yo solo pude pensar que, además de ser mi mayor rival, la presunta madre de un conejo y la culpable de mis erecciones navideñas… ahora iba a convertirse en mi hermanastra.

Todo de puta madre.

Y, aun así, no podía dejar de mirarla.

CAPÍTULO 11

FABIOLA

Mi cerebro tardó unos segundos en procesar la noticia.

¿Boda? ¿Mi madre con Recadero?

No podía ser. No, no, no. Universo, rebobina.

Porque una cosa era sobrevivir a Lucas, alias Mojito, el gladiador de la erección eterna y, encima, rival laboral; y otra, muy distinta, era tenerlo en la familia. Dejarme inmortalizar junto a él y que mi madre encargara una colcha con nuestras caras. No necesitaba un hermanastro y menos tan bien hecho.

Me llevé la mano a la frente.

—Esto es *Pesadilla en Navidad*, versión española —murmuré.

—¿Puedes salir un momento? —me susurró Lucas al oído, demasiado cerca para mantener a raya mi paz mental—. Necesito hablar contigo.

Asentí sin mirarlo; si lo hacía, recordaría lo bien que le quedaba la toalla anudada a sus caderas, pensaría en esa uve marcada y desearía… No.

Antes de irnos, entramos a la cocina; abrí la nevera, saqué la botella de orujo y se la enseñé.

—Creo que la vamos a necesitar.

—¿Cogemos vasos o a morro? —preguntó como si lleváramos siendo hermanos desde que nací y no desde hacía apenas cinco minutos.

—A morro —sentencié. Y antes de cerrar, cogí otra botella con un líquido anaranjado.

Cogimos los abrigos y salimos a la calle. Caminamos hasta el banco huérfano de la plaza de la ermita. La piedra estaba fría y el

aire olía a leña y castañas asadas. Me senté y, sin querer, me reí sola.

—¿Qué? —preguntó Lucas.

—Nada. Me ha venido a la cabeza el día de la Misa del Gallo. Parece que hayan pasado cuatro décadas.

Le robé la botella y le di un trago. Tosí y me reí. O me reí y por eso tosí. No lo tenía claro, con Lucas se me distorsionaba la realidad.

—¿Qué piensas de la noticia? —preguntó él directo al grano, con la botella a punto de rozarle los labios.

—Da igual lo que piense. Mi madre lleva divorciada toda la vida.

Y entonces… como si el ángel Anunciador se hubiera sentado entre nosotros con las alas extendidas, listo para hacernos un *selfie*, me iluminé.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucas al ver cómo abría los ojos y me tapaba la boca.

—¡Qué idiotas somos! —grité entre risas—. Mejor dicho: Inocentes. Hoy es veintiocho. Cómo no me he dado cuenta… Qué descanso. No se van a casar, tranquilo, es una de las tantas inocentadas que le gusta hacer a mi madre.

—¡Joder! Cómo se las gastan estos dos —dijo él con su voz seductora, o eso entendieron mis oídos gracias al orujo—. Seguro que están descojonándose de nosotros mientras comen polvorones y cantan villancicos.

Solté todo el aire que tenía retenido sin darme cuenta y, cuando iba a sonreír, sentí una presión en el pecho y una sensación extraña. Se me cortó la alegría de golpe.

Si ya no íbamos a ser hermanastros, ¿cuándo volveríamos a vernos?

—Pita es fantástica —dijo él, interrumpiendo mis pensamientos tristes—. Te pareces mucho a ella.

Sin querer, se me formó una sonrisa de idiota suprema. Lucas pensaba que era fantástica. No lo dijo así, pero…

Daba igual. Era fantástica, porque lo había dicho él.

En ese momento, me sentía fantástica. Punto.

Cogí la otra botella y, mientras nos mirábamos, él bebía orujo y yo… tragaba algo con sabor a limpiacristales con aroma a naranja.

—¿Ha habido muchos novios?

—Oficiales… no —respondí acelerada y con la tráquea ardiendo por el líquido anaranjado de origen desconocido que me bajaba lentamente para reventarme el estómago.

Se inclinó y antes de que me rozara se me erizó la nuca. Me apartó un mechón, colocándomelo detrás de la oreja. Después me subió el cuello del abrigo, hasta taparme la garganta. Esa delicadeza me desarmó un segundo.

—No hablo de tu madre —dijo bajito bien pegado a mi mejilla —. Me refería a ti.

Tragué saliva.

Cada uno levantó su botella y brindamos. Me di cuenta de que no quería que el tiempo pasara. Junto a Lucas me sentía… *Fantástica*. Lo había dicho él. Y me reí.

Bebimos. Negamos al mismo tiempo y nos intercambiamos las botellas.

—Dime —insistió.

—He tenido mis… historias.

—¿Por qué lo dejaste con tu ex?

Miré la ermita. Una piedra, dos, tres. No sabía si estaba preparada para decirlo en voz alta; una cosa era que él me hubiera oído discutir por teléfono y otra, mirarlo a los ojos y decirle que lo pillé en mi cama con mi jefa —y que no estaban teniendo precisamente una reunión de trabajo—.

—Cosas que pasan —dije como una cobarde.

Lucas se echó hacia atrás, con los codos por encima del respaldo, observando la luna redonda como un plato que iluminaba la plaza.

—¿Sabes? —dijo—. Hace dos años pillé a mi novia follando con mi jefe. En mi cama. El día de Nochevieja.

Me incorporé con el ceño fruncido. Me salió una sonrisa rara.

—Me alegro.

—¿Perdona? —parpadeó.

—No de tu desgracia, faltaría más —le aclaré acelerada—. Me refería a que me alegra que te haya pasado lo mismo que a mí. Me daba vergüenza decírtelo.

—¿Vergüenza de qué después de haberme visto dos horas empalmado? En contra de mi voluntad, aclaro.

Solté una carcajada. Él me miró serio, pero con un brillo exagerado en los ojos.

—¿Puedo preguntarte otra cosa? —siguió.

—¿Esto es una encuesta? —bufé, aguantando las ganas de reírme como las locas.

—Sí, de calidad. —Me guiñó el ojo y a mí se me estrujó el corazón—. ¿Por qué me pedías que no me muriera justo ese día? ¿Qué te pasó un 26 de diciembre?

El frío me entró por las mangas y se me atascó en el pecho. Noté el temblor en la voz antes de hablar. Los ojos me escocían.

Lucas me miró… con cariño. No con pena. Con amor. Del fraternal.

Me cogió las manos y me las frotó despacio hasta que sentí los dedos otra vez. Cerré los ojos y las lágrimas, traicioneras y cabronas, resbalaron por mis mejillas.

—No hace falta que respondas —susurró, pasándome el pulgar por la mejilla—. Solo era curiosidad.

—Mi padre murió un veintiséis de diciembre —dije al fin con la voz acartonada—. Y desde entonces no quiero saber nada de la Navidad.

Le dio un trago al orujo, me acercó la botella y lo imité. Los dos arrugamos la nariz y reímos a la vez. Me limpió otra lágrima. Y a mí se me aceleró el corazón.

—Pita adora la Navidad —continué antes de que dijera nada—. Es una *groupie* de Papá Noel. Supongo que ya te habrás dado cuenta. Lo pasó mal, claro, pero más por mí. Mis padres llevaban separados desde que yo recuerdo. Para ella fue distinto. Ese día no murió el amor de su vida… murió el padre de su hija.

Sin avisar, Lucas me abrazó.

Sentirme tan cerca de él me relajó de golpe. Y lloré con ganas, como si él hubiera deshecho por fin un nudo que llevaba años ahí, apretando y conteniendo la pena.

Cuando me separé, tenía la nariz helada y las pestañas mojadas. Él no dijo nada, solo me apartó otro mechón, esta vez con una sonrisa tonta.

—Estás guapa cuando lloras —susurró cerca de mi boca.

—Y tú eres muy idiota siempre…

Entonces empezaron a desfilar vecinos por la plaza. Iban disfrazados de nuevo. Unos tocaban la pandereta, otros llevaban del brazo cestas con polvorones. Todos lucían gorros rojos con lucecitas azules y cantaban a la vez el mismo villancico, como si aquello fuera un *flashmob* aldeano.

—¡Niña, Pita me ha pedido que cante en su boda! —gritó una de las mujeres al pasar por nuestro lado.

Me quedé paralizada y noté cómo Lucas se ponía tenso.

—Y yo monto el altar en el jardín de Recadero —anunció el Litri; a ese lo reconocí sin problema.

Los dos nos miramos con los muy ojos abiertos.

—Pues no era una inocentada… —se le escapó a él.

Yo, sin saber por qué, sentí alivio. ¿Qué me pasaba?

Empezaron a caer copitos pequeños, con disimulo, como si el cielo no quisiera molestarnos. Los vecinos avanzaban hacia la casa de mi madre cantando *En el portal de Belén.*

Lucas y yo nos miramos, sonriendo.

—Qué gente tan maja —dijo él—. No entendía por qué mi padre adoraba vivir aquí. Ahora lo entiendo. Bueno, y porque se va a casar con tu madre.

—Qué fuerte… —murmuré—. Era verdad.

Nos quedamos callados un segundo, compartiendo el orujo. Con la nieve enfriándonos la frente.

—Vamos a ser hermanastros —dijimos a la vez.

Nos miramos.

Y por primera vez en años, la Navidad no me pareció tan terrible.

—Tenemos que irnos si no queremos que mañana nos encuentren como dos cubitos de hielo… abrazados —advirtió Lucas.

CAPÍTULO 12

LUCAS

No había amanecido del todo, pero ya iba en el coche rumbo a un centro de multiaventura perdido entre montes y pinos.

En la radio sonaba algo de Alejandro Fernández, justo cuando la música se cortó entró una llamada de mi padre.

—¿Dónde te has metido? —preguntó con ese tono controlador de jubilado hiperactivo que nunca duerme.

—Tenía algo importante que hacer —contesté sin apartar la vista de la carretera—. Me llamaron del colegio. Quieren hacerme una última prueba antes de decidir a quién le dan el puesto.

Mientras hablaba, giré por un tramo de curvas imposibles que se abría entre árboles cubiertos de nieve. El cielo en un tono gris sucio se escondía tras las nubes negras y la niebla cada vez era más espesa.

—¡Ah! Menos mal que te dan otra oportunidad después de tu última actuación estelar… *No te habrás tomado nada para el dolor de cabeza*, ¿verdad? —Escuché cómo se reía.

Viejo cabrón.

—Papá, no empieces. Ahora mismo lo último que necesito es recordar… Da igual, vamos a dejarlo. Vuelvo mañana.

Silencio. Pensé que se había cortado la llamada.

—Mucha suerte. Y ya que estamos hablando, ¿qué te pareció la propuesta de matrimonio? ¿Estás de acuerdo? Ayer desapareciste y ya no pudimos hablar.

Sonreí bien agarrado al volante. Cada vez había más niebla.

—Me parece genial, papá. —Pensé en Fabiola—. Eres mayorcito para saber lo que quieres y lo que necesitas.

—Me alegra oírlo. Y lo que hablamos sigue en pie, ¿verdad?

—Sí —mentí a medias—. Si consigo el trabajo, sigue en pie.

Él soltó un suspiro. Me imaginé su cara de ilusión y nostalgia que se le ponía cuando hablábamos del futuro juntos. Había comprado aquella casa enorme con la idea de que, algún día, yo me instalara allí con mi mujer y sus nietos. Para compensar todos los años que pasamos separados.

El hogar que siempre imaginó, pero que nunca tuvo. Y yo… tampoco.

El problema era que, si conseguía el trabajo, Fabiola lo perdería.

Y desde que nos habíamos abrazado en aquel banco, ya no estaba tan seguro de querer ganar.

Tenía clavada su voz temblorosa cuando me contó lo de su padre, las lágrimas resbalando y esa mezcla de fortaleza y ternura que no me esperaba en ella.

También recordaba —con una sonrisa estúpida— cuando le dije que había pillado a mi ex en la cama con mi jefe y me confesó que ella había vivido lo mismo. Cómo me alegré de que alguien la quisiera menos de lo que se merecía.

Negué. *Lucas, más pensar con la cabeza. Y menos con otra parte.*

Por eso acepté la última prueba. No podía renunciar a un trabajo así por una mujer que conocía desde hacía apenas unos días y había empezado a caerme medio bien.

Una mujer preciosa, sí. Pero no podía olvidar que estaba completamente trastornada.

Aun así, volví a sonreír.

El centro de multiaventura estaba en un valle rodeado de montañas, con cabañas de madera y olor a Navidad.

El director en funciones me recibió con un apretón de manos y una sonrisa que ocultaba secretos.

—¡Buenos días, Lucas! ¿Lleva ropa adecuada para cambiarse? —me preguntó con los ojos clavados en el nudo de mi corbata.

—Para mañana. Anoche me dijo que solo sería un día. ¿Ha cambiado algo?

—Pensé que cuando viera la ubicación entendería que… da igual. Vayamos a lo importante. —Bajó la vista a mis mocasines y negó con la cabeza—. Cada candidato hará una prueba distinta, basada en el proyecto presentado.

—Pues ahora que lo dice, no entiendo qué pinto yo aquí —dije, mirando a mi alrededor.

—Justamente eso es lo interesante. Usted tendrá que organizar y resolver los problemas que puedan surgir del proyecto de la señorita Rivera. Y ella se enfrentará al suyo.

La ironía del destino. Ella con el mío, yo con el suyo.

No debería sorprenderme porque desde que la había conocido no me ocurría nada normal.

—¿Y los niños? —pregunté.

—Vienen en el autobús escolar acompañados por la señorita Rivera. Llegarán en un par de horas. Ellos dormirán en la cabaña principal y usted un poco más arriba, en la del encargado del complejo. La sesenta y nueve. No tiene pérdida. —Lo miré sin entender—. No se preocupe, está de vacaciones. Tome las llaves y el sobre con el proyecto para que lo estudie y vaya organizando.

Nos despedimos y, cuando me quedé solo, me acerqué al cartel donde estaba dibujado el plano del complejo. En cuanto me ubiqué, caminé por un sendero empedrado siguiendo las flechas que me llevaron hasta mi alojamiento.

Al ver el número en la puerta, sonreí como un gilipollas enfermo… «69». Últimamente todos mis pensamientos eran más propios de un adolescente hormonado hasta las cejas que de un hombre de bien que aspiraba a convertirse en director.

Dejé la mochila con una muda en un sillón tallado con troncos de árbol y eché un vistazo rápido. Era una única estancia, pequeña, pero limpia. Saqué la ropa para que no se arrugara y dejé sobre la cama el pijama.

Una cama que parecía robada de la habitación de los siete enanitos, una pequeña mesita frente a la chimenea y una puerta diminuta. La abrí y descubrí que era el baño, el más enano que había visto en mi vida.

Menos mal que solo iba a estar un día.

Me senté en el suelo, porque el sillón tenía astillas de punta en el asiento y en el respaldo, y abrí el sobre. Dentro encontré el proyecto de Fabiola.

Lo hojeé y, tras dos párrafos, me estampé las hojas en la cara.

No podía ser. Eso solo se le podía ocurrir a ella.

Su propuesta consistía en montar un refugio de animales y un huerto para alimentarlos. En menos de veinticuatro horas.

Me reí solo al escucharme diciendo en voz alta:

—La casita de Jorge Luis.

Seguro que le habrá puesto ese nombre, pensé.

Pasé las hojas leyendo en zigzag. Estaba todo calculado, desde la división por edades de los alumnos hasta las tareas por grupo. Y lo peor era que… tenía sentido.

Una locura organizada. Como ella.

Subrayé un par de puntos y, al escuchar un ruido fuera, me asomé por la ventana. No vi a nadie, pero decidí bajar hasta la cabaña grande, donde dormirían los niños. Y ella. Tal vez ya habían llegado.

Me arreglé la camisa, me pasé la mano por el pelo y salí.

Solo había un taxi aparcado frente al porche. Lo primero que vi cuando la puerta se abrió fueron unos tacones de aguja y, a continuación, bajó Fabiola.

¿Quién demonios se pone unos tacones para venir a un centro de multiaventura?

Definitivamente, una loca… dijo el *cuerdo* que llevaba unos mocasines de piel, diseño exclusivo de una marca italiana.

Hablaba por teléfono, iba tan concentrada que no me vio y, por si se «desconcentraba», me escondí detrás de una de las columnas del porche. Allí me quedé quieto, como si fuera el acosador del Valle Congelado, porque menudo frío hacía. El cielo estaba azul oscuro, cada vez más.

—Sí, mamá, me parece genial que te cases, faltaría más —decía con un tono exageradamente amable mientras arrastraba su maleta—. Haces bien en buscar tu felicidad. Recadero parece un buen hombre. Algo excéntrico, como tú. Diría que has encontrado a tu media naranja.

Sonreí. Hasta ahí, todo correcto.

—El único defecto que tiene ese hombre es Lucas. Qué hijo tan aburrido.

Me tensé. No sabía si estaba preparado para escucharla hablar de mí… mal.

—No me pongo dramática. ¡Por Dios! Si es un viejo atrapado en el cuerpo de un empotrador.

Se pasó la lengua por los labios y, muy despacio, se clavó los dientes. A mí me recorrió un escalofrío por la columna. Me acerqué las manos a la boca para entrar en calor.

—*Embaucador*, mamá, he dicho: embaucador… ¿Cómo que eso no tiene sentido?

Noté cómo se me curvaban los labios y me subía una carcajada muda.

Me había llamado «viejo empotrador». Ni Cela se habría atrevido a tanto.

—No, no me refiero a eso —continuó ella—. Tengo que hacer una prueba que se ha inventado él. Más aburrido y no nace.

Claro, que la suya era megaoriginal…

—Sí, mamá, tendré cuidado. Mañana estoy de vuelta. Estoy esperando a los niños, perdí el bus y me tocó venir en taxi. Sí, tranquila, llevo el cargador y te mandaré un mensaje cada media hora, no te preocupes. Ah, y dale las chuches con forma de polvorón a Jorge Luis, que luego se le olvida que es Navidad…

Colgó.

Y yo, sin poder evitarlo, pensé que estaba preciosa. Desquiciada, pero preciosa.

—Ay, Luquitas… —murmuró para sí con ese tono tan suyo, mezcla de inocencia y segundas intenciones—. Lo que necesitas es darte una alegría para ese cuerpo que Dios te ha dado tan bien hecho.

Me pareció gracioso salir justo en ese momento de mi escondite. Ella dio un salto y abrió los ojos como platos.

—¿Cuándo has llegado? ¿Cuánto has escuchado? —preguntó con la voz temblorosa y las mejillas encendidas.

—Aquí el *viejo empotrador* —dije, cruzándome de brazos.

—¡Joder! ¿Por qué cada vez que te veo me quiero morir?

—Porqué te ponen los viejitos. —Le guiñé un ojo y ella me dio un manotazo en el hombro.

Y, por primera vez en toda la mañana, me alegré de haber aceptado la maldita prueba.

CAPÍTULO 13

FABIOLA

Me senté en los escalones del porche, con los codos apoyados en las rodillas y la vista perdida en las ruedas de mi maleta. El cielo tenía ese color gris metálico que te promete lluvia y casi siempre cumple.

—Te vas a enfriar —dijo Lucas apoyado en la barandilla con ese aire de profesor preocupado que me sacaba de quicio.

Le lancé una mirada de medio lado.

¿Por qué estaba tan pendiente de mí? ¿Y por qué demonios me miraba así, como si hubiera dejado de ser la loca del conejo para convertirme en algo… divertido?

—Si quieres, podemos esperar dentro —propuso—. Así echamos un vistazo.

—¿No has entrado todavía? —dije de pie, intentando subir la maleta al primer escalón.

—Cuando llegué fui a mi cabaña y no me dio tiempo —respondió, encogiéndose de hombros.

—Ah, muy bonito. Cabaña propia, eso es trato de favor… No deberían tener esas atenciones contigo. ¿Por qué yo tengo que dormir con los niños?

—Créeme, si vieras dónde me han instalado, no dirías eso —replicó con media sonrisa.

Empezó a llover. Al principio cayeron un par de gotas tímidas; después, como si alguien aburrido allá arriba hubiera abierto un grifo, el chispeo se convirtió en un chaparrón digno del día que Noé estrenó su Arca. Subí de un salto para ponerme a cubierto, Lucas arrastró mi maleta y corrimos hacia la puerta principal, pero estaba cerrada. Miramos por los cristales, pero no se veía nada, estaba todo apagado.

—Qué raro que el autobús no haya llegado todavía —murmuré —. Si lo perdí solo por media hora…

Lucas disimuló una sonrisa.

—Habrán ido a recoger a más niños —dijo como si hubiera hecho él el itinerario—. Es el único colegio en cincuenta kilómetros. El director antes de irse me comentó que tardaríais un par de horas, así que relájate.

Cada trueno sonaba más cerca, y cada relámpago iluminaba el bosque como si disparasen cientos de *flashes* a la vez.

—Si no quieres pillar una pulmonía, esperemos en mi cabaña —añadió.

—Tienes un empeño enfermizo en que no me resfríe —bromeé mientras caminábamos rápido bajo la lluvia.

Él me cogió de la mano para ayudarme a subir una pendiente resbaladiza. El contacto fue breve, pero me dejó el pulso disparado.

—¿Qué llevas aquí? —preguntó rojo al intentar levantar mi maleta.

—Cuatro cosillas de nada —respondí delante de la puerta de su cabaña.

Cuando abrió, el calor nos envolvió. Olía a madera y a él. Fui directa al interior y me quedé mirando la cama. Parecía una minicuna de madera con dosel y colcha de flores gigantes.

—¿Esto qué es? ¿La cunita de Campanilla? —dije, riendo.

Iba a dejarme caer en un sillón cuando Lucas me agarró por la muñeca y del impulso acabé pegada contra su pecho.

—Está lleno de astillas —explicó sin despegarse de mí.

Yo ya estaba perdiendo el contacto con la realidad.

—Menos mal —respondí mirándolo con la barbilla levantada para tener una mejor panorámica de su cara perfecta—. Pensé que dirías que iba a chafar a tu amigo invisible.

Su carcajada resonó contra mi cuerpo al mismo tiempo que un trueno partía el cielo en dos. Me tensé sin poder evitarlo y me abracé a él con fuerza. Desesperada.

—¿Te dan miedo las tormentas? —preguntó sin soltarme, apretándome contra su pecho.

—Solo las apocalípticas —contesté, observando cómo el agua golpeaba los cristales.

—Ven, siéntate en la alfombra, junto a la chimenea. Así entramos en calor.

—Pero si está apagada —respondí, observando los troncos que formaban una pequeña torre dentro de la chimenea—. ¿De qué hablas?

—Iba a encenderla, lista. —Levantó el brazo, arrugó la nariz y me enseñó un mechero.

Nos miramos. Y, como dos idiotas sincronizados, soltamos una carcajada tan ridícula que acabamos llorando de la risa.

—Si no discutimos, no somos nosotros —dije, limpiándome las lágrimas con el dedo.

—Totalmente de acuerdo —contestó, pasándose las manos por la cara. Luego, se acercó a la chimenea

En un visto y no visto, los troncos de madera empezaron a quemarse.

Fuera, el temporal rugía. Las contraventanas golpeaban la pared de la cabaña y el viento silbaba con furia. La lluvia caía con fuerza en el techo y, de fondo, cuando sonaban los truenos el suelo vibraba a la vez. Me abrazaba las rodillas fingiendo calma, pero la verdad era que estaba muerta de miedo.

Lucas caminaba de un lado a otro, pegaba la cara al cristal intentando ver algo y luego volvía a pasear.

—Tranquila, es solo una tormenta —me dijo poco convencido —. En cuanto pase, nos vamos.

—No podemos, alguien tiene que hacerse cargo de los niños.

—El conductor habrá dado la vuelta, más por precaución que por otra cosa. Llevando niños es una imprudencia intentar subir por esa carretera.

—¿Tú crees?

Asintió mientras se ponía el abrigo y, sin decir nada más, se lo abotonó hasta el cuello.

—¿Dónde vas? —pregunté alarmada.

—A buscar a alguien. Un guardabosques, un vecino despistado… a quien sea. Y si puedo, coger algo de comer.

—No te vayas —gimoteé.

Se giró, arqueando una ceja.

—¿Preocupada por mí?

«¿Cómo coño lo hace?», pensé. Me leía la mente.

—No es por ti, es por mí —respondí rápido—. No quiero quedarme sola.

—Solo será un momento. No tengo intención de ponerme a cazar ciervos, querida. Voy a intentar entrar en la cocina de la cabaña principal y coger algo de comida.

Abrió la puerta y un viento huracanado nos golpeó la cara. Lucas se giró rápido y cerró.

—¡Las hojas de tu proyecto! —gritó al ver que iban directas a las llamas.

Ninguno consiguió cogerlas y acabaron dentro de la chimenea.

—Perfecto. ¿Se puede saber qué haces tú con esto? —murmuré con los ojos puestos en las llamas.

—Hacía… querrás decir.

Cuando quise darme cuenta, Lucas ya no estaba. La puerta se cerró de golpe.

El corazón me latía tan fuerte que casi podía contar las pulsaciones por minuto sin tocarme. Vi su pijama doblado sobre la

cama y —como hacía un buen rato que no cometía ninguna gilipollez, ya me tocaba— lo cogí sin pensar y me lo acerqué a la nariz. Olía al suavizante que usaba mi madre y a él. Inspiré con ansias, casi desquiciada.

—Se me ha ido la cabeza —dije muy bajito, soltándolo como si quemara.

Miré el móvil para ver si me habían enviado algún mensaje para avisar de que se cancelaba la excursión, pero no tenía cobertura.

Me senté en la cama, con el pijama de Lucas pegado al pecho, sonriendo sola.

—Sería de coña que nos quedáramos atrapados aquí días… como en una película navideña —susurré, y enseguida negué con la cabeza—. Estoy idiota.

Todo lo idiota que quisiera, pero hasta me imaginé la escena. Nosotros sobre la alfombra, tumbados, con la chimenea encendida, entrando en calor… y él besándome.

—Qué daño han hecho las películas de sobremesa. —Me reí—. ¿Qué películas he visto donde hacen eso?

Olvida ese tipo de pensamientos, Fabi. Además, con Lucas no podría hacer el amor; era mi rival, mi futuro hermanastro y… mi mejor pesadilla.

—Lo mejor sería que me empotrara y ya está, a la mierda los sentimientos —dije en voz alta.

Me froté las manos y miré por la ventana. No se veía nada.

¿Dónde se habría metido? Llevaba demasiado tiempo fuera.

Y entonces me asaltó otra imagen. Yo, encima de él, desnuda, gritando su nombre, y él diciendo que se iba a…

—¡Madre mía! —me tapé la boca—. Han debido limpiar esta cabaña con afrodisíacos.

Me reí sola, dándome aire en la cara con una mano, mientras con la otra estrujaba el pijama de Lucas.

—Pues con la tontería me he puesto cachonda…

Una corriente de aire frío me rozó el cuello y se me puso todo el pelo en la cara. Cerré los ojos, intentando evaporarme.

—Mierda —susurré—. Hoy no debería haber salido de la cama.

—Yo tampoco —respondió una voz a mi espalda.

Me giré tan rápido que casi me caigo. Lucas estaba empapado, el pelo pegado a la frente, el abrigo chorreando. Jadeaba.

—Estás… —empecé, pero las palabras se me atascaron al verlo sonreír.

—¿Empapado? ¿Cómo tú? —bromeó, y quise matarlo—. Debería quitarme la ropa, pero igual no es buena idea.

—¿Por qué desnudarte no sería buena idea? —pregunté sin pensar, porque era más que evidente el motivo.

Dio un paso. Y otro. Hasta que quedamos a pocos centímetros.

Definitivamente, se me había ido la cabeza.

—Depende del concepto que tengas de «buena idea».

—Si no te quitas la ropa mojada, te enfriarás y te pondrás enfermo. Si te dejas la ropa mojada acabarás con fiebre… —le dije muy despacio, mientras le quitaba el abrigo chorreando y él me dejaba hacer sin apartar los ojos de mis dedos, que no paraban de temblar como mi voz.

—¿Tienes frío? —preguntó con sus manos entre las mías.

—Frío, lo que se dice frío…

Me ardía la piel.

—Entonces deberíamos… —dijo bajito, desabrochándose los botones de la camisa.

—¿Te vas a de-desnudar?

No esperé a que me respondiera, porque estaba cantado. Dejó caer la camisa, junto a la chimenea y se bajó la cremallera del pantalón.

Corrí al baño, no para hacer nada que no debiera, necesitaba una toalla para echársela por encima o la que acabaría pegada a su torso desnudo sería yo.

—Toma. —Se la lancé desde los pies de la cama.

La distancia me mantendría a raya.

—¿En serio? —preguntó, sujetando una toallita de lavabo entre sus dedos.

—No sé quién vivía en esta casa, pero está claro que no debía medir más de un metro.

Con toda la confianza del mundo, se paseó en calzoncillos por delante de mi cara. Maldita tentación en movimiento. No quería mirarlo… pero tampoco podía dejar de hacerlo.

—Qué mala me estoy poniendo.

Y, sin que me lo esperara, se acercó, me echó por encima una manta, me pegó a su pecho desnudo y nos envolvió.

Por si se lo pensaba mejor, acerqué la mejilla a sus pectorales. Cerré los ojos e inspiré despacio. Impregnándome de su olor.

—Creo que voy a darme una ducha —dijo, separándose rápido.

Ahí estaba yo, con una manta de leopardo que pesaba una tonelada, mirando cómo desaparecía por la puertecita del baño.

¿Quedaría de desesperada si lo seguía y le enjabonaba la espalda?

Tenía que hacer algo, mantenerme ocupada o acabaría cometiendo una locura. Cuando estaba nerviosa y tenía miedo, las cometía.

Abrí un armarito que había en la pared, al lado de la puerta de entrada. Estaba todo lleno de botones. Sin pensarlo, subí un par que estaban bajados y bajé otros que estaban subidos.

—¡Joder! —Lucas gritó como si estuviera a mi lado.

Me asusté y giré tan fuerte una rueda que me quedé con ella en la mano.

La puerta del baño se abrió y él salió, todo mojado, con las manos entre las piernas.

Me olvidé de cómo se respiraba. O de cómo seguir con vida.

—¿Me puedes acercar la toalla y mi pijama? Han cortado el agua.

Pensé que sería mejor lanzarle las cosas desde Cuenca, solo para no tenerlo cerca, porque así, tan mojado y con tanta piel a la vista… era un pecado no toquetearlo.

La proximidad con Lucas —incluso vestido— se había convertido en una maldita tentación.

CAPÍTULO 14

LUCAS

La tormenta caía con ganas. No quería imaginar qué ocurría en el exterior, pero desde que se cortó el agua, un ruido extraño rugía insistente como si estuvieran golpeando el techo y las paredes de la cabaña.

A toda prisa me até el cordón del pantalón del pijama. Todavía tenía el pelo húmedo y el cuerpo a medio secar, pero con esa ridícula toalla me había sido imposible. El corte de agua me pilló con el pelo a medio enjuagar y no me dio tiempo a aclararme del todo.

—Pues ya estoy —dije apoyado en el marco de la puertecita del baño.

—Tienes el pelo tieso —soltó sin que me lo esperara y sin pensarlo me pasé la mano por la cabeza—. Pareces un puercoespín. Estás muy gracioso.

—Restos de jabón… —contesté, pero no me prestó atención.

Fabiola estaba en el suelo concentrada en las llamas que bailaban perezosas. Observaba el fuego con las piernas cruzadas y esa carita que ponía cuando estaba maquinando alguna de sus locuras.

Mientras ella miraba a la chimenea, yo la miraba a ella, y me venían impulsos suicidas de besarla.

Era oficial: estaba perdido. Y jodido.

—¿Jugamos a algo? —su pregunta me dejó paralizado, porque a mí solo se me ocurrían juegos prohibidos y no era plan de decirle lo que se me estaba pasando por la cabeza. Si es que todavía no la había perdido.

No debí, pero pensé en el momento cuando llegué empapado y ella, en un intento de ayudar, me quitó el abrigo con tanto esmero

que parecía que estuviera desvistiendo a la Macarena. Lo peor fue que, cuando empecé a notar que se me aceleraba el corazón, mi brillante cerebro decidió que sería divertido acabar sin camisa.

Por provocarla. Básicamente, por idiota.

Creí que ella se echaría atrás, pero cada vez la tenía más cerca. Y la tensión subía y subía —no solo la tensión— hasta que se volvió insoportable y evidente.

Lo único que se me ocurrió para que no se topara con mi mástil:

—Voy a ducharme.

Un genio.

—¿Vas a decir algo o te vas a quedar plantado ahí toda la noche? —Su voz me trajo de vuelta.

No tuve oportunidad de responderle, porque el bosque se iluminó y el padre de todos los truenos se coló en el interior. Los cristales temblaron. las llamas se agitaron y Fabiola pegó un bote. Y un segundo después, se fue la luz.

Otro relámpago a la vez que un estruendo. Teníamos la tormenta encima de nuestras cabezas.

Ella chilló, el tipo de grito que te revienta los tímpanos y, entonces, salté yo.

—Tranquila —dije, encendiendo la linterna del móvil—. No pasa nada.

—No digas eso. Cuando alguien dice «no pasa nada», siempre pasa. Menos mal que no soy rubia…

Se me escapó una risita. Qué cosas se le ocurrían.

Caminé hacia el cuadro eléctrico, junto a la puerta.

—Voy a revisar esto.

—Ahí no hay nada interesante —dijo detrás de mí con voz culpable—. Solo tiene telarañas y muchas palanquitas. Lo abrí antes.

Giré despacio la cabeza. Y sin querer, la enfoqué a los ojos. Los cerró de golpe.

—¿Tú qué?

—Antes, cuando estabas duchándote, me aburría y toqueteé un poco…

—¿Por qué haces cosas si no sabes lo que haces? —resoplé, enfocando al cuadro.

—Claro, porque tú, mientras te dabas el baño del siglo… te has sacado el título de electricista, ¿no? Ahora eres el Litri 2.0. ¡Qué suerte tenemos! —Soltó una carcajada que me atravesó la espalda y se me clavó en el pecho.

La ignoré porque me desconcentraba.

Una de las pestañas, que estaban bajadas, tenía un papelito pegado que ponía «agua». La subí.

Y justo entonces se escuchó el rugido de la alcachofa del baño, escupiendo agua a presión. Volvió la luz justo en ese instante.

—De puta madre —murmuré—. Solo faltaba que nos ahogáramos dentro de la cabaña.

Ella salió corriendo hacia el baño.

—¡Lucas! —gritó desde dentro y corrí—. ¡Ay! ¡Ayuda! Mierda. Mierda.

Caía agua del techo, resbalaba por las paredes, un enorme charco en el suelo y ella… A ella la encontré empapada, intentando esquivar el chorro que salía del grifo como si fuera un cable de alta tensión que iba a electrocutarla.

—¡Para! —le grité porque no había forma de entrar a la ducha para cerrar el grifo.

Se pasó las manos por el pelo, y me salpicó. Bajé la vista a su camisa. La tenía pegada al cuerpo, ya no era blanca. Se había convertido en transparente.

Y para mi desgracia, se le marcaba todo. Todo.

—Ahora sale hirviendo. Me voy a quemar. Haz que pare… —me rogó, revolviéndose.

La agarré por los hombros para detenerla y que dejara de moverse más rápido que la ducha.

—¡Para quieta! ¡Por Dios, Fabiola! —le grité, aunque el sonido del agua y sus chillidos lo cubrían todo.

Y cuando notó mis dedos, se quedó inmóvil.

El agua le caía por la frente, las mejillas y se colaba en su boca. Las gotas descendían por el cuello, y seguían su recorrido por el pecho hasta desaparecer debajo de la tela.

Tragué saliva y cogí aire.

Nos miramos.

Apenas un segundo. Pero suficiente para notar el chorro de la alcachofa contra mi cuerpo. Los dos teníamos la respiración contenida. Y los dos empezamos a jadear.

Cuando acerqué la cara, ella cerró los ojos.

Podría haberla besado ahí. Y habría sido perfecto. Muy de película. Los dos bajo el agua. Pero alargué el brazo, y cerré el grifo. El silencio se lo comió todo.

—Deberías cambiarte de ropa si no quieres coger una pulmonía —dije despacio con la voz más ronca de la historia.

—Si me muero será por tu culpa —replicó, intentando sonar enfadada.

—Perdona, pero te recuerdo que la que cortó el agua fuiste tú.

—¿Yo? Bueno, vale. Pero porque esta casa está mal hecha. ¿Desde cuándo el agua se controla con una pestañita y no con una llave de paso? —me echó en cara cruzada de brazos.

—Desde que alguien tiene las manitas muy largas y decide toquetear lo que no debe —repliqué, mirándole el escote sin querer.

—Vale, asumo mi culpa. —Fruncí el ceño, sorprendido por su respuesta—. Pero cuando se va el agua, lo primero que te dicen es

que cierres los grifos por si luego vuelve, que no se inunde la casa. Así que el que tiene la culpa suprema eres tú.

Adoraba cuando exageraba de ese modo poniendo vocecita de diabla…

Lucas, estás muy jodido. Vete. No le mires las tetas.

—*Perdone, usted, doña Perfecta* —solté con sarcasmo—, pero estaba concentrado en no perder la vista. Tenía jabón en los ojos.

—Pues más te habría valido quedarte ciego —gritó, con los puños cerrados—. Así no me mirarías las tetas todo el rato como un degenerado.

Tirón en el estómago. Calor. Fuego. Y le miré el pecho.

Ella chilló. Yo tragué saliva.

—¿Lo ves? ¡Estás enfermo! —volvió a gritar, pero no se movió.

Yo tampoco.

—Hace diez minutos te he pedido que te cambies —dije, girando la cabeza al techo—. Pero como nunca haces lo que te digo, estás aquí provocándome.

—¿Por qué querría provocarte? —preguntó con una voz extraña, casi distorsionada. La miré y tenía los dientes apretados.

—Tú sabrás. Como antes, cuando me quitaste el abrigo. Solo lo hiciste para…

—Para tu información, te lo quité porque eres mayor y un resfriado a tu edad puede ser mortal.

Casi me río, pero estaba yo para risas.

—Por favor —dije, tapándome los ojos con la mano—. Ponte algo. Lo que sea. Envuélvete con la cortina de la ducha si hace falta. Pero si sigues aquí, mojada y tan pegada a mí, en un metro cuadrado… no respondo.

—No respondas —susurró.

Dejé de sentir el cuerpo. O lo sentí demasiado. Me retó con la mirada. Con esos labios sonrosados y carnosos que me habían

empezado a volver loco. Más.

No se movió. Yo tampoco.

—Esto es increíble —dije sin pensar.

Salí del baño, necesitaba respirar, recuperar la razón.

Me apoyé en la puerta, intentando convencerme de que no era un lunático.

Sabía que era una locura. Y también que los locos las hacían.

Yo no estaba loco.

Me lo repetí tres veces. No funcionó.

—Piensa en otra cosa, Lucas. Tú puedes. Canta villancicos…

Tenía el pijama empapado. Me quité la parte de arriba y la dejé cerca de la chimenea para que se secara. Necesitaba recuperar un poco de cordura.

Entonces la puerta del baño se abrió.

Fabiola salió con la cabeza alta, el pelo goteando y toda digna perdida.

Tiró su maleta al suelo justo cuando un trueno volvió a retumbar. Dio un pequeño salto y me mordí el labio para no reírme.

Era adorable cuando se asustaba.

Abrió la maleta y empezó a lanzar ropa al aire. Unas botas, dos neceseres, medias, calcetines, un bote de champú, una bolsa de patatas, polvorones…

—¿Cuántos días pensabas quedarte? —pregunté sorprendido y algo asustado. En una de esas me lanzaba su coche a la cara.

—No te hablo. Que no quiero *provocarte*.

Giró la cabeza. Me miró. Pero sus ojos la traicionaron y fue bajando. Casi podía sentir sus caricias sobre mis pectorales, abdominales y…

Necesitaba ponerme la camiseta.

—¿Y quién provoca a quién? —se quejó señalándome el ombligo.

Me acerqué despacio, intentando controlar la respiración. Le aparté un mechón mojado y le susurré:

—¿Te provoco?

—Mira qué eres idiota —respondió muy despacio, como si le faltara el aire.

—Dime qué sientes ahora mismo.

Le tembló el labio. Temblaba entera.

Me miró el pecho. Tragó despacio. Bajó al ombligo.

Recé para que no bajara más la vista porque el pantalón del pijama dejaba poco a la imaginación.

Y antes de que lo hiciera, la agarré por la nuca.

—A tomar por culo —susurré.

La besé.

Primero con torpeza, tanteando su respuesta. Luego con más ganas.

Ella dejó las manos en mis pectorales y me devolvió el beso igual de perdida.

Me separé solo lo justo para pegar mi frente a la suya.

—¿Sabes lo que estamos haciendo? Porque yo no.

—No quiero pensar —murmuró—. No pares.

La besé otra vez. Más lento.

Todavía no me creía que estuviéramos haciendo algo así.

Sentí sus dedos en mi cuello, su piel mojada rozando la mía, el sonido de la lluvia mezclándose con nuestra respiración.

Y por un segundo, el mundo dejó de importarme.

Solo existía ella.

Y si me había contagiado su locura, no quería curarme nunca.

—¿Te dolía la cabeza? —preguntó con la mano por encima de la cinturilla del pantalón—. ¿Cuántas pastillas te has tomado?

Los dos soltamos una carcajada que dejó de oírse porque una explosión se escuchó en el exterior.

CAPÍTULO 15

FABIOLA

Del susto, di un salto y acabé abrazada a Lucas, con las piernas enroscadas en su cintura. Bien agarrada.

Él me sujetaba del culo y podía sentir su erección presionando contra mi pubis, como si la escena no fuera ya lo bastante intensa para llegar yo y añadir al asunto un poquito más de pimienta de la buena.

El rugido fue tan fuerte que me quedé sin respiración.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, apretándome más a Lucas.

—Parece que ha caído un rayo —dijo, mirando al techo—. Y juraría que justo encima de la cabaña.

Todo tembló.

La chimenea soltó un fogonazo que me erizó los pelos de la nuca y el techo crujió como si algo se hubiera desplomado sobre él.

Con lo desgraciada que era, seguramente, el equipo de rescate —porque todo apuntaba a que lo íbamos a necesitar— se había precipitado contra nuestra cabaña.

Pumba: Todos muertos. Ellos y nosotros, que seríamos los siguientes.

Podría parecer un poco trágica, pero mi historial navideño de desgracias crecía sin necesidad de que nadie lo regara.

Lucas me miró, yo lo miré, y los dos nos tapamos la cabeza cuando otro golpe sacudió de nuevo hasta el suelo.

Se olía el miedo.

—Tranquila —murmuró, sin soltarme.

Me apreté contra él y sentí el corazón golpeándome en la garganta.

—¿Qué ha sido eso?

—Ni idea. —Su voz sonaba tensa—. Pero parece que algo ha caído sobre el tejado.

Otro estruendo, más seco. Esa vez, hasta la cama se movió.

—No quería decirlo, pero tengo miedo —susurré pegada a su cuello.

Me despegó con cuidado y caminó hacia la ventana.

—Ya lo sé. Pero mantén la calma, ¿vale? —dijo despacio, aunque noté cómo respiraba más rápido—. No te vuelvas loca… pero puede que haya sido una avalancha.

Lo miré como si acabara de decirme que Papá Noel se había precipitado desde su trineo, se hubiera estampado encima de la cabaña y en ese momento, entre los dos, tuviéramos que bajarlo para darle un entierro digno.

—¿Una avalancha? ¡No puedes hablar en serio! Si estamos en una cabaña.

—Sí, y en un valle, rodeado de montañas —respondió, serio—. No sería tan raro.

Sentí que el pánico se me escapaba por los ojos.

—¿Y qué hacemos ahora? —le pregunté como si fuera un experto en catástrofes naturales y su palabra fuera ley.

—Esperar. Si ha sido una avalancha, el director sabe que estamos aquí. Vendrán a buscarnos cuando puedan.

Quise creerlo. De verdad.

Pero entonces recordé que no había mandado ni un mísero mensaje a mi madre.

Ni uno.

¡Bien!

Nunca me había alegrado tanto de tener a una madre histérica con pensamientos holocáusticos.

—Los GREIM deben estar en camino. Hasta salvamento marítimo…

—¿De qué hablas?

—Los de rescate de montaña —le expliqué—. Los de la Guardia Civil.

—Sé quiénes son, ¿pero por qué deberían estar en camino? ¿Has lanzado una bengala por la chimenea y yo no me he enterado?

—Mi madre los habrá enviado.

Aguantó la risa, aunque sus ojos seguían gritando que estábamos en peligro.

Lucas se apartó de la ventana y se pasó una mano por el pelo mojado.

Los dos a la vez miramos el móvil, pero seguíamos sin cobertura. Y encima nos quedaba poca batería.

Me mordí el labio. Notaba los dedos fríos, el cuerpo temblando, y no solo de miedo.

Estaba nervioso, igual que yo, pero sonrió solo para que me sintiera mejor.

¡Pero qué mono era!

—Fabiola, piensa en algo bonito. Así el tiempo pasará más rápido —me aconsejó mientras intentaba ver algo a través del cristal.

Y ahí fue cuando recordé que nos habíamos besado. Como si hubieran pasado cuatro siglos.

Me quedé quieta un segundo, procesando.

Cuántas cosas habíamos vivido desde que nos habíamos conocido. Era como si lleváramos compartiendo media vida. Media vida intentando fastidiarnos. Odiándonos. Y justo cuando pretendía quererlo… nos caía un meteorito encima.

¿El universo me estaría enviando señales?

—Parece que ha dejado de llover —dijo todavía con la cara pegada en la ventana—. Solo nos queda esperar a que alguien venga a por nosotros.

Tal vez, mientras esperábamos a que nos rescataran, podríamos distraernos haciendo… algo distinto. Algo juntos. Algo que diera gustito. Y… algo que me moría por hacer con Lucas. Pero no iba a ser yo la que se lo propusiera.

—¿Quieres? —le dije, enseñándole la bolsa de patatas que había cogido del suelo.

Me senté en el centro de la cama, con las piernas cruzadas y abrí la bolsa.

—No deberías comértelas ahora, no sabemos cuánto tiempo tendremos que permanecer aquí.

—Si tu intención es animarme, que sepas que lo estás haciendo como el culo. —Me metí un puñado de patatas en la boca, tan grande que apenas podía cerrarla para masticar.

—Perdón por no saber gestionar mi angustia. Es que es la primera vez que me traga un alud… ¡Ay! Perdón. Ya no sé ni lo que digo. Nada, tú come tranquila, seguro que llegarán antes de que nos tengamos que matar por las gominolas…

Y me acordé de Jorge Luis. Y casi lloro. No quería dejarlo huérfano. Y sonreí al recordar sus dientecitos. Su culete moviéndose cuando saltaba de cojín en cojín.

Un nuevo golpe seco, metálico, como de maquinaria pesada, me sacó del trance.

—¡Lucas! Igual es la pala quitanieves. Han venido a rescatarnos.

—Lo dudo —respondió, casi sin voz—. Primero tendrán que dar parte de nuestra desaparición… luego localizarnos y… después ir quitando nieve hasta llegar a la cabaña.

—Madre mía, espero que nunca te contraten de animador…

—Son solo las seis… —dijo, mirando la pantalla de su teléfono.

—¿Solo las seis? —Suspiré—. Parece que llevamos encerrados una semana.

Lucas probó a abrir la puerta principal, pero por debajo se colaba nieve y no se atrevió.

—Genial —murmuró—. Estamos sepultados.

Se sentó en la cama, apenas cabía. Le hice hueco. Pero era tan grande y la cama tan enana que Lucas se salía por los lados.

Sin que me lo esperara, me levantó la barbilla y me miró a los ojos.

—Te doy mi palabra de que vamos a salir de aquí.

—Espero que vivos. —Apreté los labios—. Todo lo malo tiene que pasar en Navidad, claro. Todo. Cuando creo que todo va bien, cuando casi me gusta la Navidad, ¡venga! Avalancha.

Él sonrió.

—Cuéntame algo —dijo como si única misión en esta vida fuera mantenerme entretenida.

—No sé qué contarte. Solo pienso que no quiero morirme.

Lucas me cogió la mano. La suya estaba caliente.

—No pienses así —me pidió—. Pero si tenemos que morir en Navidad… qué mejor forma que hacerlo juntos.

Lo miré sin poder creerlo.

—Estás fatal.

—Un poco —admitió.

Solté su mano.

—Yo no quiero morirme. Y menos contigo.

Él se tensó, y yo me di cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Intenté arreglarlo.

—Gracias. Eres súper romántica.

—Quiero decir… que prefiero que nos rescaten. Ya no quedan patatas. —Agité la bolsa vacía en su cara—. Y la ansiedad me da hambre, creo que me voy a comer las gominolas. Tarde o temprano tendré que comer. Y por muy bueno que estés, no creo que me guste comerte.

Lucas se rio tan fuerte que me sacudió casi todo el miedo. Me acarició la cara con el pulgar despacio. Y, aunque suene a puta loca, juro que sentí cómo sus ojos dibujaban el contorno de mis labios.

—¿Sabes? Cuando das voz a tus pensamientos locos, me vuelves loco a mí.

Me dio un beso cerca de la boca. Pequeño.

—Bueno —dije, tragando saliva—, que sepas que si tengo que comerte, empezaré por partes no visibles. Para que en tu entierro no tengas la cara desfigurada.

—¿Partes no visibles? —rio—. Acepto el trato.

Nos abrazamos.

Nos tumbamos de lado, encajados, con el calor del fuego y el frío colándose por las paredes.

Se fue la luz.

—¿Si te dan el trabajo, piensas quedarte a vivir en casa de tu madre? —me preguntó bajito, como si no quisiera que nadie más lo escuchara.

Se me hizo un nudo en la garganta que no había manera de tragar.

—Eso es lo que ella quiere, pero ya le dije que alquilaría una casa en el pueblo donde está el colegio.

—Yo viviría con mi padre…—Se quedó callado unos segundos —. Cuando compró la casa, su idea era convertirla en la casa familiar. Siempre soñó con que me instalara allí con mi mujer y mis hijos. Se muere por convertirse en abuelo.

Noté cómo me dolía el pecho.

—Veo que lo tienes todo controlado.

—Conocí a Recadero después de cumplir los dieciocho. Unos meses antes de que mi madre muriera —añadió.

Cerré los ojos intentando no llorar. Me acordé de mi padre.

Lucas me acarició la cara y cambió de tema.

—Si tu ex apareciera por esa puerta y te pidiera perdón… ¿volverías con él?

—¡Joder! Si apareciera por esa puerta, te cogería de la mano y saldríamos corriendo.

Volvimos a reír. Últimamente reía demasiado.

—Ahora en serio. Quiero que confíes en mí y me digas la verdad. ¿Serás sincera?

Se me aceleró el corazón.

—Aunque lo quisiera, nunca volvería con él. Pero no lo quiero —le aclaré.

—Y, ¿si no te dan el trabajo? ¿Qué tienes pensado hacer?

—No lo sé. Pero confío en que me lo den a mí.

Me miró con media sonrisa.

—Te había pedido sinceridad, pero no tanta.

Nos reímos.

—¿Sabes? Aunque nos conozcamos desde hace nada —dije rápido—, me gusta estar contigo. Aunque a veces te mataría.

—¿Aunque sea un viejito empotrador?

—Por favor, cállate —dije tapándome la cara.

—¿Y si me lo dan a mí?

Silencio.

—Si eso sucede, solo confirmaría que la dirección del centro no está bien de la cabeza —añadí, riendo—, yo habría puesto una alerta

con tu nombre: «Atención, este candidato tiene tres piernas. Una de ellas, tiesa».

—Eres idiota —dijo, acariciándome la cara.

—Pero me adoras.

—Eso no lo dudes.

Nos miramos. Me acomodé cerca de él y cerré los ojos.

—Intenta descansar. Yo estaré vigilando —me susurró con los labios cerca de mi pelo, acariciándome el cuello.

Y así, dejándome abrazar por mi medio grinch, bajo una avalancha y sin cobertura, pensé que por primera vez desde lo de mi padre, las Navidades no estaban tan mal.

Si salíamos con vida, prometí que me haría decoradora navideña y grabaría un disco de villancicos.

CAPÍTULO 16

LUCAS

El jardín estaba lleno de sillas forradas en terciopelo rojo, entre los árboles colgaban guirnaldas con ramitas de muérdago y al principio del pasillo central, habían dejado paquetes envueltos en papel de regalo con purpurina. Los vecinos trabajaban a destajo para dejar montado el altar. En menos de una hora, me convertiría en el hermanastro de mi *mejor* pesadilla.

—Lucas, hijo, necesito que subas —gritó mi padre asomado a la ventana de la planta superior.

No recordaba haberlo visto tan nervioso y emocionado desde que lo conocía. Iba a casarse, según él, con el amor de su vida. Y quería que todo saliera bien. ¡Ja! Qué Dios nos cogiera confesados a todos. Pero no sería yo el que le preguntara si se lo había pensado bien.

Cuando creí que ya lo había visto todo en esta vida, me encontré a mi padre frente al espejo de su dormitorio.

—Pero… ¿la boda no es ya? —pregunté preocupado al ver que todavía no se había vestido.

¿Habría cambiado de opinión?

—Sí, ¿por? —Se giró con una sonrisa, una que no se le borraba desde que llegué el día de Nochebuena—. Necesito que me sujetes bien el chaleco y ya podemos bajar.

Ahí estaba Recadero. O lo que quedaba de él, después de pasar por lo que parecía una transformación estética inspirada en algún personaje *aestetic* del apocalipsis.

—Por nada… —Disimulé como pude, pero me lo pensé mejor y fui sincero. Igual con los nervios no se había dado cuenta de que se había equivocado de ropa—. ¿Le ha pasado algo a tu traje de novio?

—Este es mi traje de novio…

Que el mundo se pare que me lanzo de cabeza.

Vestía un pantalón de neopreno negro ajustado que le marcaba las rodillas, los muslos y hasta la *moral*. La parte de arriba —si es que podía llamarse así— era una malla gris metalizada, tan pegada que, si respiraba fuerte, se le notaban los latidos… y sin respirar, los pezones.

—¿Te encuentras bien? —Me miró sin entender—. Da igual, no hace falta que contestes. ¿Qué necesitas?

—Que me ayudes con el chaleco. Ya te lo he dicho. Yo solo, no puedo.

Levantó por encima de su cabeza la prenda. Lo había tuneado. Era negro con cremalleras plateadas y hombreras acolchadas, como si esperara participar en una batalla campal en lugar de en una boda. La suya.

—¿Un chaleco antibalas?

—No encontré otra cosa. Apriétalo con cuidado, no quiero que se me caigan las hombreras durante el vals.

Definitivamente, mi padre había perdido la cabeza.

Juro que no me habría sorprendido verlo casándose disfrazado de Papá Noel, incluso, de Rodolfo el reno, pero guerrero futurista, jamás.

—Es un homenaje a *Los juegos del hambre*. Creí que sería evidente…

—¿Homenaje? No me jodas que te has disfrazado de Peeta Mellark.

Había visto las películas un par de veces. Conocía a los personajes, pero ¿cómo iba a imaginar que mi padre se casaría disfrazado de él?

Cuando acabé de ajustarle el chaleco antibalas, se sentó en los pies de la cama para ponerse las botas. Tan altas que le cubrían los muslos. Eran brillantes y estaban llenas de hebillas.

—¿Por qué te crees que mi futura esposa se hace llamar Pita?

—¡Joder! Pues porque se llama Josefa y usa un diminutivo —respondí, lo que cualquiera en su sano juicio hubiera dicho.

No me respondió, entró en el baño y cogió un bote de *spray*.

—Toma, ten cuidado y no me estropees el maquillaje. Dame aquí. —Se señaló las sienes.

Evité preguntar y obedecí.

—Listos. Vamos, no quiero llegar después que la novia.

Yo no tenía palabras, lo miraba de reojo y aguantaba las ganas de reír porque, más que a su boda, parecía que iba a un concurso de disfraces.

Aparecimos en el exterior, él con su pelo engominado hacia atrás con las sienes pintadas de blanco, y yo vestido de simple mortal con mi traje de chaqueta y una aburrida corbata.

Avanzábamos entre los invitados, saludando con solemnidad mientras un grupo de señoras armadas con panderetas, castañuelas y zambombas nos seguían sin dejar de tocar *El tamborilero* a ritmo de marcha militar.

Si la abuela de Peeta Mellark y Raphael —el cantante— hubieran tenido un hijo, ese sería mi padre.

Dato informativo: Todos iban con ropa de camuflaje tuneada.

Y al fondo, junto al altar, estaba ella.

Se me encogió el estómago. Desde el rescate, no nos habíamos vuelto a ver.

Llevaba un vestido rojo, uno normal, pero estaba preciosa. El pelo suelto, los labios pintados de negro y dos marcas verdes en las mejillas. Se me escapó una sonrisa. Muy Fabiola.

—Vamos, Lucas, no te quedes parado, deja pasar a las damas de honor —me pidió mi padre.

Me hice a un lado para dejar pasar al grupo de señoras que venían cantando y tocando detrás y se colocaron debajo de un

enorme cartel que ponía «Distrito doce».

Los Juegos del Hambre versión aldea rural navideña.

A la derecha, los hombres empuñaban tridentes de plástico y espadas hechas con cartones.

Silencio.

—Lucas, ven, tú y yo vamos aquí —me decía Fabiola, haciéndome señas con un abanico enorme.

Como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Como si no me hubiera largado del centro multiaventura sin mirar atrás.

Si no quería verla, imaginad ponerme a su lado, olerla, sentirla…, pero como buen hijo de mi padre, asumí que era mi obligación en un día tan importante para él. Después de la boda, recogería mis cosas y me largaría de allí. Es que no pensaba ni tomarme las uvas.

La música empezó de nuevo.

Panderetas, zambombas y un tambor improvisado con una olla exprés. Todo muy normal.

Giramos la cabeza hacia el arco del jardín trasero.

Pita, la madre de Fabiola, llegaba cogida de la mano de don Obdulio, que iba sentado en una silla de ruedas. Su alma cotilla lo había dejado impedido para un par de meses. Pita lo obligó a colarse en el centro multiaventura y, en un intento de retrasmitir nuestro rescate, se saltó el cordón policial, se pisó la sotana y cayó rodando ladera abajo.

La mujer caminaba como si desfilara por la alfombra roja del Capitolio, embutida en un vestido de encaje rojo fuego con reflejos dorados, decorado con llamas hechas en goma eva y cartulina, pegadas a la cintura y, a cada paso, agitaba la cola interminable como si fuera una folclórica. Y, cómo no, los vecinos le iban gritando:

—Olé, olé y olé.

Y ella, cuando callaban, los deleitaba con un zapateado muy flamenco y continuaba el paseíllo hacia el altar.

—No es porque sea mi madre, pero está guapísima —dijo Fabiola, ella a lo suyo.

Me fijé en el hombro de Pita durante unos segundos, hasta que identifiqué qué era esa cosa oscura que ondeaba cerca de su cara. Se había pegado con esparadrapo una pluma negra más grande que una carpa de circo. Y el tocado, lleno de purpurina, que llevaba enganchado a un recogido, le rebotaba a cada movimiento y soltaba destellos que me obligaban a apartar la vista para no quedarme ciego.

Las vecinas se vinieron arriba y gritaban desesperadas: «¡Guapa! ¡Viva la madre que te parió!», mientras tocaban las panderetas al ritmo de *Campana sobre campana*.

—No me lo puedo creer… —susurré.

La vieja que cantó el *Ave María* en la misa de Gallo apareció de entre el público —llevaba un tocado de un pájaro muerto enredado en el pelo— y sin que nadie se lo esperara empuñó los mangos de la silla de ruedas y corrió hasta estamparse contra el altar. Un: «oh», seguido de aplausos, acabaron con don Obdulio frente a nosotros con los brazos en alto y los dedos en señal de victoria.

El Litri, agarrado como un koala, grababa subido al árbol de Navidad.

—Esto es surrealista —dije bajito.

Fabiola sonreía como si todo aquello fuera de lo más normal. Yo estaba asustado. A todos se les había ido la cabeza. Y ninguno era consciente.

Mi padre le cogió la mano a Pita y, como dos adolescentes, se miraron en silencio con esa carita tonta que solo ponen los enamorados… o los que están a punto de cometer una locura muy grande.

—¿Y tu padre, aparte de *Los Juegos del Hambre*, de quién es fan? —preguntó Fabiola con la mano colocada en mi antebrazo—. Porque con esas canas, me recuerda a El Puma.

—No he querido preguntar —contesté, reprimiendo la risa.

Que no quisiera saber nada de ella, no quitaba que me resultaran graciosos sus comentarios.

El coro dejó de cantar.

Los novios seguían mirándose con adoración mientras el cura pedía silencio al público.

Y en ese momento… apareció Jorge Luis.

Daba saltitos entre los invitados con un cojín de tela de camuflaje atado a la espalda, donde llevaba los anillos enganchados a una granada.

¿Una granada de mano?

Imposible.

Parpadeé por si había sido una alucinación fruto de la puesta en escena de los sancocufenses o sancocufatenses —no se me había ocurrido preguntar cuál era la denominación correcta—, pero no.

Sin ninguna duda, era una granada. De las que, si les quitas la anilla, te revientan los dedos y hasta el alma.

—¡Ay, mi niño! —gritó Fabiola, dando palmitas.

Entonces fui yo el idiota que la miró con adoración.

¿De verdad estaba celebrando que su conejo paje llevaba un explosivo colgando del lomo?

Se formó un murmullo porque el conejo no paraba quieto y a mí me estaban entrando los siete males al ver que iba de un lado a otro con aquel artefacto zigzagueando peligrosamente.

A punto estuve de ponerme a gritar como un loco un ridículo: «¡A cubierta!», pero me contuve. Y ni siquiera sabría decir por qué. Igual es que ya no me importaba que todos nos fuéramos a tomar por culo.

—¡Jorge Luis! ¡Ven aquí, tesoro! ¡Ven con la abuela! —gritaba Pita, agitando un abanico con luces LED, que cuando apareció debía llevar escondido en la liga porque era la primera vez que lo veía

Los vecinos, en un despliegue de «inteligencia» colectiva, empezaron a lanzarle polvorones para llamar la atención del pequeño paje.

Error. Gordísimo.

Porque el conejo los esquivaba a toda velocidad y huía aún más rápido, alejándose cada vez más del altar.

—No huyas —le pidió Fabiola, que salió corriendo campo a través para darle alcance.

De repente, todos los invitados decidieron seguirlos, en comandita, armados con arcos de juguete, tridentes y un trasto que parecía un lanzador de pelotas de tenis, disparando polvorones al aire.

—No me creo que esté participando en esta locura —murmuré, mientras los seguía, más por tener controlada la granada que por sentirme parte de una familia de desquiciados.

Todos corríamos campo a través detrás de Fabiola, que perseguía a su incansable conejito como si fuera un pariente lejano del famoso conejito Duracell. Qué intensidad y qué energía…

—Cuando creía que todo volvía a la normalidad, llegan las Rivera a resetear el Universo —resoplé, sintiendo cómo la vida me iba abandonando en mi descenso por la loma como si fuera directo al infierno.

Ya no podía más, pero toda aquella gente dependía de mí. Tenía que salvarlos antes de que explotara la granada.

Después de quince minutos buscando al puto Jorge Luis, escuchamos un claxon.

—¡En la carretera! —avisó Fabiola, que iba la primera, apuntando con su enorme abanico.

A mí me faltaba el aire —era como si uno de los pulmones se me hubiera despresurizado por el calcetín—. Lo que no entendía era como toda esa gente podía correr y saltar matojos a la vez y, sobre todo, esquivar las ramas sin morir empalados.

—¡Bienaventurados sean todos los parroquianos! —saludó Apu subido en un triciclo, con Jorge Luis dentro de una cestita del manillar—. Cayó de aquella nube.

La gente aplaudió, mirando al cielo. El Litri grababa la escena con su móvil y yo intentaba no desvanecerme antes de arrancarle la granada al conejo de una puta vez.

—¡Ya ha aparecido! —celebró Fabiola con el conejo en su regazo.

La falta de oxígeno me obligó a quedarme embobado admirándole el culo y me olvidé del motivo por el que los había seguido. Fantástico.

Y en un abrir y cerrar de ojos, ya estábamos de nuevo frente al altar, preparados para continuar con la boda, cuando un invitado gritó:

—¡Que alguien pare al cura!

Don Obdulio había intentado poner el freno a la silla de ruedas, pero lo único que consiguió fue perder el control y precipitarse cuesta abajo, directo al Belén viviente, cuyos componentes cantaban, muy orgullosos: *Que canten los niños, que alcen la voz…*

Los invitados gritaron tras el impacto. Los del coro, convertidos en los músicos del Titanic, siguieron con la canción como si su papel en esta vida fuera amenizar la tragedia, aunque se los fueran a llevar por delante.

Un «¡ay!» colectivo anticipó lo inevitable… empezaron a caer como piezas de dominó montaña abajo.

Y yo preocupado por si explotaba el cojín, cuando el verdadero peligro eran ellos, que iban a acabar matándose entre sí por torpes.

Silencio.

Fabiola me miró.

—¿Tú no serás patrón de barco o concejal en tus ratos libres? ¿Podrías seguir tú con la boda?

Abrí tanto los ojos que me dolían.

—¿Cómo lo hacéis? —le pregunté todavía en *shock*.

—¿El qué?

—¿Cómo que el qué? Destruir todo lo que tocáis. No me jodas.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, poniéndome morritos y casi caí en su trampa, casi.

Aquella mujer era mi kriptonita, pero todavía me quedaba una poquita de cordura y no iba a caer conmovido por su pena.

—Fabiola, ¿a ti te parece normal todo lo que ocurre cuando estás cerca? —Frunció el ceño, pero no me interrumpió—. ¿O que nos quedemos aislados y sepultados un día entero, que se dice pronto, bajo una avalancha artificial?

—Fue lo que pasó. Debe ser normal…

—Normal, no. Esa palabra no existe cuando se trata de ti —grité como un loco, mientras todos los vecinos, que desconocía en qué momento habían resucitado, nos rodeaban en silencio para no perderse nada—. Todo pasó por tu culpa.

—¿Qué? —Abrió los ojos y se golpeó el pecho—. No puedes hablar en serio. No entiendo por qué estás tan enfadado.

—Me hiciste creer que íbamos a morir. ¿Estamos locos? —me quejé sujetándome la cabeza.

—¡Oh! —los vecinos decían cuando los dos nos callábamos.

—¿Te hice creer? Yo también pensé que iba a morir y que tendría que comerme tus partes no visibles…

—¡Oh!

—¿Quién arrancó aquella rueda del cuadro eléctrico? Tú. —La apunté con el dedo—. ¿Quién activó los ochenta lanzanieves del complejo? Tú. Los dejaste en modo infinito. Se recalentaron y por eso explotaron. Y todo el universo se llenó de nieve. Y desaparecimos del mapa.

—Vale, no fue una nevada épica sin precedentes. No, pero la culpa no fue solo mía. Reconoce que te pone echarme siempre la

culpa a mí de todo lo que sucede.

—¡Oh!

—Es que no sé qué decirte… De verdad —me quejé con las manos colocadas en la nuca.

Como si nada fuera con ella, acarició al puto conejo, dio una vuelta y se puso de puntillas.

—Se suponía que tú eras el experto en catástrofes, ¿no? Podrías haber preguntado qué piececita faltaba entre las pestañas al ver que nevaba tanto y al escuchar aquellos golpes contra el techo.

—Claro, porque todo el mundo sabe que cuando cae una tormenta, la nieve cubre los cristales y se cuela por debajo de la puerta es porque alguien ha arrancado una rueda. Una puta rueda —grité fuera de mí.

Ya no podía controlarme.

—Sigo pensando que deberías haber preguntado. —Y con dos cojones se cruzó de brazos.

Cerré los ojos e intenté acompasar la respiración.

—Yo… yo no sé por qué estoy aquí intentando encontrarle la lógica a… —No me salían las palabras—. Y ahora se cancela la boda…

Discutir con ella se había convertido en algo peligroso, porque mi cerebro sabía que debía callarme, dar media vuelta y largarme, pero algo dentro de mí me obligaba a seguir aquella guerra sin sentido.

—¿También tengo la culpa de eso? Como si yo hubiera animado al cura a despeñarse bosque abajo para hacer el descenso del Sella, en San Cucufato del Frío. Y también de que se haya quedado colgado de un pino con la silla de ruedas enganchada en la escayola.

—Si es que llamáis al peligro… Tu madre y tú sois unas intrépidas. ¿A quién se le ocurre que sería divertido ponerle una granada de mano atada a la espalda de un conejo? En cuanto el

padrino quitara los anillos… —Y me iluminé—. ¡Joder! El padrino soy yo… ¿Queríais matarme?

Empecé a dar vueltas por el jardín con el corazón dándome coces en el pecho.

—Lucas, siento decirte que tienes un problema de manía persecutoria. Para tu información y, supongo que para tu tranquilidad y paz mental, el padrino es don Obdulio —dijo ella, tratándome como un histérico que tenía alucinaciones—. Además, la granada es de chocolate.

Se agachó y, de un tirón, la arrancó del cojín para metérsela en la boca. No me dio tiempo ni a quitársela ni a lanzarla lo más lejos posible, porque empezó a masticarla. Con los labios llenos de chocolate verde camuflaje, me sonrió.

Intenté contenerme, pero fue imposible.

Me dio un ataque de risa nervioso tan fuerte que casi acabé sentado en el suelo o rodando monte abajo.

Fabiola me miró con los ojos brillantes, intentando no reírse también.

Y entonces lo entendí:

Mi condena eterna era haberme enamorado de Fabiola y saber que no me convenía si no quería morir joven.

CAPÍTULO 17

FABIOLA

Hacer la maleta a contra reloj era mi nueva terapia de choque.

Camisetas, bragas, un jersey que picaba con solo mirarlo y mi orgullo hecho una pelota al fondo como si su misión fuera esa, no servir de nada.

—¿Quieren que cante villancicos? Pues canto villancicos… Faltaría más: *Navidad, Navidad… puta Navidad…*

Necesitaba largarme de aquella aldea sin que nadie me viera llorar. Era lo único que me quedaba para disfrutarlo yo solita. Porque a partir de ese momento, tenía que asumir que mi pareja sería la soledad.

—Claro, todo el mundo elige a don Perfecto, a don Polla tiesa —murmuré, encajando el neceser a empujones contra los zapatos de cascabeles que me regaló mi madre—. Pero no pasa nada. A mí que me den. Allá me quede yo con la mala suerte, el caos y un conejo con nombre de escritor que quiere más a un desconocido que a su madre. Muy bien todo.

No sabía por qué me sorprendía, todo el mundo adoraba a Lucas, incluso… yo.

La puerta se abrió de golpe. Mi madre entró aún vestida de rojo, con la pluma negra pegada al hombro como si se hubiera hecho un torniquete con esparadrapo, y el tocado lanzando destellos como una boya en mitad del mar.

—Fabi, cariño, cálmate —dijo sin respirar, rozándome el codo—. Piénsalo. No te puedes ir el día de Nochevieja. Menos hoy… que celebramos mi boda.

—Tu boda de mentira, querrás decir —respondí, subiéndome a la maleta para poder cerrarla.

—A ti lo que te pasa es que tienes celitos de tu hermano.

Peor que si me hubiera disparado a quemarropa con un bazuca, bazoca o cómo mierdas se dijera. Pero dolió. Mucho.

—¿Tú te escuchas? Es ridículo. Primero porque ese no es mi hermano y nunca lo será. ¡Por Dios!, si lo conozco desde hace siete días y cuatro horas —le aclaré con el dedo en alto. Y no le dije los minutos, porque no quería parecer una perturbada obsesiva—. Y segundo, porque yo a ese no le tengo celos. Celos, ¿de qué?

Me pareció ver que se le formaba una diminuta sonrisa, pero la ignoré, no quería decir cosas de las que luego me arrepentiría —decirlas, porque pensarlas las pensaba—.

Mi madre cerró la maleta con un latigazo de muñeca y me señaló la cama.

—Siéntate. Cuéntame, ¿a ti qué te pasa? ¿Querías más protagonismo en la boda? ¿Pertenecer al Distrito doce?

La miré con una sonrisa cínica con la mano en la frente.

—¡La hostia! Estás peor de lo que pensaba… Mamá, céntrate. No eres Katniss Everdeen y no estáis casados. Que parezcas una loca no significa que lo seas. Y si lo estás, lo disimulas. —Me agaché para darle un polvorón a Jorge Luis, que mordisqueó el papel como si fuera un *delicatesen* de puré de zanahoria ecológica.

—Te guste o no, estamos casados. Hay una aldea entera de testigos —replicó, elevando la barbilla.

—Por favor, hablas de la aldea como si fuerais una tropa. Que sois doce vecinos…

—Es mi tropa. El Distrito Doce —me contestó convencida, yo resoplé. Necesitaba paciencia—. Y para tu información, el día dos llevaremos los papeles al Juzgado de Paz del pueblo de al lado.

Empezó a dar vueltas por la habitación con una energía que no era ni medio normal, como si estuviera contando las calorías que quemaba o consiguiendo los pasos que necesitaba para que su reloj pitara antes de acabar el año.

—Perfecto. Ya que vas al pueblo, pide cita con el psicólogo. Y deja de dar vueltas, me estás poniendo histérica. Ya no sé dónde mirar. —La agarré de la muñeca y paró en seco—. Escúchame, no había cura, no había funcionario. Nadie con potestad para casaros. El que estaba en el altar era Apu 2.0.

—¿Apu 2.0? —Frunció el ceño—. ¿Ese no es uno de Los Simpson? ¿A ver ahora quién es a la que se le va la cabeza?

—¡Mamá! —Me eché las manos a la cara—. El indio del triciclo. El del bigote pintando con rotulador permanente.

—¡Ah!, Rahul. Y es hindú, que, si estamos tan quisquillosas con los conceptos, no es lo mismo que indio. Él no lleva plumas —dijo, tocándose la que llevaba en el hombro.

—¿¡Cómo se va a llamar Raúl un indio!? —Me quedé mirando al techo.

Se acercó al Belén y cambió de sitio a los burros. Ella como si oyera llover. Se giró a cámara lenta, me agarró por los hombros y me dijo muy despacio:

—Hindú. Y se pronuncia: Raa-hul. Prueba, alarga la segunda a… —Volví a resoplar, pasaba de discutir—. Y la boda es válida porque ese al que llamas Apu 2.0 es el máximo representante de la aldea. Es concejal en el pueblo de al lado, para tu información.

En cuanto me despertara de esa pesadilla, todo volvería a la normalidad, porque nada era normal. Nada.

Se escuchó el timbre. Mi madre antes de salir del cuarto, se detuvo en el marco de la puerta.

—Piénsatelo, Fabi. No te vayas esta noche. Es importante para mí.

Se fue. Me senté en la cama. Miré el Belén, cómo las lavanderas movían los brazos y busqué dónde había dejado a los burros, que ya no giraban alrededor del granero.

La realidad era que yo no quería irme. Lo que quería era que Lucas viniera a casa de mi madre, me mirara como lo hizo en el

banco de la ermita, y me pidiera que me quedara. Y ya puestos… que me abrazara y besara.

Que se mojara él.

Cerré los ojos y lo visualicé junto a mí, frente al altar, guapísimo, justo antes de que se escapara Jorge Luis con los anillos.

Había sido injusta, lo sabía. Me porté mal con él. Pero no estaba tan loca como para reconocérselo.

Me asaltó un recuerdo en la cabaña. Los golpes en el techo. Los dos saliendo de la cama, medio enredados en la manta de leopardo, y antes de poder reaccionar entraron los del GREIM por la ventana con cara de «estos dos son imbéciles». Lo confirmé cuando el jefe, muy serio, nos explicó que habíamos activado los cañones de nieve y los dejamos en modo *apocalypse now*.

—*Girasteis la rueda…*

—*¿Qué rueda?* —preguntó Lucas.

—*Ha sido un alud artificial* —confirmó el segundo que entró por la puerta.

Quise que me tragaran las llamas. Corrí a la mesita, cogí la maldita rueda que había arrancado del cuadro y la lancé a la chimenea. Rebotó. Y mi mala suerte quiso que le diera a Lucas en la entrepierna.

—*¡Ay!* —un quejido nada glamuroso llenó la habitación. Y Lucas me asesinó con la mirada.

Fin.

Volví a la realidad. Dejé a Jorge Luis en la cama, me sequé las mejillas con la manga y bajé al salón.

Antes de pisar el último escalón, me llegaron unas voces.

—No puedes hacernos esto, hijo —decía Recadero—. Ahora somos una familia. Tienes que comprender a Fabiola; está aprendiendo a ser tu hermana.

Me quedé parada en la escalera, con un pie en el aire.

—Estáis todos locos —respondió Lucas alto y claro—. ¿Cómo tengo que deciros que no es mi hermana?

Sonreí.

—Dale tiempo —insistió mi madre.

—Eso es precisamente lo que no quiero —dijo él—. Ni tiempo ni «hermana».

La frase se me clavó en el esternón, justo donde las divas lucen joyas caras y yo no llevaba nada.

—Hola, Fabi. Ven, queremos hablar con los dos —me pidió mi madre, que, sin necesidad de girarse, supo que estaba escuchándolos.

Me acerqué despacio, mirando al suelo para no cruzarme con los ojos de Lucas.

—¿Podéis sentaros? —nos pidió Recadero.

Lucas también evitaba mirarme. Al lado del sofá había una maleta. Me ardió el pecho. Se iba. Cómo pretendía que él me retuviera si tenía pensado largarse. *Asúmelo, Fabiola, para él no eres importante*. *Para él… no eres nada*.

—Ahora que nosotros estamos casados —empezó mi madre, cogida de la mano de Recadero—. Os vais a ver más. Aunque no os soportéis o no entendáis por qué nos hemos casado, fingid. Para dos horas al mes que coincidiréis, creemos que seréis capaces de soportarlo.

Recadero asintió.

—No vamos a renunciar a nuestra felicidad —añadió toda digna —. No hacemos nada malo: solo querernos y pretendemos compartir el tiempo que nos quede. La vida son cuatro días y no podéis estar discutiendo tres y medio.

Se me encogió el pecho. Las lágrimas me bajaron sin consultar. Lucas me miró un segundo; luego apartó la vista.

Mi madre nos cogió de la mano a la vez.

—Me da igual que no os lo creáis —dijo—. Pero, a partir de ahora, comportaos como hermanastros, que es lo que sois. Esta noche celebraremos la Nochevieja y el convite de la boda en la plaza de la ermita. Todo el pueblo nos está esperando. Se han dejado tiempo y dinero para que salga como lo soñamos.

Luego me apuntó con la pluma del hombro.

—Y yo no tengo la culpa de que tu padre se muriera en Navidad. Nadie la tiene, Fabiola.

—Mamá, ahora no —dije con los ojos cerrados y la pena agarrada a la garganta.

—Ahora sí. Ha llegado la hora de aclarar las cosas. Tampoco tengo la culpa de que no sepas elegir pareja. —Miró de reojo a Lucas—. Y no creo que sea cuestión de elegir: a veces sale bien y otras, no. Pero sí tengo culpa de no haberte hecho reaccionar antes. De no obligarte a ver que la vida sigue. Te ríes de mí por vestirme así para mi boda. ¿Y qué? Es lo que yo quería. Y Recadero también. O no. A saber, porque ni se lo he preguntado. ¿Ves? Yo también puedo ser egoísta y feliz, porque he encontrado a un hombre maravilloso…

Se giró hacia él.

—Cariño, cuando creas que ya es suficiente, me paras —le pidió ella con las manos colocadas en la mandíbula de Recadero.

—Ya, ya… —respondió entre risas él, y la besó en los labios.

Lucas se levantó, cogió su maleta y se paró en mitad del salón.

—Os espero fuera —dijo muy seco.

—No, primero un abrazo de familia —pidió su padre, con los brazos abiertos.

Nos juntamos como pudimos. Yo cerré los ojos. Lucas olía a él, a madera y a descontrol.

Por un microsegundo me sentí valiente y quise decirle lo que sentía. Y que el día uno el sol saliera por donde le diera la gana. Vivir el momento, como decía mi madre.

Noté un golpe detrás de las rodillas, se me doblaron las piernas y me fui contra el pecho de Lucas. Don Obdulio, a bordo de su silla de ruedas, frenó tarde y provocó que nos abrazáramos.

—Yo también quiero cariñitos —anunció triunfal.

Nos reímos. Nuestros padres aplaudían y lloraban con una sonrisa que les ocupaba toda la cara.

Yo respiré hondo. No sabía si quedarme o salir corriendo.

Miré a mi madre. A Recadero. A don Obdulio. Y, sí, también a Lucas.

Una familia curiosa, pero una familia de que la ya formaba parte. Y como el destino era muy cabrón, supe que había elegido a la mejor que podía tener. Al menos, una vez al mes.

CAPÍTULO 18

LUCAS

Había días en los que uno debería aceptar su destino como un campeón para evitarse problemas mayores. Pero yo no tenía tan claro aceptar el mío, que no era otro que pasar la Nochevieja fingiendo que me llevaba bien con la reencarnación de Satanás en versión angelito despeinado.

El coche olía a bosque. No porque llevara colgado del retrovisor un ambientador en forma de pino, el aroma se debía a las ramas que Fabiola había talado en un «sin darme cuenta» al subir a mi coche. Entró y cerró la puerta con la elegancia de un leñador de Canadá. Y desde la guantera hasta la bandeja del maletero nos acompañaba la mitad de un abeto.

—No pongas esa cara —dijo, mirando por la ventanilla.

—¿Qué cara? —pregunté.

—La de «ojalá un meteorito caiga sobre mi asiento antes de llegar al badulaque».

Tenía razón. Pero no iba a dársela.

¿Por qué narices íbamos los dos juntos, como buenos herma… nastros? Porque el universo me odiaba.

Abrazo familiar, promesas forzadas —solo os pedimos que esta noche sea especial— y una misión.

El plan era simple.

Aparentar que éramos dos adultos civilizados que podían compartir oxígeno sin lanzarse objetos contundentes mientras nos tragábamos las uvas y celebrábamos la boda de nuestros padres. Querían «unidad familiar» y «un fin de año en paz». Lo que yo quería era anestesia general indefinida y despertarme en la cama de mi apartamento en agosto.

—Me alegro de que lo hayáis entendido —dijo Pita, arreglándose la pluma del hombro.

—Os esperamos en la plaza de la ermita para cenar. A las siete allí —añadió mi padre.

Fabiola se dirigía a las escaleras, cuando su móvil empezó a sonar. Al mirar la pantalla, palideció.

—¿Qué te pasa, niña? Parece que te esté llamando el fantasma de las Navidades pasadas… —le dijo don Obdulio, casi riendo.

—Peor. Es mi ex —respondió ella con el teléfono pegado al pecho, como si así, la llamada fuera menos real.

Yo me tensé.

—Qué ilusión —murmuré.

No contestó. Cuando la llamada se cortó. Volvió a sonar. El tipo insistió un par de veces más.

—¿No piensas responder? —se interesó Pita. Fabiola negó.

Recibió un mensaje y, como si el resto fuéramos adornitos de Navidad, lo leyó en voz alta. Quizá para justificar la cara que se le estaba poniendo o para confirmar que de verdad estaba pasando.

—En dos horas paso a recoger a Jorge Luis. Espero que no le hayas hablado mal de mí… y me monte un pollo antes de ponerse el pijama.

Mi cerebro tardó dos segundos en recordar que Jorge Luis no era un niño, sino el conejo belier. Sin duda, el ex otro loco.

De nuevo, otro mensaje. En esa ocasión no lo leyó en voz alta.

—¿Cómo que recoger? —pregunté sin creerme lo que había escuchado.

—Mamá, ¿qué vamos a hacer? —Se pasó las manos por la cara y cerró los ojos.

—Fabi, no te agobies, mujer. Y no te enfades, pero él tiene el mismo derecho que tú…

—No acabes la frase —le pidió en un susurro—. Dice que ha pedido la custodia total de Jorge Luis. Que como yo ahora no tengo ingresos… ¡Quiere quitármelo porque se niega a que le dé de comer pienso de marca blanca! ¿Te lo puedes creer?

—Increíble. Qué barbaridad —soltó don Obdulio, dando vueltas con la silla de ruedas por el salón.

—Y antes de que digáis nada —explicó Fabiola a todos, pero mirando a su madre—. Borja no tiene el mismo derecho, directamente, no tiene ninguno. A Jorge Luis lo he criado yo. Si por él hubiera sido… mi pobre chiquitín estaría muerto, y ahora viene de padre del año.

—¿Has intentado negociar con él? —Me dejé llevar por la locura colectiva y entré al trapo.

—Si lo conocieras, no preguntarías eso… Se lo van a comer…

Tragué saliva.

—¡Ay! ¡Virgen Santa, patrona de las mascotas comestibles! —dijo el cura con las manos apuntando al techo.

—Como bien has dicho, no lo conozco, pero si insiste tanto en reclamar la custodia… y le está poniendo tanto empeño, igual, deberías reconsiderarlo. Supongo que para ti será duro dejar que viva la mitad del tiempo con él…

—Mira, mira, por qué me preocupo —me dijo, medio llorando, acercándome a la cara su teléfono con una foto de una paella gigante y mujer que levantaba un trofeo por encima de su cabeza.

Todos nos interesamos por aquella imagen que hacía llorar tanto a Fabiola.

—Mirad lo que ha escrito: *Tu exjefa te saluda. Ha ganado el concurso de paellas que organiza el AMPA del colegio. La mejor paella con conejo*… —Y dejó de hablar.

Se rompió y lloró tan fuerte que me dolió el pecho.

—Está peor que tú —dije al procesar el significado de aquel mensaje.

Ella me lanzó una mirada envenenada, con los ojos húmedos y la cara roja. Y eso, maldita sea, me jodió más de lo que debería.

Intenté arreglarlo:

—A ver, si quiere la custodia, que la pida. Pero que se prepare para explicar ante el juez cómo planea criar a un conejo conviviendo con la hermana de Hannibal Lecter.

—¡Ay, Luquitas! Calla un poquito, guapo. Si yo sé que pretendes animarla, pero hijo, tu sarcasmo no ayuda… —me riñó Pita, que intentaba consolar a su hija—. Fabi, aún quedan esperanzas. Cuando te den el puesto de directora ya no tendrá excusas…

Y lo dijo mirándome. Muy sutil. Si insinuaba que debía renunciar al puesto de director en favor de su hija para salvar el destino de aquel conejo, estaba muy equivocada, porque no pensaba hacerlo, solo por puro orgullo.

Aunque dudaba de que alguien en su sano juicio me contratara después del numerito que monté con las pastillas pitufas de mi padre.

—Dile que no estás con tu madre —le recomendó mi padre. Fabiola lo miró con el ceño fruncido, aguantando la respiración—. Que te fuiste después de Navidad a pasar fin de año a Rabbit Island, en Camboya. Ganas tiempo. Mañana ya nos preocuparemos.

¡Joder con mi padre! Ahí, alentando la locura conejil de Fabiola como si a ella le faltara imaginación. Ya los veía contratando a Bugs Bunny para conseguir la custodia de Jorge Luis, mientras ella solicitaba la residencia permanente en Camboya.

Y cuando todo parecía más calmado y ella enviaba un mensaje, sonó mi móvil. Era mi ex.

—No puede ser —dije riendo.

Su voz empalagosa me rebotó en el oído:

—Hola, Lu. ¿Cómo estás?

—Fenomenal, gracias. ¿Qué tal por el infierno?

—Calentita… Pero yo te llamaba para darte la enhorabuena… Gracias a tu vídeo, no dejan de llamarme todos nuestros amigos. Estarás contento, ¿no?

—Gracias por la parte que me toca, supongo —respondí sin saber a qué se refería. Sus carcajadas se me clavaron en el esternón y recordé por qué la odiaba—. Pero ¿de qué cojones estás hablando?

Me quedé con las dudas, porque me mandó a la mierda y colgó. Yo pasé de llamarla.

Fabiola arqueó una ceja.

—¿Te ha llamado para reírse de ti? ¿Suele hacer estas cosas? —preguntó interesada.

—Lo hace desde que me puso los cuernos. Es una tradición antes de las uvas.

Fue entonces cuando ambos recibimos el *mail*.

—Vale ya de telefonitos… —se quejaron nuestros padres al ver cómo los dos leíamos en voz alta concentrados.

Lamentamos informarles que, tras las imágenes difundidas, la dirección del centro ha decidido no continuar con el proceso de selección. No es necesario que responda a este mensaje ni se ponga en contacto con nosotros.

Me quedé mirando la pantalla.

—Ni que nos hubieran pillado follando —murmuré.

—¿De qué imágenes hablan? —preguntó mi padre.

—Ni idea —respondimos Fabiola y yo como si nos hubiéramos puesto de acuerdo para defender la misma versión.

—¿Vosotros habéis… habéis intimado hasta ese punto? —preguntó con miedo Pita.

—Lucas, a veces no hay quién te entienda. ¿Qué parte de compórtate como un hermano no entendiste? ¿Y grabándoos? Vale, puedo comprender que os hayáis acostado, la carne es débil, pero

¿dónde está la gracia de compartir vuestra intimidad? —gritó mi padre.

—Eh, que yo no me he acostado con él, bueno, con nadie en los últimos diez meses —aclaró Fabiola y yo sonreí al enterarme de que llevaba casi un año sin acosarse con su ex.

Vale, la historia se me estaba yendo de las manos. Pero me alegré, joder.

—Coged vuestros abrigos. Nos vamos —ordenó Pita mientras se pegaba otra tira de esparadrapo sobre la punta de la pluma—. Nos olvidamos de custodias, de caníbales y de vídeos porno. Vamos a celebrar nuestra boda y a recibir el nuevo año como se merece.

Lo siguiente que recuerdo es a mí, caminando hacia mi propia ejecución públiconavideña.

❄ ❄ ❄

Llegamos a la plaza de la ermita justo cuando encendían y apagaban una pantalla gigante que habían colgado del campanario para ver la retransmisión en Televisión Española, porque nadie quería ver a la Pedroche.

El pueblo entero estaba allí: los doce vecinos, el cura bebiendo a morro de una botella de anís y la vieja del tocado del pájaro muerto manejando el sonido y las luces. Cuando todavía no habíamos saludado a nadie, empezaron a sonar las voces de los Pitufos makineros mezclada con un chunda chunda extraño. Alguien sacó el palo de la escoba con el muérdago colgando y empezó a moverlo sobre nuestras cabezas. Todos gritaban:

—Beso, beso, beso…

Y como un maldito *déjà vu,* en esa ocasión, fui yo el que besó en la mejilla a Fabiola.

La vieja seguía pinchando con una pasión enfermiza, tanto, que parecía la hermana uva-pasa de Paquirrín amenizando una

despedida de soltero en Ibiza.

La gente se volvió loca. Todos cantaban con los brazos pegados al cuerpo y saltaban como si llevaran un muelle en los pies, golpeándose unos a otros.

Pita y mi padre se marcaron el baile de *Pulp fiction* a ritmo de villancico. Fabiola y yo observábamos la escena aguantando las ganas de reír o de llorar.

La música paró y la pantalla se iluminó. En vez de salir el típico y esperado mensaje despidiendo 2025, apareció un vídeo.

Genial. De puta madre.

Fabiola y yo. Una tarta voladora y un calvo amenazándonos.

Silencio sepulcral.

Después, una carcajada colectiva, tan sonora que podría haber derretido la nieve que nos tragó en el centro multiaventura, invadió la plaza y se extendió hasta perderse por algún remoto bosque de Noruega, donde nuestro vídeo ya debía de haber llegado.

El vídeo era tremendo. Fabiola, con el brazo en alto para robarme la tarta de mojito, trepaba por mi cuerpo como si yo fuera una cucaña navideña. Alguien lo había editado antes de compartirlo. Ella subía, bajaba y volvía a escalarme, una y otra vez. Todo se repetía en bucle.

Yo giraba con la tarta en alto y, a cámara lenta, se la estampaba en la nuca del calvo, que salía disparada en cientos de trocitos. Luego, en un efecto boomerang surrealista —digno de Steven Spielberg empachado de polvorones—, la tarta se reconstruía y regresaba a mi mano como si nada.

La Guardia Civil, con un roscón de Reyes ocultándoles la identidad, se partía de risa. Primer plano de mi careto, con las manos en la cabeza y la tarta chorreándome entre los dedos. Y Fabiola, toda cubierta de crema de mojito, parecía estar protagonizando un *spot* erótico de madrugada…

Patético. Y por lo visto, excitante. Porque mi entrepierna decidió despertar de su letargo al ver lo adorable que Fabiola salía en pantalla.

Su madre se llevó las manos a la cabeza. Mi padre, en cambio, se acercó y me susurró:

—Estas cosas solo te pueden pasar a ti. ¿Cómo lo haces?

—Gracias, papá. Tú siempre apoyando.

—Si lo que pretendías era no conseguir el puesto de director, lo has bordado.

Pita también reprendía a su hija:

—Y tú luego lloras porque vas a perder la custodia del conejo, pero con estos espectáculos, lo mismo te la quitan y se la dan a Rahul. Da gracias que su plato estrella es el pollo al curry y no…

—¡Mamá! —gritó Fabiola.

El cura levantó la botella de anís, rascando el cristal con una cucharilla:

—El perdón os llevará a la vida eterna, hijos míos…

Yo suspiré. Fabiola me miró.

—¿Qué se supone que significa eso que ha dicho? —me preguntó, medio llorando, medio riéndose mientras señalaba a don Obdulio

Le tomé la mano.

—Ni idea. Solo sé que tenemos que rebobinar.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? —murmuró sin soltarme.

—Vamos, por el camino te cuento.

Y mientras llegábamos al coche le expliqué mi plan.

Teníamos que volver al badulaque de Apu 2.0 y comportarnos como adultos sin taras mentales. Pedirle al encargado que nos

grabara comprando la tarta de mojito, y sonreír a cámara. Luego colgar el enlace en los comentarios del vídeo viral.

Ella me miró como si acabara de proponerle un atraco, pero aun así aceptó participar. Y por eso íbamos camino de la tienda donde todo comenzó.

—¿Tú crees en la magia de la Navidad? —preguntó, cerrando la puerta del coche con medio abeto dentro.

—No. Pero creo en los vídeos virales.

Arranqué el motor, intentando no lanzarla por la ventanilla.

Adultos normales, me repetí un par de veces.

Quizás era una locura, pero si existía alguna posibilidad de redención —y de que se creyeran que aquel momento solo fue una broma—, teníamos que volver al punto de partida. En esa ocasión, fingiendo ser responsables y cruzar los dedos para que funcionara.

Yo lavaría mi imagen para conseguir el puesto de director y Fabiola… conseguiría la custodia de Jorge Luis.

Todos contentos. O no.

CAPÍTULO 19

FABIOLA

A ver, lo admito, la propuesta de Lucas era una chorrada monumental.

Pero después de que media España, y parte del extranjero, se riera de nosotros con un vídeo donde trepaba por su cuerpo como una mona en celo, cualquier propuesta —por absurda que fuera— merecía una oportunidad.

Y, sinceramente, si eso servía para que Borja no se quedara con Jorge Luis, yo estaba dispuesta a invocar al mismísimo espíritu de la Navidad, aunque tuviera que vestirme de mamá Noel y lanzarme por una chimenea encendida.

Empujamos a la vez la puerta del badulaque y entramos al trote.

El encargado —con su original bigote pintado con rotulador permanente— levantó la vista del mostrador como si fuera la primera vez en su vida que nos veía.

—¿En qué puedo ayudarles, honorables señores? —preguntó, pausado sin perder su acento cantarín, ajustándose el turbante color mostaza.

Lucas y yo nos miramos.

—*Honorable dependiente*, necesitamos un favor —dije con la mayor seriedad posible.

—¿Qué clase de favor? —Levantó una ceja y torció la boca—. Los sexuales no están estipulados en mi contrato, amabilísima doncella —aclaró él, juntando las manos como si estuviera a punto de bendecirnos.

Y yo di gracias al cielo. Solo me faltaría… da igual.

Sin perder tiempo, Lucas y yo sacamos los móviles a la vez.

—Queremos que nos grabe —dijimos al unísono.

—¿Forma parte de una promesa a vuestro Altísimo? ¿Una apuesta navideña para ver quién duerme en el lado izquierdo del lecho? Porque actos sexuales no grabo…

Desconocía qué clase de favores le pedía la gente, pero o se había intoxicado con el curry o iba hasta las cejas de *ayaguasca* o como se dijera.

—No hagas demasiadas preguntas —le rogué—. Pero puedes estar tranquilo, que será un vídeo para todos los públicos.

Apu suspiró, se encogió de hombros y aceptó el reto.

—Como deseen, excelentísimos clientes. Advierto que no soy un profesional.

—Da igual, tú graba —le pidió Lucas.

Salimos corriendo por el pasillo central como si nos persiguiera una horda de elfos amorosos. Y de manera sincronizada, nos lanzamos contra la vitrina de los congelados.

La luz del frigorífico nos iluminó igual que si estuviéramos presenciando una revelación Mariana. Respiré hondo y, por un momento, sentí el impulso de alisar mi abrigo y atusarme el pelo para salir monísima de la muerte en YouTube.

Me miré en el reflejo del cristal y… maldita sea, Lucas estaba guapísimo. Así no podía concentrarme.

Tenía la habilidad de parecer irritante y atractivo al mismo tiempo.

Se me escapó un suspiro que disimulé con una tos.

—¿Preparada? —preguntó con su tono de locutor de programa cochino, que le escuché la primera vez que nos vimos.

Sentí un pequeño calambre en el estómago al recordar nuestro primer encuentro y sonreí.

—Listísima —contesté, agarrando la manivela de la vitrina.

Él hizo lo mismo.

Nuestros dedos se rozaron. Nada del otro mundo, solo un toque leve. Pero fue suficiente para que una corriente eléctrica me recorriera desde el brazo hasta la nuca.

Abrimos. Y a la vez, metimos la cabeza dentro. Una ráfaga de aire frío me bajó un poco el calentón, pero solo un poco.

—No hay tarta de mojito —susurré sin mover los labios.

Lucas giró la cabeza, serio, y asintió.

Apu nos seguía grabando, así que fingimos una sonrisa perfecta, de esas que te estiran los labios y pican.

Y empezamos a caminar, sincronizados, como dos concursantes de *Humor Amarillo* a punto de ganarse un lechugazo, rumbo a la sección de verduras.

Habrá que improvisar sin perder la alegría.

—¡A por hierbabuena fresca, mi queridísimo Lucas! —solté en voz alta, como si de pronto estuviéramos en un musical.

Él sonrió y me hizo una reverencia.

—Genial. Creo que es la mejor idea que has tenido en meses. —Y, entre dientes, añadió—: Relájate un poco, que parezca natural. Tenemos que sonar creíbles.

Tenía razón, la sobreactuación fastidiaría el plan.

—¡Oh!, pero qué maravilla tenemos aquí. Qué zanahorias tan magníficas —exclamé con un dramatismo exagerado, levantando la verdura cerca de los ojos de Lucas—. Parecen ecológicas. Me voy a llevar un par, le irán genial a la dieta sana y equilibrada de mi Jorge Luis.

Lucas me siguió el rollo luciendo una sonrisa más falsa que un anuncio de dentaduras postizas.

—¡Oh! Qué razón tienes. Jorge Luis, ese ser maravilloso y peludo, que es la envidia de todos los conejos de tu barrio, se pondrán feliz, más feliz, porque no he visto conejo más feliz que tu Jorge Luis.

Le lancé una mirada por encima del hombro.

—Tú tampoco te pases, Lucas. No estamos aquí para hacer *cutre-pareados*… —le pedí, cubriéndome la boca con la mano para que luego nadie pudiera leerme los labios en el vídeo.

—Coge todas, le haremos puré, palitos… ¡Ay, tu Jorge Luis qué suerte tiene! Y también nos llevaremos este manojito tan verde y lustroso de hierbabuena…

—¿Para Jorge Luis? —pregunté asustada. Solo faltaba que me acusaran de drogar a un conejo.

—No, mujer, para hacer la tarta. Que cuando piensas en *tu conejito*… se te olvida el resto —dijo rápido.

Los dos nos miramos un segundo, en silencio, a los dos nos costaba tragar.

Sin decir nada, cogimos el manojo de hierbabuena al mismo tiempo. Su mano rozó la mía otra vez.

En esa ocasión ni siquiera intenté disimular el calor que me subió a las mejillas.

—Vayamos a la zona de los lácteos —dije con solemnidad y la mano en el pecho—. Necesitamos nata montada.

—Oh, qué idea tan maravillosa, mi querida Fabiola. Nadie como tú para montarla.

Me puse roja hasta las orejas. El muy idiota había usado su voz grave, la del locutor cochino, mientras agitaba la mano arriba y abajo.

—También habrá que coger la bebida —improvisé para cambiar rápido de tema y no acabar desvariando—. ¿Qué sería de una tarta de mojito sin su ron?

Llegamos al pasillo del alcohol caminando raro. Yo ya no sabía dónde tenía el pie y dónde me había dejado la cabeza.

Lucas me miró con una sonrisa traviesa y me guiñó un ojo. Se lo estaba pasando fenomenal.

—Ahora vuelvo, *mi amor.*

Me quedé igual de congelada que la tarta de mojito que debería haber estado en el congelador y nunca estuvo.

No sé si fue el tono, la naturalidad con la que le salió o que el universo me odiaba, pero sentí que el estómago me daba una voltereta. Y deseé que me lo volviera a decir.

Cuando volvió, hacía malabares con dos limas, tan concentrado que parecía feliz. Yo miraba cómo las bolitas verdes daban vueltas en el aire y Rahul grababa sin perderse un detalle.

—Oh, Lucas —le dije, intentando recuperar el control—, serías estupendo como animador en un colegio privado de niños.

—Los colegios son de niños, Fabiola.

—¡Qué equivocado estás, Luke! También hay colegios de abogados. O de farmacéuticos.

Necesitaba salir de allí, aquella estupidez se nos estaba yendo de las manos. Encima los dos hablábamos modulando la voz de una forma extraña, mezcla de idiotez y acento americano. Solo me faltó decir: *¿Tú qué opinas, Mike?*

Nos miramos, sonriendo entre dientes, mientras Apu seguía grabando como si estuviera rodando un documental sobre dos idiotas funcionales en plena crisis existencial.

De repente, vi un gorrito de Papá Noel colgado en una percha y lo cogí. Lo sacudí un par de veces en el aire y se lo planté a Lucas en la cabeza.

—Vas a estar estupendo en la cena de Nochebuena —dije en voz alta, recalcando la fecha.

Lucas puso los ojos en blanco, pero sonrió. Y sin que me lo esperara, me encasquetó una diadema con unos cuernos enormes, dignos de la madre de Bambi. Solo esperaba tener un mejor final que aquella pobre cierva.

—Sí, tú siempre tan pendiente de mí… Y tú estarás fantástica con estos cuernos de reno.

Un símil muy apropiado para la fecha… y también para recordarme a mi ex, en nuestra cama, en plena faena con la zorra de mi exjefa.

Mierda, Borja estaría a punto de llegar.

—Tenemos que acabar… —le susurré—. Sonríe, que se note lo feliz que eres a mi lado.

Fuimos hasta la caja cogidos del brazo, caminando de lado y rozándonos con las estanterías. Con las prisas no habíamos cogido ni carro ni cesta, así que llevábamos todo el cargamento pegado al pecho como dos atracadores de supermercado.

—¿Sabes?, sería súper gracioso que fingiéramos que no nos soportamos y nos grabáramos peleándonos. ¿Qué te parece? Una bromita navideña. Luego hacemos un vídeo para subirlo el día de los Santos Inocentes, porque hoy es Nochebuena… —propuse a gritos.

—Y mañana Navidad —contestó él con ese sarcasmo que había descubierto que me aceleraba el pulso—. Me parece una idea maravillosa para que todo el mundo vea lo feo que es pelearse. Paz y amor ante todo.

Apu levantó la vista del móvil, mostrándonos sus dedos índice y corazón en alto.

—Genial, vamos a pagar a este amable empleado y luego nos peleamos —dije canturreando—. Pero una pelea de mentira…

Fuimos colocando las cosas sobre el mostrador, sin dejar de enseñar los dientes. A mí ya me dolía hasta la nuca de estirar tanto los labios.

—*Solo* doscientos euros —dijo con alegría nuestro cámara improvisado.

—¿Cuánto? —preguntamos los dos al mismo tiempo.

—Doscientos. Dos-cientos. —repitió él, grabándonos todavía—. Una ganga…

Lucas y yo nos miramos, en modo supervivencia.

—Pero qué barato… —comenté, enseñándole los dientes—. Luquitas, paga tú, mi amorcito, que con las prisas me dejé el bolso en casa de mi mamá querida, que se quedó cuidando a Jorge Luis, porque todo el mundo sabe que jamás lo dejamos solito.

Lucas gruñó, pero no dijo nada. Apu frunció el ceño, se tocó el bigote pintado, y nos sacó la lengua.

Yo puse cara de asco.

—Creo que el rotulador te ha hecho una erupción —susurré—. Deberías probar a pegarte un mechón del sobaco, te quedaría más natural.

Apu ladeó la cabeza, nos ignoró y con la barbilla nos señaló, poniendo morritos.

Lucas entrecerró los ojos.

—No pretenderá que después de pagarle una pasta, encima le besemos, ¿no? —pregunté asustada.

No entraba en mis planes demostrarle mi agradecimiento de ese modo. A él, no. Pero el hombre insistía. Venga a mover la cabeza apuntándonos con la barbilla.

—Me da que lo que pretende es que nos besemos nosotros —me aclaró Lucas.

Las cejas se me levantaron a la vez y sentí cómo algo me rebotaba dentro del pecho. Sonreí con la respiración acelerada y miré a Lucas.

—Entonces, habrá que hacerle caso —dije, tragando saliva y notando una descarga en la nuca—. Rápido, no vaya a cobrar por minuto.

No supe si hablaba mi sentido común o mi parte lujuriosa, porque aquel jueguecito que nos traíamos entre manos, me había empezado a gustar más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla —me sentía lujuriosa, pero no tanto como para darle un morreo con

público—, pero él giró la cabeza, justo en ese momento que jamás hay que girarla sin avisar. Y nuestros labios se chocaron.

Fue un beso breve. Torpe. Casto. Sin embargo, lo fue todo.

Mi corazón hizo clic. Mi cabeza, plof. O al revés.

Solo diré que, de repente, el ruido del badulaque se esfumó. El olor a curry, pachuli y el resto de cosas a las que oliera ese lugar se desvanecieron como un holograma futurista *low cost*, y fueron sustituidos por algo dulce… suave… casi comestible. Que daban ganas de lamer. Era como si me hubieran encendido una vela de algodón de azúcar en el pecho.

No sé si fue por el impulso imparable que llevaba desde hacía un buen rato o por pura estupidez, pero lo agarré por la nuca, desesperada y, sin perder el tiempo, abrí la boca y le metí la lengua hasta el fondo.

—Corten —dijo Apu, bajando el móvil.

Qué oportuno.

—¡Cor-ten! —insistió, pero Lucas y yo parecíamos haber hecho un nudo con nuestras lenguas y no había forma de separarnos—. *Stop*. Paren. Esto ya es vicio…

Y muy a nuestro pesar, paramos.

Salimos del badulaque en silencio, cargados con las bolsas y fingiendo que respirábamos con normalidad, que no nos ardía la cara y que el corazón no nos rebotaba por todas partes. Y, por supuesto, que no acabábamos de darnos el mejor beso de nuestras vidas.

Subimos al coche y yo me quedé mirando las hojas de la rama de abeto que nos separaba a Lucas y a mí.

Sentía como mis sienes trotaban. Lucas miraba al frente sin pestañear, agarrado al volante, como si estuviera conduciendo.

—Primero tenemos que hacer la tarta, luego editar el vídeo y, por último, lo subirlo antes de las once de la noche, que dé tiempo a que la gente lo vea —dijo al fin, como si nos besáramos todos los

días cada seis horas por prescripción médica, como si fuéramos un paracetamol.

Veinte minutos después, paró en frente de casa de mi madre. Bajamos del coche en silencio. Y justo cuando cerraba el maletero, don Obdulio derrapó con la silla de ruedas junto a nosotros.

—¡Dejad todo aquí y corred! —gritó, agitando una botella de anís por encima de su cabeza—. ¡Tenéis que ver esto!

Nos miramos asustados.

—¿Jorge Luis? —preguntamos los dos al mismo tiempo, pero el cura no respondió porque ya había desaparecido.

Lucas me cogió la mano y, cargados con la compra, corrimos hacia la plaza de la ermita.

Por una milésima de segundo, deseé que nunca acabara la Navidad nunca, si tenía que pasarla agarrada a Lucas.

CAPÍTULO 20

LUCAS

El aire frío nos golpeaba la cara con olor a brasas, castañas y tragedia. Y, para que lo tuviéramos presente, se nos impregnó a la ropa y a la poca piel que llevábamos al descubierto.

De fondo las notas de una ranchera flotaban en el ambiente.

—Padre, ¿le ha pasado algo a Jorge Luis? —preguntaba Fabiola entre jadeos.

Los dos corríamos detrás de la silla del cura en dirección a la plaza de la ermita, todavía cargados con las bolsas y con los dedos entrelazados.

—Ahora lo comprenderéis —decía don Obdulio, dándole caña a las ruedas para coger velocidad y no quedarse atascado en la cuesta.

—Tranquila, ya casi hemos llegado —intenté tranquilizarla, porque, aunque no sabía qué había ocurrido, mi intuición me decía que tenía que ser algo horrible.

Ella apretaba mi mano con fuerza, como si temiera que el suelo se abriera y se la tragara o para dejarse arrastrar por mí.

Antes de llegar, cuando el cura ya había desaparecido, nos topamos con un cruce de friki navideño con profesor de arameo.

Y entonces nos vio.

El tipo flacucho, con gafas de pasta negra, repeinado y con un jersey cuatro tallas más grandes —con un árbol de navidad bordado en el centro y luces intermitentes parpadeándole en el pecho— se detuvo a nuestro lado. En la mano llevaba un gorro de lana blanco, rojo y verde con una borla que, cuando lo estrujaba entre los dedos, pitaba, mientras se lo restregaba por el cuerpo como si fuera un amuleto.

Supe que algo iba mal por la forma en que Fabiola se quedó paralizada al verlo, como si el corazón se le hubiera caído después de subir la cuesta.

—Fabi… —empecé a decir cuando él ya la tenía cogida de la mano con bolsas incluidas.

—Que sepas que me debes el dinero de la gasolina hasta este lugar inmundo —soltó con una voz de moco y una soberbia capaz de hacer vomitar hasta a un gato de escayola.

Fabiola lo miró de arriba abajo, con la boca entreabierta, como si no acabara de creerse que conociera al sucedáneo de primo lejano de Austin Powers Navideño.

—Borja… —susurró.

Revelado el misterio. Aquel idiota del jersey deforme era su ex.

El tal Borja bajó la vista y reparó en nuestras manos entrelazadas. Me negué a soltarla Luego la subió de golpe, deteniéndose en la cabeza de Fabiola. La diadema de reno con lucecitas parpadeó justo en ese momento, como si quisiera enviarnos un mensaje desde el más allá.

—Falsa, que eres más falsa que mis bóxers de *Calvito Klein.*

—¿Qué coño dices? —me salió del alma.

Él me ignoró.

—Tanto qué querías a Jorge Luis —dijo con un tono tan poético que rozaba el melodrama— y, en lugar de estar velando su cuerpecito peludo, te vas de parranda.

¿*Parranda*? ¿Quién demonios decía parranda en pleno 2025 casi 26?

Tuve que hacer un esfuerzo tremendo para no reírme en su cara. Pero la risa se me borró en cuanto sentí cómo Fabiola me apretaba la mano y se le escapaba un lamento.

Se tambaleó. La miré y vi cómo su cara perdió todo el color.

—¿Qué has dicho? —susurró—. ¿Ha pasado algo? ¿Qué le has hecho a Jorge Luis?

Cutreborja ladeó la cabeza, incómodo, como si no entendiera su reacción o creyera que exageraba.

—¿Qué le he hecho yo? ¿Qué le has hecho tú? Aún tendré yo la culpa de que el puto conejo haya palmado. Lo que no entiendo es que no me hayas avisado.

Me latía el corazón en los oídos.

—¿Que qué? —dije, acercándome un paso, agachando la cabeza para ponerme a su altura—. Explícate bien antes de que tengamos que velar tu cuerpecito, también peludo.

Borja me miró de arriba abajo, valorando si merecía la pena enfrentarse a mí, o echar a correr.

—Eso. Que ha muerto. —Se encogió de hombros y puso cara de pato—. No finjas que no lo sabías. Tu madre me mandó un vídeo de la plaza con todos velándolo, pero yo ya había llegado, estaba aparcando. De haberlo sabido antes, me habría ahorrado el viaje y la gasolina.

Sentí cómo Fabiola se derrumbaba contra mi pecho. La sujeté por instinto, notando su temblor, su respiración descompasada y acelerada.

—No… —murmuraba ella—. No puede ser. Jorge Luis… no…

Apreté los dientes y alcé la vista. Vi a Pita al fondo de la calle, a unos diez metros de nosotros, moviendo los brazos como si estuviera bailando una sardana. Nos hacía señas para que fuéramos hacia la plaza de la ermita.

En la gran pantalla aparecía el famoso Juan Gabriel, el cantante mexicano, acompañado de Rocío Dúrcal, cantando:

Fue un placer conocerte, y tenerte unos meses…

Fabiola se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y yo, sin soltarla, la empujé suavemente hacia adelante.

—Creo que lo mejor es que vayamos y preguntemos qué ha pasado —le susurré pegado a su oído. Sin apartarme.

Detrás, Borja nos seguía sin cerrar la boca.

—¡Fabiolita, que me debes la gasolina! —gritó mientras nos alejábamos—. ¡Hazme un bizum!

Me giré solo para hacerle una peineta, y exigirle que nunca más volviera a llamarla así. Porque no tenía ningún derecho.

Al llegar al centro de la plaza era como si hubiéramos aterrizado en el mismo Jalisco. Aquel lugar estaba irreconocible.

Habían colgado imágenes de catrinas en las guirnaldas de colores. Del campanario se balanceaba un enorme gorro de mariachi, el mismo que llevaban puesto casi todos los vecinos, a juego con chalecos negros bordados en plata. Y justo frente a la pantalla gigante —donde Televisión Española empezaría en nada a retransmitir las campanadas, y en ese momento aparecía el videoclip de *Fue un placer conocerte*— habían construido un altar.

Todos los vecinos, cogidos por los hombros, se movían al compás de la música. Cantaban, bailaban y brindaban como si la aldea se hubiera convertido en la cantina mexicana de Cantinflas.

Y en medio del espectáculo, sobre un pequeño pódium cubierto con tela dorada, estaba Jorge Luis.

Sí, Jorge Luis, masticando un polvorón, dentro de un mini traje de mariachi y con un sombrerito ridículo ladeado sobre una oreja.

Vivo. O al menos, muy convincente en su papel de conejo resucitado.

Me quedé paralizado. Fabiola también. En cuanto reaccionó, echó a correr hacia él.

—¡Jorge Luis! —gritó, apartando a los mariachis que le bailaban alrededor.

Yo la seguí con el corazón encogido, sin saber si reír, llorar o buscar un desfibrilador enano por si tenía que usarlo con el conejo.

Entonces, ella se detuvo frente a una pequeña cajita de madera colocada al pie del pódium.

Encima de la tapa, una zanahoria decorada con purpurina plateada sostenía un letrero en el que podía leerse: «R.I.P. JL».

Fabiola se agachó y miró con atención al conejo mexicano, que la observaba tranquilo y tenía las cuatro patas negras.

Hasta donde yo recordaba, el tristemente desaparecido Jorge Luis, era enterito color crema. Completamente seguro, siempre fue crema. No había duda.

Algo no me cuadraba. Al final iba a ser cierta la versión del ex. Cerré los ojos y cogí aire. Me ardía el pecho.

—Mamá… —susurró Fabiola, temblándole hasta la diadema de reno—. ¿Es…?

Pita se separó del grupo de mariachis balanceándose de lado a lado, con el micro en la mano.

—¡Ay, hija, menos mal que habéis llegado! —dijo abrazándola —. No te asustes, pero te comunico que ese no es Jorge Luis. ¡Es Juan Gabriel!

—¿Qué pretendes decir? —dije, porque alguien tenía que pedir una explicación.

Pita me guiñó un ojo y lanzó un beso al aire.

—Era de Enedina. Cuando terminamos de amortajar a Jorge Luis… —Qué mal rollo me daba escucharla contar aquella historia. Esa mujer parecía no tener corazón. Si se llenaba la boca diciendo que Jorge Luis era su nieto y, aun así, hablaba del tema como si la cosa no fuera con ella. No lo entendía—. Pensó que, para llenar el vacío, podríais adoptarlo.

Nos señaló a los dos y yo sentí una especie de sacudida en la nuca.

—Mamá… —logró decir Fabiola, que tenía entre los brazos a Juan Gabriel.

Borja, que había regresado en algún momento entre el estribillo de la ranchera y la confesión de Pita, se colocó a mi lado, resoplando.

—Tan fría como te recordaba. Mira qué contenta está con el sustituto —dijo con sorna, señalando a Fabiola y al nuevo conejo—. Aunque a mí, en el fondo me da igual mientras alguien me pague la gasolina.

El cura apareció derrapando con su silla de ruedas, con una botella de tequila en una mano y una bandeja con chupitos en la otra.

—¡Por el alma de Jorge Luis, que en paz descanse! —gritó con voz de Nancy Rubia dando misa con un coro *punk* de fondo.

Iba repartiéndolos uno a uno. A todos.

A su paso, la vieja del tocado del pájaro muerto lanzaba tangas rojos como si fueran estampitas de la madre Bonifacia.

—¡Paramos de velar unos minutos! ¡Hay que ponerse esto antes de las uvas, que trae suerte y fertilidad! —anunció con voz de soprano.

Y, sin darme cuenta, me encontré sosteniendo un vaso de tequila en una mano y un tirachinas rojo en la otra.

—Por el pequeño Jorge Luis —dijo mi padre, que apareció de repente, como caído del cielo, chocando su vaso contra el mío.

Lo bebí de un trago, y me quemó la garganta. El Litri, que también había «aterrizado» junto a mi padre, me metió una rodaja de limón en la boca. Sentí un escalofrío.

Y no supe si por lo ácido que estaba el limón o porque Fabiola acababa de abrazarme delante de su ex, pero me entraron unas ganas locas de apretarla fuerte contra mi pecho y no soltarla en años.

—¿Cuándo me vas a dar el dinero, nena? —preguntó el ex con su tono cansino.

Ella seguía mirando al conejo, todavía con la respiración entrecortada y los ojos hinchados de haber llorado.

El gilipollas no se movía, con el brazo estirado y el puto gorro de lana sobre la palma. Ya no pude más y saqué la cartera, busqué un billete de cincuenta euros y se lo estampé en el pecho.

—Toma. Y cállate ya, llorón. No ves que está muy afectada por el fallecimiento de su conejito.

Borja me lo arrancó de los dedos.

—Pues yo no la veo tan afectada —dijo mientras se guardaba el billete—. Ni por el conejo ni por mí. Tantas veces que me llamó para volver… Ya veo que a Jorge Luis lo ha sustituido bien rápido por Juan Gabriel —añadió, mirando al nuevo conejo—. Y a mí… por ti. Y, sinceramente, no lo entiendo.

Casi me atraganto.

¿De verdad acababa de compararse conmigo como si fuéramos de la misma especie?

—Pues ya ves —le respondí, sintiendo cómo se me encendían las orejas—. Fabiola al fin ha sabido elegir bien. Y tan felices que somos los tres…

Borja me miró con el ceño fruncido, el gorro de lana en la mano, y la borla agitándose como una granada.

—Esto no ha terminado. Voy a pedir una prueba de ADN —dijo, medio enajenado—. No me creo que ese tal Juan Gabriel sea otro conejo. Se parece bastante a Jorge Luis.

Me eché hacia delante, todavía con el tequila haciendo de gasolina en mis venas.

—Eso será por encima de mi cadáver —gruñí apuntándole el entrecejo con el dedo—. Juan Gabriel es mi hijo, y ni tú ni nadie le va a meter un palo en la boca para hacerle ninguna prueba de paternidad.

Borja parpadeó. Luego se giró hacia Pita.

—¿Este chico está bien de la cabeza?

—Y, ¿quién está en su sano juicio hoy en día? —respondió ella con una sonrisa de exsuegra encantada—. Pero se nos pasa cuando bailamos desnudos bajo la luz de la luna.

Todos reímos a la vez. Él bufó.

—Ánimo, campeón *sin nombre* —dijo, apuntando con la borla del gorro de lana hacia Fabiola, que abrazaba a Juan Gabriel—. Porque al principio parece normal, pero está como una puta cabra.

Y justo entonces, la música se cortó. El silencio cayó sobre la plaza como un platillo volante. Solo se oía la respiración de Pita por los altavoces —porque llevaba el micro en la mano—, y, también, mi propio corazón retumbándome en los ojos.

Le robé dos chupitos de la bandeja al cura, los levanté al aire mirando a Fabiola y grité:

—De mí puedes decir lo que quieras. Por cierto, soy Lucas, así que ya tengo nombre. Pero de Fabiola, no. —Levanté más la voz mientras daba un paso al frente, me bebí un chupito, luego el otro, y dejé que bajara por la garganta.

—Te diría que un placer, Lucas, pero creo que no voy a mentir. Y ni tú ni nadie va a decirme qué tengo que opinar. Escucha bien: Fabiola está como una puta cabra.

Me volví loco. Noté cómo mis latidos rebotaban en los muros de la ermita y me empezaban a arder los ojos.

—Pues a mí me parece una mujer increíble. Maravillosa. Que se hace querer. Lárgate por donde has venido, *Borjamari*, que yo me quedo aquí disfrutando de la Nochevieja con mi cabra loca. Porque sí. Porque es mi loca. Y estoy encantado de que lo sea.

El silencio duró un segundo eterno.

A continuación, todos aplaudieron mientras me vitoreaban y manteaban.

Solo me faltaba acabar estampado contra los adoquines. Pero qué felicidad más grande me recorría las venas.

En cuanto me di cuenta de lo que acababa de decir, sentí cómo me quemaba la cara, el pecho y, probablemente, hasta las pestañas.

Fabiola me miraba con los ojos brillantes, una sonrisa temblorosa y los labios entreabiertos.

Quise decir algo más, pero Pita se acercó balanceándose entre la multitud, con una copa en una mano y el tanga en la otra.

—Siento romper este momento tan romántico, hijo, pero tienes que ponerte esto —dijo, arrodillándose delante de mí.

—¿Qué…?

—No tentemos a la suerte, chico. —Y, antes de que pudiera apartarme, me levantó un pie y me metió el tanga rojo por encima del pantalón, primero por un tobillo y luego por el otro—. Una pata, otra… y listo.

El pueblo entero estalló en carcajadas.

Pita me dio una palmada en el culo y levantó el vaso con las uvas.

—¡Preparados para la cuenta atrás!

Fabiola seguía mirándome. Don Obdulio nos daba vasos con uvas a todos.

Yo, con el tanga rojo puesto sobre los pantalones y el corazón a punto de explotar, no pude hacer otra cosa que devolverle la sonrisa.

—Feliz Nochevieja, cabra loca —le susurré.

Ella se rio entre lágrimas, me cogió la mano y la apretó.

—Feliz Nochevieja, idiota.

Las campanadas comenzaron.

—¡Una! —gritó mi padre.

—¡Noo! Tres —corrigió Pita.

—¡Que eran los cuartos! —dijo el Litri, apuntándonos con una linterna.

Y entre risas y atragantamientos, todos juntos, entramos en el nuevo año rodeados de gente que valía la pena.

Y justo cuando la pantalla se quedó en negro, sentí los labios de Fabiola en los míos.

—¡Feliz 2026!

Fue breve, cálido y potente.

El cielo se iluminó con una gran palmera roja de fuegos artificiales que estalló por detrás del campanario.

—¡Feliz año a todos! —gritó Pita subida en los brazos de la silla de ruedas, con la cabeza de don Obdulio entre sus piernas—. ¡Ahora vamos a cortar la tarta!

Fabiola y yo nos miramos y, a la vez, dijimos:

—La tarta de mojito…

Y salimos huyendo, cogidos de la mano, muertos de risa.

Me di cuenta de que no necesitaba nada más. Se habían acabado las excusas. Quería intentarlo.

Solo con ella. Con mi desastre. Mi tormenta. Y supe que, pasara lo que pasara, siempre sería mi Navidad perfecta.

EPÍLOGO 1

FABIOLA

Un año después

5 de enero de 2027.

Si la primera noche que llegué a San Cucufato del Frío me hubieran dicho que acabaría convertida en *la loca de la Navidad,* habría terminado rodando montaña abajo, muerta de risa.

—¡El ángel no va ahí! —grité por el megáfono camino del camerino a buscar las alas que mi madre había olvidado ponerse.

Todos sabemos que la Navidad tiene ese don de convertir cualquier pueblo normal en un parque temático de amor y purpurina cuando todos empiezan a decorar. Nuestra aldea decidió convertirse en un híbrido entre Belén, Las Vegas y Jalisco.

Y todo porque, hacía dos Nocheviejas, un pequeño conejo inocente casi cae en la familia equivocada y nosotros, batiendo nata, casi perdemos la cordura —la poca que nos quedaba— cuando nos hicieron *trending topic,* pringados hasta las cejas.

Pero sobrevivimos. Y, sorprendentemente, salió bien.

—Enedina se niega a quitarse el pájaro muerto del moño y así es imposible coserle la corona de ángel —se quejó Mari Chelo, que se había autoproclamado la costurera oficial de la aldea.

—¿Qué corona? Pero si ella es la Virgen María —dije, aguantando la respiración.

—Pues lleva unas alas enormes, digo yo que debe ser el ángel Anunciador…

Cogí aire y conté hasta cinco para no ponerme a chillar. No entendía por qué siempre, en el último momento, cada uno tomaba la iniciativa y se saltaba las indicaciones.

—El ángel es mi madre. ¿Y Lucas? ¡Lucas! —dije su nombre por el megáfono, y todos los de la plaza se giraron hacia los altavoces, todos, menos él, porque no estaba donde debería estar.

Empecé a ponerme nerviosa. El tiempo se agotaba y no habíamos acabado nada.

—¿Alguien sabe dónde están los Reyes Magos? —chillé mientras corría por la plaza como pollo sin cabeza.

Cuando nuestros padres se casaron y decidimos quedarnos a vivir en San Cucufato del Frío, nos instalamos en la mansión de Recadero. Hicimos obras y acondicionamos la casa para que las familias pudieran alojarse los fines de semana o en vacaciones, y así participar en nuestras actividades programadas. Y justo ese día teníamos el aforo completo gracias a la *Gynkana* rosconera, que era el evento del año.

—Me preguntan que, ¿cuándo tienen que salir los niños?

—Cuando se enciendan las luces. —Señalé la puerta de la ermita, donde debería estar don Obdulio y no estaba.

Nadie estaba donde tenía que estar.

—¡Mamá! —Acaba de darme cuenta de que ella también había desaparecido.

Caminé hasta el pesebre, con una sensación extraña en el pecho. Nada raro, conociendo la facilidad que teníamos en aquella aldea para meternos en problemas. Y yo la primera.

Mi madre de un salto, bajó del techo y me cogió de las manos.

—Fab… —me dijo, suave y pausada, sin dejar de moverse—. No te pongas nerviosa, pero…

—¡Mamá! No puedes empezar una frase así y pretender que mantenga la calma. ¿Dónde te habías metido?

—Tenemos que hablar…

Lo dicho. Mi instinto no me engañaba. Bajé la vista rápido a la cunita improvisada donde tenía que estar el niño Jesús. Se me cortó la respiración un segundo.

—Menos mal que no le ha pasado nada a Jorge Luis… —dije entre susurros.

Jorge Luis —mi Jorge Luis— estaba perfecto: rechonchito, con su pelo color crema menos las patas, que desde el incidente «Juan Gabriel» habían quedado teñidas de pelirrojo para siempre. Ajeno a mi malestar lucía espléndido con su pañal y chaleco de mariachi.

Se había sentado sobre una montaña de paja y chupaba feliz un polvorón como si fuera un percebe. Era el niño Jesús.

Estaba vivo. Nunca murió. Fue una obra maestra del Distrito Doce para espantar a Borja, que terminó confesando que pedía su custodia «solo» por fastidiarme. Desde ese día, Jorge Luis adoptó un segundo nombre: Juan Gabriel, el conejo del Renacer. Su nombre artístico.

La gente venía desde distintos puntos de Europa a hacerse fotos con él. Apu vendía en el badulaque llaveros en forma de polvorón con su carita impresa.

Al principio me resistí, pero Rahul, con su don de palabra y visión comercial, me convenció. Y sí, estábamos monetizando el trauma, pero con orgullo de padres adoptivos y por una buena causa. Todos los beneficios iban destinados a un refugio para animalillos que montamos en el terreno de la mansión de Recadero. *El hogar de Juan Gabriel.*

—Suéltalo ya o, al menos, suéltame las manos, me haces daño —le pedí a mi madre que tenía cara de narradora de *thriller* apocalíptico.

—Tu padre, tu novio y el cura no aparecen.

Me costaba tragar saliva. Me había quedado sin latido. Solo podía pestañear, y porque hacía frío.

—Repítelo… No, no lo hagas. ¿Dónde están? —Del susto casi consigo girar la cabeza 360º con si fuera un Nenuco, buscándolos.

—Fabiola, hija, no me has entendido. Si no aparecen es porque no sabemos dónde están. Es de cajón…

Saqué el teléfono y llamé a Lucas. Un tono, dos… tres… Y…

—Mierda, salta el contestador. ¿Has llamado a Recadero?

—Era evidente que antes de decírtelo habíamos agotado todas las vías —me aclaró mi madre.

—¿Tú de qué vas disfrazada? —le pregunté en mitad de mi agonía cuando me di cuenta de que llevaba un mono de pelo marrón y del culo le colgaba una larga cola con una borla al final—. ¿Qué eres, la Virgen María antes de hacerse la depilación láser?

—¡Ay, nena! Que no te lo había dicho: que también hemos perdido al burro…

¿Algo iba a salir bien?

—No pierdas de vista a Jorge Luis, solo faltaba que hiciera uno de sus numeritos escapista. Alguien tiene que quedarse con los niños, que los padres están a punto de llegar y no quiero más desapariciones. Al final, la aldea se hará famosa por eso y, las próximas Navidades, tendremos a Iker Jiménez haciéndonos un especial como si fuéramos el nuevo Triángulo de las Bermudas.

Desde hacía seis meses, la zona se había llenado de familias con niños. Por primera vez en cien años, te podías cruzar con vecinos menores de treinta. Una alegría para todos, y no me interesaba que se corriera la voz de que, en San Cucufato, en cuanto doblabas una esquina, desaparecías.

¿Dónde te has metido Lucas Ríos?

Los padres habían empezado a llegar para ver la representación del Belén viviente, los turistas, que pasaban las Navidades en la posada, iban sentándose y nosotros sin localizar a los Reyes Magos, con un burro desaparecido, con el ángel vestido de oso cubista, con un cura que nunca estaba donde tenía que estar y…

Los pastorcillos a medio vestir.

—Fabiola, niña, ¿me puedo quitar la barba? —me preguntó el Litri, disfrazado de San José mexicano, porque se había empeñado

en colocarse la torerita mariachi, porque decía que le hacía más ancho de espalda.

—Hombre, pues va a ser que no. Por cierto, no sabrás dónde se han metido Lucas y su padre, ¿no?

—La última vez que los vi, él y tu padre iban vestidos de Reyes Magos encima de Matías.

Genial.

Desde el sí quiero, todos se referían a Recadero como mi padre, me daba rabia, no porque el hombre se portara mal conmigo, sino, porque Lucas era su hijo y pasaba de dar explicaciones cuando la gente ponía cara de circunstancia al descubrir nuestro parentesco.

—¡Mamá! Tendrás que hacer de burro, creo que el nuestro estará de baja unos meses. Y necesitamos un ángel, ya.

—Ahora le paso las alas a don Obdulio —me dijo tan tranquila.

Definitivamente iba a matar a mi novio en cuanto apareciera. Daba igual lo feliz que me hiciera, dentro y fuera de la cama.

Sí, porque Lucas era un amante excepcional. Sin rozarme, ya me llevaba hasta el infinito y más allá.

Había despertado a la bestia —a la mía y a la suya—, porque juntos encajábamos a la perfección. Sí, *encajábamos* en todos los significados de la palabra.

Y justo cuando iba a darme un ataque de histeria, unos gritos nos sobresaltaron y me dejaron a medias.

La fachada de la ermita se iluminó, el cartel con el nombre de la aldea, que el Litri había instalado en lo alto del campanario, parpadeó en el instante en que *Hacia Belén va una burra* empezaba a sonar por los altavoces, mezclándose con las panderetas.

Y, muy despacio, empezaron a caer pequeños copitos de nieve y la plaza se cubrió de blanco.

Una estampa preciosa… de no haber sido porque los pastores aparecieron entre gritos y empujones. Detrás, Matías, el burro, los perseguía; y a él, Recadero, con la barba pegada en la frente y la

corona bajo el brazo. Rahul, empeñado en ser Gaspar, con la cara pintada de blanco —dijo que estaba cansado de su moreno natural —, daba saltos como un canguro para no pisarse la túnica. Y cerrando la comitiva, Lucas. Alto, guapo. Lucas, mi Súperlucas perfecto. Negro noche. De rey Baltasar.

—¡Dios! —No me dio tiempo a más.

El toldo de la cantina mariachi salió volando y, en un visto y no visto, se tragó a los pastorcitos, dejándolos encerrados junto al portal. Todos reían y aplaudían pensando que formaba parte del espectáculo.

Yo quería morirme. Mi debut como organizadora de eventos se teñía de tragedia.

Lucas levantó la tela de un lado, Apu seguía a lomos de Matías dando vueltas sin rumbo fijo y, entonces, como si formara parte del guion, apareció Herodes por la esquina. Llevaba una túnica blanca con bordados dorados en los bajos y una sobretúnica púrpura, prendida al hombro con un broche dorado del tamaño de un macetero grecorromano.

¿Qué pintaba ese personaje ahí?

—Dejad que los niños vengan a mí… Herodes ha llegado para *abollar* al Niño —dijo el cura, levantando una espada. Yo me quedé ojiplática al escuchar aquella barbaridad. Herodes tosió y continuó—: Perdón, para adorar al Niño.

—¡Don Obdulio, deje de improvisar, que la está cagando, hombre de Dios! —grité por el megáfono, olvidándome de que estaba en directo en nuestro canal de YouTube—. ¡Que usted es el ángel Anunciador!

A mi espalda, carcajadas.

—*La Virgen se está peinando…*

Solo faltó que alguien cayera del campanario, en el centro del escenario, haciendo de Freddy Mercury, mientras gritaba *The show must go on* y pusiera el broche de oro.

Y sin que nadie lo dijera, el *show* continuó, como si todo estuviera preparado.

—Venimos a abollar al Niño Dios —dijeron los pastorcitos, amontonados bajo el toldo.

—Adorar, es adorar… —les chivó Lucas, que levantaba el toldo para que los niños pudieran salir, pero ninguno se movía.

—Sigamos a la estrella de Belén…

—¿Qué estrella? Yo no la veo —se quejaron dos pastoras sentadas al lado de Lucas.

Y tenían razón. La estrella también había desaparecido.

—Allí, allí. —Los padres apuntaban al cartel del campanario.

No supe si robarle la espada a don Obdulio y hacerme el harakiri en directo, o pedir una escalera para rescatar al nieto de Enedina —enviadito especial a «la tranquilidad de la aldea», junto a su yaya, porque querían alejarlo de los peligros de la noche madrileña—.

¡Ja!, me descojonaba.

Unas manos me rodearon la cintura. Me tensé. Se me erizó la piel. Sonreí.

—Amor, todo va a salir bien —me susurró Lucas cerca del cuello.

Con la confusión de personajes y los diálogos a destiempo —o directamente inventados—, no lo había visto venir.

—¿Bien? Hay que bajar a la estrella antes de que se mate.

Mientras me quejaba, él me acariciaba la nuca, provocándome escalofríos y aumentando mis ganas de mandarlo todo a Saturno y escaparme con él.

El nieto adolescente de Enedina, en una improvisación magistral a lo Indiana Jones, enganchó un mosquetón al cable que sujetaba el letrero.

Clic.

—Seguidme, *pastoretes*… —gritó, a la vez que se deslizaba por el cable, hasta estamparse contra el pesebre y provocar que Jorge Luis saliera volando.

Aplausos, risas y todos cantando:

El camino que lleva a Belén…

Y en la pantalla gigante Raphael con todos haciendo los coros:

—Parapa… papáá… —al unísono, con una fuerza brutal y la mirada perdida en dirección al cable, como si estuvieran teniendo una epifanía navideña, hacían los coros.

Enedina se puso en pie y alzó al universo a Jorge Luis, creyéndose Escarlata O'Hara con la zanahoria en alto. Solo le faltó decir: «A Dios pongo por testigo…».

Recadero y Rahul se arrodillaron. Lucas me besó y echó a correr para rescatar a la estrella aventurera.

Mi madre, disfrazada de perro-oso con unas alas pegadas detrás, se subió al techo del portal con la ayuda de la Guardia Civil, sujetando un enorme letrero que ponía: «Es aquí».

—Y, ahora sí, ya podemos empezar a repartir nuestro famoso Roscón de Reyes, el de San Cucufato del Frío —anunció Herodes con la espada en alto y una bandeja en la otra mano.

Detrás de la mansión, Lucas y yo decidimos dedicarnos al cultivo de hierbabuena. Nos traía tan buenos recuerdos… Y Recadero, con sus contactos malignos, nos hacían llegar ron de contrabando.

Yo sabía que no —que lo compraban en el badulaque—, pero fingía creérmelo.

Y las noches que se hacía la entrega todo se volvía más atractivo y misterioso, cuando nos adentrábamos en el bosque, a lomos de Matías, bien pegaditos.

Una cosa llevó a la otra y acabamos elaborando el primer roscón relleno de crema de mojito. Gustó tanto que, en la sacristía, construyeron un pequeño obrador y aceptaban pedidos *online* para

enviarlos recién hechos el cuatro de enero y que llegaran a tiempo para el día cinco.

En la aldea lo teníamos todo controlado y habíamos dado muchos puestos de trabajo.

A nuestros padres los unió una tarta de mojito —se conocieron luchando por la última tarta de mojito que había en una gasolinera justo el día que empezaban su nueva vida en San Cucufato del Frío — y, desde entonces, no se habían separado.

A nosotros nos pasó algo parecido, la historia ya la sabéis, pero nos pareció divertido tener nuestro propio postre, y qué mejor que un roscón de Reyes que representaba tanto a la Navidad.

—Tienes manchado aquí —me dijo Lucas. Me limpió el labio con el pulgar, y el corazón se me dio la vuelta—. Y aquí. Aquí, también. Vas enterita de betún. He debido ser yo cuando te besé.

Me quedé embobada, concentrada en el movimiento de sus labios.

—Si me miras así, vas a parecer la novia de Baltasar. —Sin pensarlo, lo agarré por la capa y lo besé.

Y sí, puede que lo estuviera mirando como si quisiera arrastrarlo detrás del portal para hacer cositas poco dignas rodeados de tanto público.

Él me sujetó la nuca, nuestras lenguas se enredaron al son de la música navideña. El mundo siguió cantando, mientras nosotros nos veníamos arriba.

—Mente fría —conseguí decir, sin mucha convicción, antes de cometer una locura y, de verdad, arrastrarlo detrás del portal.

Me recompuse y agarré el megáfono.

—¡Bienvenidos a San Cucufato del Frío! Después de la degustación de nuestro roscón, dará comienzo la carrera de sacos — anuncié como si fuera Mickey Mouse en Disneyland.

La gente aplaudió. Los niños gritaron mientras iban cogiendo trozos de roscón y a mí no me dio tiempo a avisarles de que ellos

tenían uno sin alcohol.

Lucas, me cogió de la cintura, me levantó y me metió dentro de un saco de patatas —los pies, no que pretendiera secuestrarme— luego, entró él. Se colocó detrás, tan pegado, que tuve que contener la respiración.

Su cercanía me nublaba el pensamiento.

—Céntrate —le pedí.

—Me estoy centrando —susurró él. Su mano bajó apenas por mi estómago, pegándome a su espalda y acortando la distancia peligrosamente—. Muchísimo.

El resto de participantes, ajenos a nuestro tonteo, empezaron a meterse por parejas en sus sacos.

—Fabi, te estás restregando… —se quejó Lucas entre risas y pequeños jadeos.

—Claro, porque todo el mundo sabe que dentro de un saco de patatas hay espacio suficiente para montar una pista de baile… Si estás motivado por el espacio reducido, pon una queja en el ayuntamiento. No quepo.

—Y lo estoy porque no dejas de restregar tu culo maravilloso por mi *polla inocente*.

Se me escapó una carcajada por encima de la música y del griterío.

—Lucas, no tiene sentido decir eso en la misma frase. Nos conocemos desde hace más de un año… Y ni *ella* ni tú conocéis la inocencia.

Y los dos reímos a la vez. Tanto, que nos caían lágrimas.

—Si me aprietas más, acabamos en el pesebre —me dijo justo cuando mi madre me metía en la boca un trozo de roscón y le daba otro a Lucas.

Nos cortó el rollo de golpe.

—Comed, comed, que hay que llenar esa barrigota para hacer en condiciones la carrera.

—Qué razón tienes, Pita. Eso mismo le estaba diciendo a Fabiola, que no me *come nada* —respondió, pegando la barbilla a mi cuello y aguantando las ganas de reír.

Sentí un escalofrío. Un disparo al aire y…

—¡Preparados…, listos…! ¡Ya!

Saltamos.

Apu y Enedina, con unas alas de ángel pegadas a la espalda, iban golpeando a todo el que pasaba por su lado, dejándolos K.O.

Iban los primeros.

Mi madre y Recadero, también participaban. Ella se reía, él la agarraba del pecho para saltar a la par, pero entonces, perdían el saco.

El Litri grababa por un lateral.

—¡Ay!, me han dado en un ojo —se quejó un padre, mientras nos adelantaba por la izquierda.

—¿Eso ha sido un polvorón? —preguntó la señora que iba dentro del saco con él.

Y es que a los vecinos les pareció gracioso lanzarnos polvorones para que la carrera fuera más dinámica.

En el último brinco perdí el equilibrio y casi me fui de boca cuando creí entender que mi madre acababa de confesarle a Recadero que iban a ser padres.

Por suerte para mis dientes, Lucas me sostuvo, pero su mano se enredó por accidente en mi corpiño de pastora. Mi respiración se fue a la mierda. Y nosotros después.

Risas. Gritos. Niños adelantándonos como gacelas puestas de mojito hasta las pezuñas. Apu rodó como un polvorón humano, llevándose a Enedina con él montaña abajo.

Y mii madre cayó encima de Recadero justo antes de la línea de meta.

El Litri grababa llorando de la risa.

Y Lucas y yo…, desde el suelo, no éramos capaces de articular palabra.

Él encima. Yo debajo.

Su mano en mi espalda. Su boca demasiado cerca.

—¿Has escuchado lo mismo que yo? —susurró.

—¿Vamos a tener un hermano? —pregunté con miedo.

No sabía si reír o correr al badulaque a por un test de embarazo para confirmar aquella locura.

Teníamos que haberlo escuchado mal. Mi madre rondaba los sesenta y podría llegar a creer en la magia de la Navidad, pero no en los milagros. Ella no era Beyoncé, ni su útero un vergel.

—Ya tenemos tres ganadores —gritó el Litri, que era el único que no había participado.

—Un momento. —Lucas, con el brazo en alto, consiguió salir del saco. Señaló a nuestros padres y continuó—: Antes de entregar los trofeos, tengo que decir algo.

Yo, entre jadeos, en *shock* por la noticia de mi madre y sin oxígeno por la carrera, me quedé sentada en el suelo, viendo cómo sacaba un paquetito envuelto en papel de aluminio.

Y entonces me guiñó el ojo y a mí se me nubló la vista.

EPÍLOGO 2

LUCAS

5 de enero 2027

No sé en qué momento pensé que subirme a un escenario en mitad de la plaza, con capa de terciopelo, barba postiza y cara de Baltasar desteñido, era buena idea.

Supongo que justo antes de perder la razón al tener tan cerca a Fabiola y no poder hacer lo que los dos queríamos. El problema era que ya no podía bajarme.

Todo el mundo me miraba. Fabiola me miraba. Mi padre me miraba con esa cara de «ahora te aguantas, por valiente».

Y yo, que hacía dos minutos iba a entregar unos trofeos, en ese momento sentía un nudo en el estómago y había perdido la sensibilidad en los dedos, por culpa de un paquetito de aluminio que pesaba como si dentro llevara una olla exprés con una bomba.

Respiré hondo. No sirvió de nada. El aire no llegaba.

Fabiola seguía en el suelo, con las mejillas rojas y los mechones desordenados, mirándome como si supiera que me estaba muriendo de miedo.

Pita, con las manos en el pecho, parecía al borde del desmayo. Rahul apretaba los dientes como quien ha sobrevivido a varios tifones y ve venir una nueva catástrofe.

Y don Obdulio… él, siempre tan oportuno, se colocó a mi lado, me levantó la mano y gritó por el megáfono:

—¡Lucas paga el roscón, tiene el haba!

Un suspiro general invadió la plaza. La gente aplaudió.

Yo quería morirme.

Fabiola se puso en pie, se sacudió la falda de florecillas, subió al escenario y me abrazó.

Y entonces el mundo frenó de golpe. Sin avisar.

El olor a chocolate caliente y a betún. El frío del aire en la piel. El sabor de los labios de Fabiola aún en los míos. El ruido de los niños riendo entre el público. El tacto de su chal de borreguito bajo mis manos.

Todos mis sentidos concentrados en un único objetivo: ella.

Jorge Luis apareció por un lateral dando saltitos, con un cojín en la espalda —en esa ocasión, sin granada—, enganchado por encima del chaleco de mariachi.

La plaza estalló en carcajadas.

Y, como si alguien hubiera pinchado un vinilo en un guateque ochentero, empezó a sonar por los altavoces *Eloise*, de Tino Casal. Solo un par de segundos.

Y, sin tiempo a reaccionar, *Me dediqué a perderte*, de Alejandro Fernández nos acompañaba a todos.

Casi me da algo. A un paso estaba yo de perder, pero la dignidad.

Tragué saliva. Fabiola me colocó la mano en el pecho. Mala idea. Malísima. Porque pensaría que acababa de darme un infarto. El corazón me latía contra las rodillas.

Recordé la tranquilidad con la que me había marchado unas horas antes, a lomos de Matías, con mi padre y Apu, para recoger aquel encargo en la orilla del río.

Ni nervios, ni miedo, solo la certeza de que cuando Fabiola descubriera que los tres Reyes Magos habían desaparecido, iba a montar un drama digno de la mejor tragedia griega.

Pero eso ya no importaba. Porque ahora tenía que recuperar el paquetito que me habían entregado en la orilla, y no sabía dónde lo había metido el cura metomentodo.

Miré a mi padre. Él me hizo un gesto con la mano: «Sigue, hijo».

Fabiola localizó a Jorge Luis y vio lo que llevaba encima. El cojín. El lazo. Y… don Obdulio había hecho su trabajo.

¡Qué hombre tan majo! Que estaba en todo.

Mi chica, con la boca abierta, como si acabara de descubrir la última fase del plan, me miraba con los ojos humedecidos.

Yo pensé que, si no estuviera tan nervioso, la besaría ahí mismo.

Nos quedamos mirándonos como si nada más existiera.

Empezó a nevar fuerte. Los copos caían sobre mi barba negra de Baltasar y se me pegaban a las pestañas.

Mi padre me plantó el megáfono en la boca.

Y yo, tartamudeando, con la cara pintada y la mano negra de tanto tocarme la frente, por fin lo dije:

—Fabiola…te juro que lo tenía ensayado. Me salía perfecto. Y ahora no tengo ni idea de cómo se hacen estas cosas, pero… —Tragó saliva, yo no podía, se me había secado hasta el alma—. Si tú quieres, este Baltasar desteñido quiere pasar contigo todas las Navidades que le queden.

Ella se llevó las manos a la cara, asintiendo entre lloriqueos.

—Sí, sí… —dijo tan bajito que pensé haberlo imaginado.

Fuegos artificiales. Aplausos. Risas.

Mi padre y Pita lloraban y nos besaban en la cabeza.

Le puse el anillo que estaba enganchado en el cojín —no era el haba, aunque por un momento todos lo creyeron— y la abracé.

—Lo que hace la gente para no pagar un roscón —gritó el Litri sin dejar de grabar.

Todos se partieron de la risa.

Y cuando creí que ya habíamos alcanzado el nivel máximo de surrealismo, Enedina, con su pájaro muerto casi en la frente, se puso los auriculares, toqueteó la mesa de sonido y puso la canción de Alejandro Fernández otra vez y anunció:

—¡A bailar! —gritó con el puño en alto—. Que en nada nos quedamos atrapados bajo la nieve y esta *dijey* ya tiene una edad para perder el tiempo.

Fabiola y yo bajamos del escenario cogidos de la mano y nos colocamos en el centro de la plaza. Bailamos.

Lentos, torpes, pegados, con Raphael moviéndose en silencio por la pantalla de fondo y el mundo girando alrededor.

—¿Sabes qué pienso? —me dijo ella con la cabeza apoyada en mi hombro.

—¿Que soy idiota?

—Eso lo pensaba desde el principio —soltó entre risas—. Pienso que este sitio tiene algo especial.

—Y tú —añadí—. Tú también.

—Me encanta cuando te pones moñas —me susurró muy cerquita del pecho.

El baile terminó entre aplausos.

Yo estaba a punto de besarla otra vez cuando Pita cogió el megáfono.

—¡Atención, por favor! —dijo con una sonrisa de oreja a oreja —. Esta noticia no podemos callarla más tiempo.

Yo agarré fuerte a Fabiola de la mano.

—Que no diga que está embarazada, por favor —dijimos los dos en un susurro lastimero.

Y Pita, encantada en su papel protagonista, cogió de la mano a mi padre y soltó:

—¡Vais a tener una hermanita!

Nos miramos congelados.

Silencio general.

Hasta que don Obdulio apareció con una cestita de mimbre y, dentro, asomaba la cabeza de una conejita belier blanca con los ojitos negros.

—Os presento a Dolores del Pino Ríos Rivera —dijo solemne—, el milagro de esta Navidad.

Y, por primera vez, nadie protestó.

Solo reímos. Todos.

Y mientras el pueblo entero aplaudía, Fabiola me miró, ladeó la cabeza y susurró:

—¿Ves? Al final tendremos que creer en los milagros.

Yo no respondí. Solo la abracé.

Y Jorge Luis, saltando entre nuestros pies, parecía querer conocer a su tía.

Esa noche solo podíamos dar gracias a esa aldea, a las Navidades pasadas por hacer las presentes algo tan especial que jamás olvidaríamos, y desear que llegaran las siguientes para ver con qué nos sorprendía.

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores cero incondicionales.

Ya no sabría publicar una novela sin conocer antes vuestra opinión. Sois adictivos y, aunque no escribiera, os necesito a diario en mi vida —momentazo moñas navideño cortesía de una grinch calurosa—.

Enri, Dani Ro, Tere y Tere —mis Teres—. Siempre es un placer conocer vuestras impresiones, saber qué pensáis de los personajes y las hipótesis que se os van ocurriendo sobre la marcha, pero, sobre todo, morirnos de risa al escuchar los audios indescifrables intentando comentar alguna escena. Esos momentos no tienen precio.

En esta ocasión, Tere la Pelos se lleva la medalla de oro a los audios más surrealistas jamás grabados. Tere la Birras, estatuilla dorada a Cazadora incombustible de comas rebeldes. Enri, la copa a Recreadora de escenas imposibles —con boinas voladoras incluidas —. Y Dani Ro (Vira), la corona de rey de la Santa Paciencia por aguantarme cada vez que le asalto a preguntas sobre la novela.

Mil gracias a todos por seguir a mi lado y por dejaros llevar con cada una de mis historias, como si fuerais un personaje más. Y por todas esas ideas nuevas que aportáis.

A mi cuñi Alba, por ser ella misma, en toda su esencia. Gracias por seguir sacando pegas, incluso hasta a la sombra de una mota de polvo. *I love you.*

Y gracias a ti, lector, por elegir mis historias y disfrutarlas. Espero que sigáis leyéndome.

Si *Contigo ni un polvorón* os ha gustado, podéis dejar vuestra opinión en Amazon y compartirla en redes sociales.

Me encanta saber qué os ha parecido y, además, así también me ayudáis a llegar a más lectores.

Os espero en mi siguiente historia.